CARAS Y CARETAS

CARNAVAL DE 1924. CONCURSO DE DISFRACES

LOS ASPIRANTES A LOS PREMIOS





ROCA
De Guzmán el Bueno.



LE BRETON
De Virgilio afónico.



LOZA
De porcelana de Sevres.



ALVEAR
De Colón.



DOMECQ GARCIA
De Neptuno.



JUSTO
De Marte.



NOEL
De sucesor de Pueyrredón por su planchado pantalón.



SAGARNA
De Dómine.



GALLO
De pato intervencionista.



MOLINA
De Herodes.

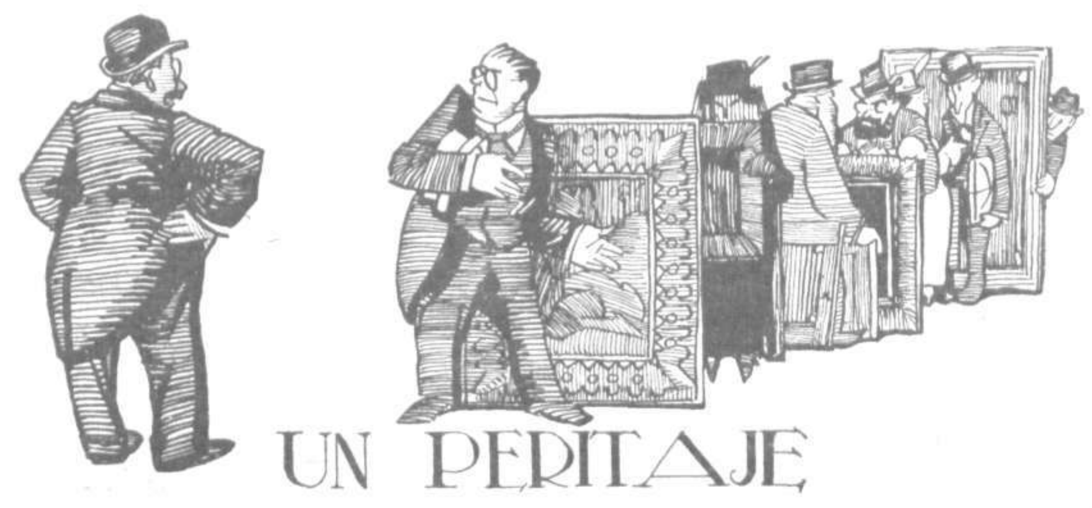


GALLARDO
De sabio.



ELPIDIO
De Tutankhamon.


LA BEBE TODO EL MUNDO
"Ginebra Bols"
SU COLOR AMBAR PALIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ
En todas partes y en
cualquier momento
siempre es buena.
Unicos
Importadores: MOSS y Cía. Ltd. S. A. - Alsina, 641. Bs. As.



UN PERITAJE TRAGICO

Cuando el mayordomo anunció la visita, lo hizo con las salvedades del caso:

— Señor... — comenzó con aire distraído, mientras fingía ordenar la serie de lápices cuyos sombreretes niquelados condecoraban pintoresca y perennemente su empinado chaleco — ... parece que traen otro cuadro antiguo...

— ¡Ah! ¡No! — interrumpí, ya harto, — ¿ni siquiera el temporal nos salva de esta plaga?

— No aseguré que el señor estuviese visible — previno con ese tacto cauteloso que trasuntaba su proselitismo evangelista. — ...Podría decírsele que vuelva otro día... ; pero parece una persona seria...

Y ante la indecisión de mi silencio, insinuó al desgaire:

— Es una señora muy bien puesta...

— Eso no significa nada...

— También es cierto... Pero, ¡con este tiempo!

En efecto, la surestada que, desde el día anterior barría la ciudad con sus rachas densas de lluvia fina y penetrante, en aquella aterida tarde de junio, cobraba por momentos violencias ciclónicas. Ni un alma visitaba el Museo; y el viejo Pabellón Argentino, sin ningún reparo en lo alto de la barranca del Retiro, crujía en toda su férrea estructura bajo el azote del huracán. Había sido necesario cerrar la puerta principal, a través de cuyos cristales los guardianes que no estaban ocupados en descolgar los cuadros amenazados por las eternas y ubicuas goteras, mataban su aburrimiento viendo y comentando cómo el vendaval retorcía y desgajaba las robustas tipas que bordean la Plaza San Martín.

— Es cierto — asentí; — sería una crueldad... ¿De qué tamaño es la tela?

— No la he visto. La tiene en su coche. La señora desea hablar antes con usted...

¡Un recurso de evasiva perdido! Cuando la pintura antigua propuesta es de grandes dimensiones, uno puede excusar el examen sin el menor cargo de conciencia. En Buenos Aires, lo mismo que en París, Londres o Nueva York, los Tintoretto, Rafael, Goya, Rubens, etc., de medidas considerables, no corren esas calles en busca del mejor postor. Debidamente individualizadas y catalogadas, las obras importantes de los grandes maestros están, desde hace años, a buen recaudo en los Museos y Galerías célebres, de donde no hay oro ni trapisonda que las saque a escondidas. A raíz del desmembramiento de los Imperios Centrales, así como en el primer período de la caótica revolución rusa, la nobleza venida a menos y el pillaje bolchevista, pusieron en circulación algunas de ellas. Pero ni eso duró mucho tiempo ni fueron los coleccionistas particulares los que se aprovecharon de aquellas miserias y depredaciones. Los «marchands», siempre alertas, acapararon allí mismo, en el acto, las piezas capitales, bien firmadas y mejor documentadas.

Lo que aquí suele encontrarse auténtico, todavía, son: o piezas menores o fragmentos — una cabeza, un estudio de figura, un boceto de composición — de las escuelas sonadas o de los maestros consagrados, traídos antaño al país. De modo que, cuando aparece un cuadro de aspecto venerable y jerárquico que sobrepasa los cuarenta centímetros cuadrados, de fijo es falso o una atribución antojadiza de cualquier lienzo vetusto sin ningún valor ni artístico ni arqueológico. En todos los países y en todas las épocas, aun en las de mayor esplendor plástico, existieron pintores secundarios, mediocres y adocenados. Son meros «cuadros viejos»; distinción que cuesta un triunfo hacer comprender a los interesados, aun cuando, a veces, se trate de personas de calidad.

De ahí el desgano que lo invade a uno al verse obligado a recurrir, para atajar las invariables e interminables explicaciones, dudas y desconfianzas, a la simulación de rigor:

— «¿Un Rubens?... ¿Un Rubens de 3m. × 2m.? ¡Pero, señor, eso es una fortuna!... No se moleste en traerlo... Desgraciadamente el Museo no cuenta para todos sus gastos y adquisiciones anuales ni siquiera con la décima parte de lo que cuesta esa tela. ¡Es una lástima!... Vea, señor: cuando se tiene una pieza de ese valor, aun estando necesitado, vale la pena empeñarse, si es necesario, y hacerse un viajecito a París. Bien embalada y, naturalmente, asegurada contra cualquier riesgo, la lleva usted al «Hotel Drouot» donde, además de existir «peritos jurados», pecuniariamente responsables ante la ley de sus atribuciones, encontrará usted al comprador inmediato».

Si el vendedor es un hombre de buena fe, no insiste. Entonces,

uno le aclara el caso, explicándole cómo es imposible que una obra de esa importancia no figure en los catálogos y haya escapado a los historiógrafos de arte especializados en la materia. Generalmente se retira convencido. En cambio, si el proponente es el subrepticio vehículo de un anticuario deshonesto, inicia, en seguida, la retahila de concesiones: rebajas generosas («por tratarse de un Museo»); plazos amplísimos para el pago («el gobierno tarda, ya se sabe, pero cumple siempre»); etcétera, etc. A estos dudosos señores se les recuerda, sonriendo, que el nuestro es un Museo de pinturas y esculturas modernas. Santo remedio.

— ¿Qué le contesto, señor? — insistió compungidamente el mayordomo.

— Ruegue a esa señora que tenga la bondad de esperar un momento.

Complacido por el éxito de su buen empeño, adelgazó todavía más su magra y estirada silueta de futuro amanuense para desaparecer tras el biombo, silenciosa y vagamente, como uno de esos movimientos de la sombra con que la hosca tarde mortecina comenzaba a animar espectralmente mi despacho.

▣ ▣

ENTRE las obligaciones del personal técnico del Museo no figura, por cierto, la de realizar peritajes para el público. Por otra parte, en casos de ofertas «en firme», no es ese el primer trámite que marcan los reglamentos. Pero, desde su fundación, a simple título informativo extraoficial, consintiéronse tales consultas en mérito al escaso número de conocedores y a la absoluta falta de especialistas profesionales en nuestro país. No basta con ser un gran pintor o un crítico erudito para poder asegurar, categóricamente, que este cuadro sin firma es de tal maestro, o si, estando firmado, es auténtico o es una perfecta imitación. El peritaje artístico en los tiempos modernos, constituye una ardua carrera que exige — fuera de profundos conocimientos de la historia del arte, de una información minuciosa y al día de las ventas, donaciones y legados y de una correlativa frecuencia de las Pinacotecas clásicas — una serie de conocimientos científicos — de física, de química, de óptica y de electrotécnica (la aplicación de los Rayos X, por ejemplo, para el reconocimiento de ciertas telas restauradas) —a los que debe sumarse el de los mil y un trucos de que se valen los habilísimos falsificadores para embaucar a los incautos y a muchos de los que creen que no lo son. De ahí que, en el «*Hotel Drouot*» — la organización oficial más seria en estos asuntos — los *experts jurés* se subespecialicen por épocas, escuelas, maestros y hasta por «maneras» de los maestros. Sin remontarnos al Renacimiento, al Medioevo o los Primitivos, deteniéndonos, tan sólo, en la llamada escuela francesa de 1830 — ayer no más, pues, — si se trata de cuadros de Corot, por ejemplo, no es el mismo perito el que afirmará la autenticidad o la calidad de un Corot de Italia, de un Corot de figura o de un Corot de «Ville d'Avray». A falta de estos especialistas en nuestro país, se ha recurrido y se recurre al Museo, donde, si no se profesa, desde luego, la infalibilidad, en cambio suele sacarse del limbo a muchos inocentes.

Es así cómo todos los años, de abril a octubre, desfilan por sus oficinas los personajes más curiosos y las atribuciones y engendros más estupendos. Porque no siempre son obras antiguas las que os someten. De pronto llegan retratos de contemporáneos — argentinos o extranjeros — «hechos con pelo»; o bien dioramas, de corcho coloreado, en los que nada falta (la casa, el molino, el monte, el redil); — «la Biblia en pasta», en una palabra, como decía, en el meridional exceso de su parangón, la dueña andaluza que nos trajo aquella ricura de cortijo...

En el capítulo de la obra maestra, ni la variedad ni los desatinos le van en zaga a los apuntados en el anterior. Lo único que lo especifica es el sentimiento que provocan sus episodios. A veces, mueven a real compasión; otras, crispan hasta justificar las vías de hecho. Así, ayer era aquel paisano del Carmelo que había pagado, en Montevideo, mil contantes y sonantes pesos oro uruguayo — más los gastos de viaje terrestre y fluvial y las estadas en ambas orillas — por un Cristo de marfil, soezmente atribuído a Leonardo, de esos que rebosan los escaparates de las casas de «compra y venta»; hoy, es un pillo, tan porteño como la calle Florida, que se hace el recién llegado de España y viene a ofrecer un Zurbarán o un Greco, fresquitos, fabricados hace dos meses, en Montmartre, en Triana, o en «Lungo il Mugnone»... Así se explica que a mediados de la temporada, uno no quiera ni oir hablar de cuadros antiguos...

▣ ▣

QUIÉN podía ser esa señora elegante que, al omitir el pase de su tarjeta, bien afirmaba el propósito de presentarse de incógnito? ¿Una dama de calidad? ¿Una aventurera? ¿Tal vez una «cocodette» en trance de penurias que venía a jugar su última carta?... ¡Para qué conjeturar! Por lo demás, como en la del médico, como en la del abogado, en esta profesión también existe y se respeta el consabido secreto.

Pero si la persona y su situación social no me interesaban, aguijoneaba, en cambio, mi curiosidad, la «forma» cómo presentaría «su caso». Confieso que es una especie de «sport» inocente al que no puedo substraerme cada vez que me anuncian una visita de esa índole. De ahí la breve espera a que, innecesariamente la mayoría de las veces, someto a los postulantes. En los trece años que llevo en estas tareas, he sido depositario de los más extraños relatos, verídicos algunos y urdidos los otros, para dar alguna filiación documentaria al «cuadro antiguo» que, como es de rigor, llega siempre sin firma y sin documentos. Desde las más fantásticas o vaudevillescas aventuras, para explicar cómo pudo burlarse la ley Pacca, en Italia; o arrancar, en España, este lienzo enmarcado en un retablo, hasta el «tesoro de familia», con sus ribetes sentimentales, y las lágrimas cómplices, creo conocer todo el florilegio de cuentos «ad hoc». Entonces, en cada oportunidad, pido dos o tres datos esquemáticos del personaje — bien entendido, después de informarme sobre el tamaño de la tela — y me doy a «palpitar» la historieta que me reeditarán. En algunos casos, acierto; en otros, como en éste, me equivoco como un aprendiz.

Las señoras, por lo general, no gustan de asuntos «dinámicos», diríamos. Descarté, pues, todos los motivos de empresas arriesgadas, de ocultaciones rocambolescas, de fraudes aduaneros, etcétera, etcétera. La señoras prefieren el «legado misterioso» o

el «tesoro de familia». ¿Por cuál decidirme?... Tras corta vacilación aposté por el segundo. Y, seguro de que no fallaría, antes de llamar para que introdujesen a la señora, me repetí mentalmente la resabida historia:

— «Este cuadro, señor, lo trajo al país nuestro bisabuelo, hombre de gran fortuna y de reconocido *entendimiento en materia de arte*. Lo heredó mi padre; y, desde que yo tengo uso de razón, lo he visto siempre en casa, cuidado como una joya. Llegó un momento en que un cambio repentino de fortuna nos puso en situación muy difícil; pero mi padre no quiso nunca maltratarlo, y eso que le ofrecían sumas considerables. ¡Poco antes de expirar, nos llamó a su lado y entre las recomendaciones que sería pecado no cumplir, nos exhortó a que, mientras tuviésemos para comer, no nos desprenderíamos de él. Ahora... etc, etc.»...

Y *bien*; sobre cien casos, noventa son invenciones más o menos hábilmente expuestas. Pero quedan diez presuntamente verídicas. ¿A cuál de los dos grupos pertenecerá el que va a exponerme? ¿Será la farsa sentimentaloide o será el drama, la «tranchée de vie» palpitante y angustiosa, de la entera verdad?... El bisabuelo dijo, ciertamente, que aquello era la maravilla y que lo había pagado como tal, y no mentía; el hijo lo creyó y lo repitió sin mayor control, e impuso el canon a los suyos en la solemnidad de la muerte; y así, cuando llega el día de la desesperación, con el alma desgarrada, pero con la voluntad ejecutiva que da el apremio del hambre o de la deshonra, el nieto o la nieta del autor de la leyenda lo arrancan de su sitio venerable en la casa solariega, cargan con él, y, sin mirar atrás, anudada la garganta, salen a la ventura... ¡Triste aventura!

Toqué el timbre y casi simultáneamente se abrió la puerta.

— ¡Que pase esa señora!

Afuera, el temporal aullaba.

▣ ▣

No, no nos dé luz! — detuve al ordenanza que la antecedía.

— ¡Gracias! — fué todo lo que dijeron las sombras.

— Tome usted asiento, señora.

Y al hacer el ademán para indicarle el sitio, en la media luz muriente confundí la sombra del recinto con la sombra afelpada, muelle y húmeda del abrigo de pieles que la envolvía. Sentí frío en la médula de los huesos. ¿Por qué?

— Se me ha informado que la señora desea consultarme respecto a un cuadro antiguo...

— Efectivamente, señor.

— Y... ¿a qué autor atribuyen la tela?

— No es una atribución, señor. Se trata de un cuadro auténtico.

— Perdone, señora, un cuadro auténtico no ha menester examen...

— ...Que no he solicitado...

— ...

— Si no abuso de su bondad quisiera que usted lo tasase.

Todo esto sin arrogancia, sin sequedad — no obstante el laconismo — y con una dulzura de voz que, quizá, no fuese habitual en ella sino por efecto de atravesar la sombra que nos circundaba.

— ¿De qué artista es el cuadro?

— Es de Van Dyck, señor.

— ¿De Van Dyck?...

— Sí, señor.

— Muy bien... muy bien. Tengo entendido que lo tiene usted en su coche...

— Exactamente; podríamos hacerlo traer.

— Muy bien... Pero antes, ¿podría darme alguna noticia sobre ¿cómo diría?... sobre la *forma* en que fué adquirido, en qué epoca?...

— No siga, señor — dijo, levantándose; — si eso es indispensable, nuestra entrevista termina en este instante.

— Tranquilícese, señora. No es indispensable. Haré traer el cuadro inmediatamente...

Y, al decir esto, me dirigí al ángulo de mi despacho para dar luz.

— Un último favor, señor — y bien veo que abuso de su gentileza...

— De ninguna manera... usted dirá.

— ¿Podría usted verlo en otro sitio y comunicarme, luego, su opinión?

— Perfectamente. Vuelvo en seguida.

Y el cerrar tras de mí la puerta, tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volverme, abrirla de nuevo e inundar la estancia de luz.

▣ ▣

El creciente influjo de misterio que desde las primeras palabras de la inquietante desconocida me venía invadiendo, esfumóse como se borra una pesadilla al abrir los ojos, apenas echara un vistazo a la tela que había hecho llevar al despacho del Director. ¡Van Dyck! ¡Quá atrocidad! Era una espesa tela flamenca — indudablemente antigua — pero dura de dibujo, empastada de

color y vulgar, vulgar hasta hacer llorar. Hice que la envolvieran en sus telas impermeables y que la entregasen al chófer.

Sordamente irritado, como quien se cree blanco de una broma pesada, abrí bastante bruscamente la puerta de mi oficina. Pero necesité de todo el dominio de mis nervios, de toda mi fuerza de inhibición para no retroceder. En el breve espacio que media entre la puerta y el biombo, en plena obscuridad ya, dos puntos verdedorados, lucientes, en un resplandor lívido, me acechaban. Al principio no vi sino eso. Después me di cuenta de que ella estaba allí, precisamente, esperándome.

— ¿Y bien? — musitó.

— Señora...

— ¿Y bien?

— Calma, señora. Siéntese usted.

— No, gracias, estoy bien.

Pero, repito, todo esto sin arrogancia, sin petulancia, terriblemente serena y dulce.

— Y bien, señora, ese cuadro no es de Van Dyck.

Por un momento no dijo nada, como una persona que no comprende, Luego, angustiosamente.

— ¿De modo?

— De modo que no hay caso de tasación.

— ¡Pero eso vale algo! — sollozó.

— Sí, según quién lo estime...

Nuevo silencio.

— ¿Valdrá 50.000 pesos?

— ¡Señora! ¡por el amor de Dios! ¡no desvariemos!

— ¿Entonces?

— Entonces... — repetí.

— ¿Nada?—y esto era ya un desmayado suspiro.

— Tanto como eso no; pero...

— ¡Ah, infame! ¡ah, canalla! ¡canalla!

No tuve tiempo para contenerla en mis brazos y se desplomó. En menos de lo que se dice, llamé con el timbre e iluminé mi oficina. Tendida en el suelo y toda envuelta en su gran manto de «loutre» yacía la más delicada y fina mujer. Bajo la toca, también de «loutre», salían unos rizos de un blondo ceniciento, de un blondo infantil; y en el más puro óvalo de rostro que pueda imaginarse, los ojos enormes, más enormes todavía por la midriasis del desvanecimiento, de un verdedorado nunca visto.

— Vaya hasta el coche de esta señora — grité al primer guardián que acudiera — y ordene al chófer que venga.

Mi intento era conducirla en su propio auto a su residencia, previo aviso a algún facultativo amigo. Pero en lugar del chófer, aparecióseme un señor macizo, cuadrado, gigantesco, envuelto hasta las orejas en un rígido «vater-proof».

— *¡Ah! ¡la, la!*... ¡de nuevo! Disculpe, señor, pero esto no es nada. Esto pasa en seguida. ¡Ah! *¡la, la, la, la!* ¡qué chica!

Era el señor que esperaba en el coche. Difícilmente el hombre de más mundo hubiera podido darle edad y origen. Hablaba correctamente el español — salvo el *¡Ah! ¡la, la!* — pero tenía un acento indefinible.

Con ayuda de dos guardianes la desconocida fué transportada hasta su coche.

Durante no sé cuánto tiempo, pero bien entrada la noche, yo estuve como un ausente en el Museo. Sólo recuerdo que al salir los escalofríos me hacían tiritar como un febriciente.

¡También, con el tiempo que hacía!

Durante esa interminable noche y el ágil día siguiente—uno de esos límpidos y vibrantes días con que el repentino y salubre pampero hace olvidar a los «porteños» los «veranillos» enervantes y fangosos, las espesas neblinas y los cielos plomizos que, en invierno, aplastan todavía más la chata Buenos Aires en su enorme hoya ribereña;—aquella rápida y angustiosa entrevista revívíome con persistencia aflictiva. Verdadera pesadilla prehípnica en la agitación del sueño superficial, que el tiempo tormentoso sobresaltaba, convirtióse, con las primeras luces diáfanas, en episodio alucinante.

A las conjeturas, por fuerza desvariadas sobre los orígenes de aquel trance — ya que las breves exclamaciones temblorosamente mordicadas por la extraña desconocida, antes de su desvanecimiento, nada podían precisarme, agregábase la grotesca oposición física y moral de la pareja: Ella tan fina, tan suave — no obstante el tonito categórico de sus palabras desesperadas — como perdida y «flotante» en su tibio estuche de pieles; y, él, cuadrado, macizo, vulgar, enérgico — todo puños y patadas — en su engomado abrigo de «globe - trotter»... ¿Esposos, amantes?...

Ella podía o no ser argentina — pero sudamericana, desde luego; — y, sin que lo puntualizase en forma alguna, adivinábasela bien nacida y criada en un medio holgado y de distinción. El, en cambio, era uno de esos tipos de nacionalidad indistinta, tanto por sus rasgos y sus maneras como por su heteróclito francés; uno de eso señores que no se sabe qué sable o qué látigo internacional empuja a nuestro suelo «abierto a todos los hombres de buena voluntad». Un personaje «intérlope» de empresas muy a la última moda — bigote cortado en cepillo, guantes arremangados, polainas impecables y en la sensual boca, asquerosa de buena salud, un formidable habano desde la mañana a la noche — cuyos: *¡Oh! ¡la, la!, ¡alors!, et comment!*, — el accesible *petit nègre* de los aventureros — tan pronto cobraba acentos búlgaros como árabes o polacos.

Como el subsiguiente era un lunes — único día que se cierra el Museo — no concurrí a mi despacho. Pero la mañana del martes, apenas me hube instalado en mi oficina llegó el mayordomo.

— ¿Qué novedades hay?

— En el Museo, ninguna, señor...

— Bueno...

— ... Solamente que hoy entierran a la señora...

Los dos días claros, frescos y tonificantes, transcurridos en la quinta al amor de la lumbre y de lecturas dilectas, habían alejado aquel episodio hasta casi borrarlo. ¡Si uno fuera a acordarse siempre de todo lo que ha visto!

— ¿Qué señora? — repuse, distraídamente, mientras abría la correspondencia.

— La del sábado, señor... La del cuadro antiguo...

— ¡Ah!... y ¿cómo lo sabe?

— Cuando aquel señor que esperaba en el auto (su marido, naturalmente) se la llevó desmayada, a ella se le cayó el pañuelo... Este mismo — dijo el mayordomo tendiendo, en su descarnada fakireña mano, que se diría de terracota, un lampo de batista labrada, más pequeño y más blanco que una cuartilla intacta; — y, como usted verá, están sus iniciales: M. D. G.

Efectivamente, en un sencillo y nítido monograma, aparecían entrelazadas las tres letras.

— Muy bien. Pero eso no dice nada.

— Es que buscamos en los avisos fúnebres... Está en todos los diarios... No hay equivocación

posible... — Volvía a enturbiarme el ánimo, aquella mañana serena, la ambigua amargura de la que me creía salvado; pero egoísta, como lo es uno siempre en el fondo, me rehice en el acto:

— Simples suposiciones... — dije, haciéndome el indiferente — dése una vuelta por las salas...

— Así será, señor; pero quisiera pedirle un servicio...

— ¿Cuál?

— ... Que me permita salir media hora antes, esta mañana, para ir hasta la Recoleta...

— Sí, sí— asentí incontinenti — vaya no más...

Pero apenas se hubo retirado, tuve que hacerme violencia para no llamarlo y decirle:

— «Fíjese si en el cortejo está el tipo ese que se la llevó desmayada»...

▣ ▣

SEMANAS después concurría yo a la cita de un amigo, en el «Grill-Room» del Plaza, a eso de medio día. Apenas entré en el recinto vi, de espaldas, a un tipo altote, cuadrado, macizo, envuelto en un gabán gris, fuerte y peludo, en cuya manga izquierda aparecía, a la altura de los deltoides, una franja como de cuatro dedos de ancho, de opaco paño negro.

Instintivamente me eché atrás. Pero era tarde. El hombre me había visto por el espejo del bar y se volvía para saludarme:

— *¡Ah! ¡¡par exemple!! ¡Vous, mon ami!*

— Señor — contúvele fríamente — no tengo el honor...

— *¡Sí, sí, mon ami! Vous êtes le monsieur du musée... ¡Ah! ¡quel malheur, alors!*

—¿Para quéseguir fingiendo? Me decidía «reconocerme». Lo único que temía era no ser dueño de mí mismo y hacerle sentir su infamia (¿su infamia?) en fin... su... todo lo que, de golpe, me revenía de sospechas y de rencor reconcentrados.

— Es cierto — repuse tranquilo como un verdugo — ahora recuerdo: ¡la señora del Van Dyck!

No se le movió un solo músculo en la cara llena y rosada. De un sorbo apuró el cocktail; y, mientras lo deglutía, balanceó dos veces, afirmativamente, su cabeza toruna, al par que señalaba con su gruesa mano la banda de luto:

— *¡Pas de chance!* — añadió después de un silencio.

Y luego, en español más correcto de lo que yo podía imaginarme:

— Cuando supo que habían robado la tela, tuvo el último ataque *et la voilà partie*...

— ¿Robado?... y ¿por quién?... ¿cómo?...

— Escuche, señor, y compréndame, ¡por favor! — continuó en tono confidencial. *Avant tout*, ¿qué desea servirse *el señor?*

— ¡Nada, gracias, lo escucho! — concluí secamente.

— *¡Et bien!*... ¡Así fué, no más!... La tela es un Van Dyck, a pesar de lo que usted piense...

— Eso es cosa aparte...

— Muy bien; muy bien; — y, dirigiéndose al barman: — Raymond, otro «Manhattan, *s'il vous plaît*... ¡Muy bien, muy bien! Esa tela era lo último que nos quedaba de su herencia... ¿Comprendido?...

— ...

— ... Y era absolutamente indispensable que nos fuéramos a Nueva York, en el *Vestris*, con el que salgo esta tarde, gracias a Dios!

— ¿Esta tarde? ¡Qué lástima! — dejé escapar, sin poder contenerme.

— ¿Por qué, lástima?

— Nada, por nada... Una palabra como otra que uno dice por que sí... tontamente...

El hombre guardó silencio unos segundos, mirando alternativamente al barman y a su «manhattan», como si ellos pudieran ayudarle a comprender; y, después de empinada la copa, ya resuelto, prosiguió:

— Había un interesado por el Van Dyck. El señor X... que usted conoce seguramente. ¡Gran coleccionista! ¡Uno de los más grandes del mundo! *¡Parfaitement!* Gran fortuna. Una de las más grandes del mundo!... *¡Oui, mon ami!* Pero era necesario el certificado. ¡Ah, eso sí!... Usted no quiso o no pudo darlo...

— Señor...

— ¡Usted hizo muy bien, pero muy bien! *¡mon ami!* ¡Pero yo necesito el certificado! Entonces me acuerdo de lo que se acostumbra a hacer en New York cuando se introduce un cuadro antiguo sin firma y sin papeles... ¡Mezclar a la policía en el asunto!... *¡Oh, ¡la, la! ¡Ça c'est merveilleux!* ¡Magnífico! como dicen ustedes.

— No comprendo...

— Muy sencillo — confesó el hombre con la tranquilidad del que se sabe impune:— hice vender, en diez pesos, el cuadro, por medio de mi secretario perfectamente disfrazado de malevo—, en un cambalache de la calle Libertad; y, en seguida di aviso de robo en la Comisaría de Investigaciones... *¡Epatant alors!*... Esa misma tarde fué confiscado el Van Dyck y, al día siguiente, aparecía la noticia del robo de mi Van Dyck legítimo...

— Del *falso* Van Dyck de su señora...

— Desgraciadamente, cuando los diarios publicaron la noticia ya era tarde. ¡Durante la noche le vino el último ataque!

Y, tocándose torpemente la banda de luto que ceñía su brazo izquierdo, dijo:

— *¡Pas de chance!, ¡alors!*

No pude dominarme y lo tomé del hombro brusca y amenazadoramente.

— ¡Qué hace usted! — increpó, con los ojos y los puños decididos a cualquier cosa.

— ¿Yo?... Nada... Como vi que se afligía quise levantar su espíritu, sacudiéndolo...

— *¡Ah! ¡Parfaitement!*

— ¿Y el Van Dyck? — pregunté con voz ronca, lamentando en el fondo del alma no haber traído mi «Browning» de siete balas.

— Lo compró su amigo, el señor X..., al día siguiente... *¡Parfaitement!*... Ahora está en su galería. Ha hecho pegar en el dorso todos los recortes de los diarios, incluso las noticias de policía que hablan del Van Dyck auténtico. ¿Usted no lee, por lo visto, las noticias de policía?...

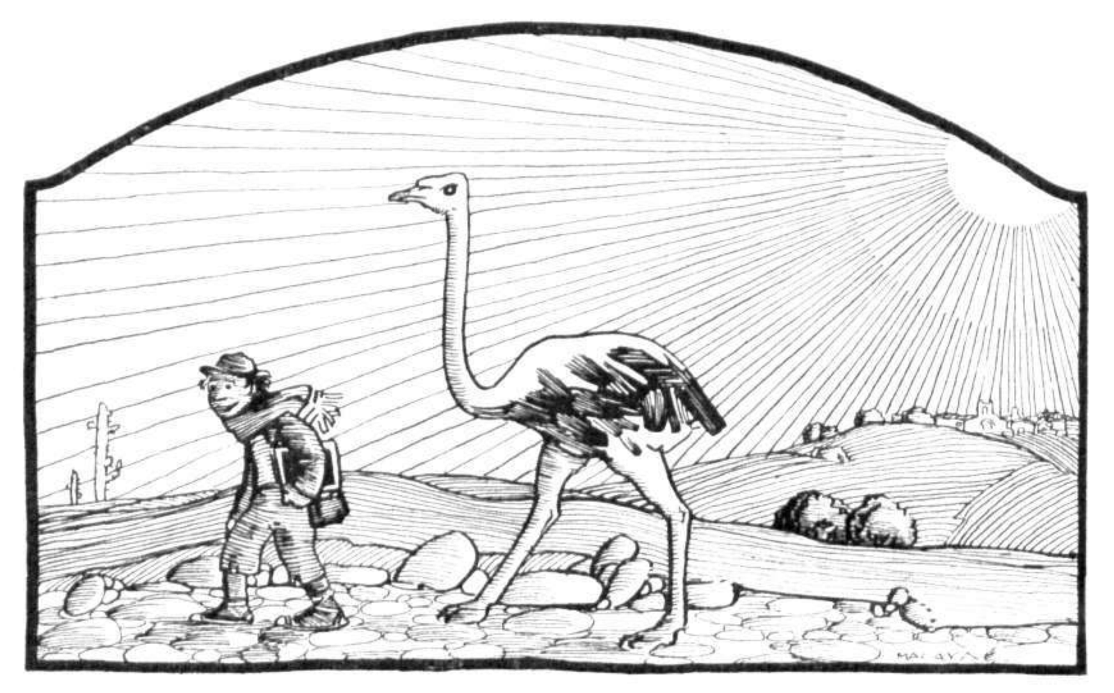
— Exactamente. Pero, de hoy en más, no perderé una sola; particularmente las que vengan en los telegramas de Norte América — repuse, ya preparado para darle un puñetazo en los ojos.

— Ahí tiene usted una buena idea, *¡mon ami!* — contestó tranquilo, mientras sembraba el mostrador con propinas. ¡Ah!, ¡allá, allá, sí que se hacen bien las cosas!... *¡Mince alors!*

Y como yo, dispuesto a todo, le excusara el apretón de manos que me tendía, retiróse sonriendo despectivamente, pero ni resentido, ni ofendido, ni temeroso. Tan sólo, al alejarse, dejó caer estas palabras a media voz:

— ¡Caballeros, caballeros! *¡Zut alors!*





EL SURI DE EUFRASIO

N día, a fines de febrero, seis hombres y un muchacho salieron en busca de pichones y de huevos de ñandú. Bien montados, se internaron en la maraña de «El Cerrito», y al cabo de algunas horas toparon una hembra con dos pichones, los cuales al distinguirlos, emprendieron la fuga más veloces que el viento, a las gambetas por entre los árboles. Los jinetes se lanzaron en su persecución, y a eso del atardecer «El Casero», perro del muchacho, tan famoso como baqueano, atrapó uno de los pichones. Así, pues, por tácito acuerdo y general conformidad, Eufrasio, el más pequeño de la expedición quedó constituído en dueño y señor del joven suri.

Muy pronto, a medida que el animal crecía, la superioridad del muchacho fué desapareciendo. Así llegaron a ser grandes amigos. Todos los días, tempranito, el suri salía a dar su paseo por la aldea, y de regreso, se acercaba a la cama y se ponía a picotearlo de las orejas para que se levantara sin dejarlo hasta que lo conseguía.

Se desayunaban juntos y se acompañaban luego hasta la escuela, donde se despedían para volver a reunirse a la salida. Algunas veces, por vagabundear, el suri se olvidaba de ir a esperarle, pero entonces para desagraviarlo, el muy ladino le daba tales muestras de afecto abriendo sus enormes alas, gambeteando a su redor, haciendo jugar su largo cogote, picoteándolo despacito, que al fin, hacían las paces.

Por la tarde, en los callejones, jugaban al «suri y la mosca», a «la manchita», y corrían carreras; haciendo juntos mil diabluras. Iban en busca de víboras a los cercos y Eufrasio se divertía bárbaramente mirándolo pelearlas: Hacía empacar a la víbora y cuando ésta erguía su cabeza de entre el radio de anillos que forma con su cuerpo, el suri le danzaba alrededor en grandes gambetas, tratando de aletearla y picotearla. La víbora esquivaba tales fintas y hacía jugar nerviosa su lengua azulada y biforme. Aprovechando el menor descuido, ficticio por cierto, de su enemigo, se estiraba como una gama para vencerlo, pero éste, sobre aviso, no se dejaba herir. Y redoblaba sus ataques hasta que la víbora, cansada, rabiosa, hecha una furia, se mordía la cola, suicidándose, según opinión del muchacho, pues quedaba tiesa, estirada largo a largo, morada. Cuando el suri la veía así se le acercaba con grandes precauciones y le daba un picotón, a ver si se movía. Mas, como permanecía quieta, el ñandú se animaba al fin. La cogía por en medio del cuerpo, y con ella colgando, se daba a correr de un lado para el otro, loco de alegría, enseñándosela, haciéndola rozarle a veces. Al cabo de grandes esfuerzos el muchacho conseguía que la dejase para regresar a la casa, pues su madre les tenía horror, y no era cosa de presentarse con ellas. ¡Los zurra, de seguro!

⌧ ⌧

AUNQUE el suri tenía muchos amigos, contaba también con enemigos irreconciliables a quienes había declarado guerra a muerte. No podía ver una tarántula, un ututu, un bicho quirquincho, cualquiera alimaña, sin que se le fuera encima y la matara. Los ratones habían desaparecido de las casas que él visitaba.

Ello le daba cierta fama de sagacidad y de tino, pero donde ambas resultaban indiscutibles era cuando los descuidaba a los muchachos que jugaban



a las bolillas. Se les presentaba de improviso, y en un santiamén se tragaba las bolillas, pese a los gritos y protestas de los interesados. Flaqueaba la amistad de Eufrasio entonces; pero al igual que sus amigos, se resignaba al fin. Y por turnos tenían que seguir al animal, esperando pacientemente a que se le antojase expelerlas. En los primeros tiempos Eufrasio formaba parte también de esa turba de chiquillos zaparrastrosos, con las caras sucias y con las camisas al viento, como banderolas, que lo seguían concienzudamente. Pero después no, porque descubrió un medio expedito para llegar al mismo fin un día en que se le ocurrió hacerlo servir de cabalgadura, momentos después de haberse tragado, al igual que de costumbre, una veintena de bolillas. Lo tomó del cogote y lo trepó. A su peso, el suri se arqueó y arrojó las bolillas. Providencialmente el muchacho lo notó, y en lo sucesivo convirtió en método el descubrimiento.

☒ ☒

La amistad de Eufrasio con el suri no estuvo exenta de amarguras, ciertamente: un día el muy pillo vió algo brillante entre las manos de la hermana de Eufrasio, y sin más ni más, la descuidó y se lo tragó. Resultó ser un medallón, el cual se le atragantó. Empezó a asfixiarse y a correr como loco. El muchacho, ayudado por un hombre, lo cogió y se puso a darle masajes en el gaznate, haciendo enormes esfuerzos de imaginación, entretanto, por recordar, en medio del susto, algún expediente salvador. Acudió a su memoria el ñato Guillermo, un vecino, y su herrería. Recordó que para enllantar las ruedas de los carros calentaba mucho al hierro, hasta el rojo blanco. Dedujo entonces que la salvación del ñandú era cuestión de calentura del gaznate; y sin más ni más, le puso fomentos calientes hasta que se tragó definitivamente el medallón. Como supuso que le habría quedado doliendo el cogote, se lo abrigó con una chalina de su propiedad, la cual lo salvó de un constipado y a más, lo hermoseó muchísimo.

En lo sucesivo fué más cauto, pero no menos tragón.

Y de ese modo, entre amarguras y alegrías, el afecto mutuo entre niño y animal fué creciendo, no obstante la desigualdad corporal que los días trajeron consigo, pues el suri fué pronto mucho más grande y más fuerte que el muchacho. Pero siguió obedeciéndole y continuaron en buena amistad hasta una tarde en que, como de costumbre, fueron al matadero, cerca de la casa donde vivían. Allí sacrificaban las reses para la venta al menudeo en la carnicería de la aldea. Era ese el sitio de reunión de todos los días, pues los carneadores a cambio de algunos servicios que el muchacho les prestaba, regalábanle la vejiga, que luego convertía en pelota de «football», y el «largo de la panza», una tripa gruesa que inflaba también y servia a las mil maravillas de noche para el juego de «la viborita escondida», en que los muchachos se zurraban la badana con ella. Mientras Eufrasio desempeñaba sus interesadas tareas, el suri comía sangre, en competencia con unas maestras de escuela, muchachas cloróticas que esperaban robustecerse de tal guisa, venciendo su asco indescriptible con voluntad y agua azucarada; jugaba con los perros y los muchachos; correteaba a las gallinas, y hacía chillar a picotazos a los pilas, muy abundantes a tal hora en aquel sitio.

Esa tarde encontró de muy buen humor a Marco, el matarife principal. Había descubierto en el rastrojo, entre unos poleos, una lechiguana monumental «purita miel, sin nada de guaguas» y ello le alegraba sobremanera. Eufrasio fomentó esa dicha prestándole con toda voluntad y corrección sus servicios, hasta que en un momento dado, creyendo posible la cosa, le ofreció diez centavos, su capital único, si lo dejaba «tripear». Marco aceptó, y el muchacho, en el colmo de la alegría, se puso a afilar una cuchilla que le diera para la operación, consistente en separar con mucho cuidado los intestinos gruesos del sebo; concesión especial que daba grandes honores y desmesurados prestigios entre los demás muchachos al feliz que llegaba a conseguirlo:

—¡Yo i tripiáo! —contaba a sus compañeros el muchacho agraciado, y ellos se quedaban mudos, con las cabezas gachas, como los vasallos ante el rey, deseando ardientemente poder ellos también decir algún día: ¡Yo i tripiáo!

Tras sacar la «panza» y el «libro», Marco alzó los intestinos y los puso en el palo inclinado de costumbre, al lado de unos matorrales. Eufrasio se arremangó hasta los sobacos, y con la cuchilla filosísima se dispuso a la operación. El suri estaba a su lado, con su largo cogote tieso, su cabeza chata, de víbora, mirándolo atentamente con sus ojazos negros. Lo rodeaban también varios perros, cuyas pupilas brillantes, llenas de esperanzas, le gritaban a las claras: «¡Danos tripa!». Los pilas tiritaban arqueados, y de vez en cuando emprendían un trotecito rápido y breve allí nomás, poniéndose ora en tres ora en cuatro patas. Un opa, más allá, cerca del «bramadero», se reía con su enorme boca muy abierta, y mirándolo todo con sus grandes ojos tersos, clarísimos. Había algunos muchachos también.

Empezó al fin la operación. Dió con un pedazo de intestino delgado, de los que se desechan siempre, salvo cuando se los encarga exprofeso para fabricar salchichas. Lo cortó y se puso a revolearlo, mirando dónde tirarlo. Vió un cogote largo que se erguía ante él, a dos metros de distancia, y sin pensarlo, sin quererlo, se lo arrojó. El intestino se envolvió. El cogote se bajó. Dos perros, que se abalanzaron tiraban de una punta cada cual. El cogote se esforzaba por zafarse. Obscuramente, el muchacho se dió cuenta de lo que sucedía y acudió a socorrer al amigo; pero en ese instante ambos perros dieron un tirón más fuerte, codiciosos; se oyó un «¡gué!» seco, y el suri cayó. Lo habían estrangulado.

Los perros, tironeando, lo arrastraban. El muchacho lleno de terror y de incertidumbre, los corrió a puntapiés; se arrodilló al lado del ñandú, lo palpó, lo llamó por su nombre: ¡suri!, ¡suri!; le dió masajes, trató de hacerlo incorporarse, lo sopló como hacía con los pajaritos heridos para darles vida; pero ¡todo inútil! Aunque su cuerpo estaba caliente aún, no se movía. Era como una bolsa, sin acción. Se dió cuenta entonces, únicamente entonces, de que estaba muerto ¡muerto! Muerto





el suri, su mejor compañero, su amigo, su suri con quien tanto había jugado, con quien había corrido, feliz, por los callejones, en invierno, cuando se cubren de hojas; en verano, en primavera, por la noche. ¡Muerto su compañero de diabluras! ¡muerto! ¡muerto! ¡Muerto su amigo! ¿Y con quién jugaría ahora? ¿Quién lo iría a recordar por las mañanas? Y cuando saliera de la escuela, a las doce, ¿quién le esperaría? ¡Muerto, completamente muerto, terminado todo! Y lo vió pequeñito, cuando recién lo atraparon, cuando lo alimentaba con carne picada y con pedazos de pan mojado en leche, y después, y después, y después. ¡Y ahora muerto! Se le llenaron de lágrimas los ojos; un nudo fuerte, áspero, duro se le hizo en la garganta; el corazón le llenó completamente el pecho; se le sumió el estómago, y abrazándose al cuerpo del amigo, del compañero, del inseparable, lloró, lloró sin consuelo, lloró hipando. Su dolor se comunicó a los circunstantes. Los matarifes, los perros, los muchachos, los pilas, todos lo miraban, y algunos lo rodeaban mudos, atentos, impresionados. Sólo el opa reía con su gran boca, con sus blancos dientes, con sus ojos tersos, clarísimos.

El muchacho se repuso un tanto; y suspirando, sollozando aún, tomó al ñandú de una pata, y a la rastra, lentamente, se lo llevó a su casa, dejando tras de sí una polvareda en la que fijaban sus ojos los circunstantes. Marco hizo un movimiento brusco, como desechando alguna cosa, y se inclinó prosiguiendo su tarea sobre la res, murmurando:

—¡Pobre muchacho!

Los chiquillos lo siguieron hasta la casa donde su familia se impresionó muchísimo ante su dolor y su desgracia. Se sentó en una sillita, en el corredor, y con el cadáver por delante, se quedó contemplándolo.

Su madre, al verlo así, le puso una mano sobre la cabeza y le dijo:

—Bueno, hijo, ya se ha muerto ¡no hay caso!

Un muchacho llegó corriendo y exclamó:

—Dice mi mama que le regalís las plumas del suri pa plumero!

—¡Y a mí dame las patas!

—¡Y a mí la vejiga!

Eufrasio se incorporó indignado, y, sañudo, los miró en actitud hostil. Los muchachos se callaron, quedándose quietos.

—¡Lo mato al que lo toque! —les dijo, señalándoles el cadáver; y se fué al galpón de la casa, cogió una pala, y regresó:

—¡Vamos a enterrarlo! —les ordenó.

Sin decir una palabra, los muchachos le ayudaron a llevarlo al campo. Cavó un hoyo sobre una colina y lo enterró al pie de un árbol. Mientras tanto, uno de los compañeros había hecho una cruz de palos. Se la clavó en la sepultura. Cogieron flores amarillas luego y la cubrieron.

Después, con la pala al hombro, lentamente, regresó a la casa. Pidió un crespón y se lo puso, se bajó sobre los ojos el ala del sombrero, y no se movió más de donde se sentó. Ese día, ni habló, ni comió. Y toda esa noche la pasó llorando, hasta que la fatiga lo rindió. Ese día y aquel en que la vió llorar a su madre abrumada por la pobreza, fueron los más tristes de Eufrasio en su niñez.

CIRO TORRES LOPEZ



—¿No te parece, Pablito, que tiene linda voz?
—¡Ah!... ¡Si yo hiciera un ruido como ese no creo que serías de la misma opinión!



El médico. — Mi tratamiento le está sentando mucho. Tiene usted muy buen semblante hoy...
La paciente. — Si... Con este sombrero estoy mejor...



DE LA ESPAÑA PINTORESCA.

LOS NAVAJEROS DE ALBACETE

En un viaje se necesita un libro y una navaja. El libro para percibir sus personajes, para adivinar un asunto más que para leerlo, y la navaja para abrir el libro o para cortar la fruta que apaga la sed que surge en los viajes. Quizá no sea esa la explicación de porqué se necesita una navaja en un viaje, pero el caso es que se aprovecha la ocasión de adquirirla si se nos sale el encuentro.

En los viajes por España surgen en el entronque de Alcázar o de la Encina los navajeros castizos de Albacete. Conviven alrededor de los trenes, tienen la palidez de los eternos viajeros corroídos por el peor trasnoche del mundo, el trasnoche de los andenes, no dejan la colilla en todo el día, rematan sus transacciones en las cantinas de estación, tienen labia, cinismo y amable sensatez para derrocharla con los viajeros gordos y sensatos.

Los navajeros son como peregrinos de los crímenes españoles y parece que sufren el peso de la agresividad de la raza. Están como vacunados. Ellos no esgrimirán una navaja por nada de este mundo, y eso que las tienen de todos los tamaños como clavadas en los agujeros de su numerosa y gravísima peritonitis.

Apesadumbra ver a estos tipos de la fauna de la vida, con catadura marraja y como atacados de una opresión y un dolor de vientre terribles.

Hay veces que esos tipos obsesionantes que se quedan fijos en nosotros y nos ofrecen sus navajas para el crimen o para partir el pan, nos parecen tallados a navaja, recortados con ella y, sobre todo, señalados con las de punta más afilada los paréntesis que parten de ambos lados de su nariz para «emparentizar» la boca.

«Cancerosos de navajas», algo así de rotundo y desahuciado nos parecen esos tipos que nos arrostran con toda la úlcera abierta de su navajería.

Esas estaciones de España tienen para mí un emboscado y truculento matiz. Temo lo que tienen de torvo y fosco, de encrucijada del crimen y la osadía.

Me son antipáticas con sus navajas oferentes y prontas como puñales de todos los dolores y todas las bajas pasiones clavadas en la entraña y en los bajos instintos de los navajeros.

Antes las navajas rebasaban su cuello y el acero parecía ahogarlos, pero ahora la guardia civil prohibe la venta de navajas largas, y sólo pueden lucir en el acerico de sus panas las navajas pequeñas, limitándose a ofrecer en voz baja una navaja de numerosos muelles que llevan en el bolsillo del pantalón y les da una rigidez extraña que les entablilla desde la cintura al pie en que acaba la navaja.

¿Consultan a alguien para qué quiere las navajas? En esta encrucijada navajera se vende la navaja al parricida y al homicida corriente, pues aun sirven para matar estas navajas permitidas.

Son pequeñas pero ágiles, con punta de áspid, con algo de lancetas que ensartaran el corazón colocado más a flor de piel de lo que se supone.

Lo que requieren es más puntería y precisión, pero aun hay muchos sitios vulnerables para ellas en la blanda figura humana. Cuanto más pequeñas más se ensañarán en el crimen.

Se tiene observado que con las grandes navajas la puñalada es una única puñalada dentro de la que se quedan como la espada en su vaina, pero cuando la navaja es pequeña el asesino nunca cree haber matado lo bastante a su víctima y la atraviesa con cincuenta o sesenta puñaladas, cosiéndola como los colchoneros que embastan los colchones.

Parece una historia verídica la de que el record de las puñaladas lo batió aquel puñalito florentino, de hoja de angula, que era dije mimado de una pulsera femenina. Con doscientas sesenta puñaladas clavadas como besos en todos los rincones de su cuerpo, apareció muerto el traidor de aquella célebre dama veneciana que fué la magnífica dogaresa del rencor.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA

De Quilmes



Parte de los concurrentes a la fiesta campestre realizada en la playa de esta localidad bajo los auspicios del Club A. Santos Zorzoli.

LUZ APAGADA

Frente al balcón en que vivía miré una de estas luces.

Era un quinqué de petróleo que se veía detrás de las cortinas; un quinqué con pantalla verde; un quinqué que iluminaba una salita y una mesa, y a una mujer joven y rubia que cosía, y a un niño más rubio que ella, que corría jubiloso e iba de cuando en cuando a recibir una caricia.

Todos los días, hacia las ocho iluminaba el quinqué a un hombre joven que llegaba y hacía un cariño a los dos y con los dos jugaba, y ella traía la cena, y después encendían fuego, y los tres se agrupaban, y antes acababa el quinqué de dar luz que ellos de ser felices.

Un día no le vi tanto tiempo encendido y ya no eran más que dos.

Al siguiente le bajaron y entraban y salían con él en la alcoba de al lado.

Al otro día ardió toda la noche. Al otro, daba muy poca luz y cerraron los postigos.

Pasaron algunos días más y únicamente por las rendijas se veía de cuando en cuando una línea de claridad, de aquella claridad empañada, de aquella luz amarillenta, fría, como beso de luna.

Al día siguiente el balcón estaba abierto de par en par. Todo desierto. — SANTIAGO RUSIÑOL.

A pretexto de satisfacer nuestras necesidades nos agitamos día y noche en busca de mil cosas que las más de las veces nos dejan sin satisfacción y sin alegría.





MALESCI

Tónico
Reconstituyente.

De sabor agradable.

Fortalece el organismo.

Conserva la vida y preserva la juventud.

Tonifica los nervios, dando Salud y Energía.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci. Firenze (Italia). — Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

Venta en Farmacias y Droguerías.

UNICO CONCESIONARIO - IMPORTADOR EN LA REPUBLICA ARGENTINA:

M. C. de MONACO - VIAMONTE, 871 BUENOS AIRES

Notas varias


Señor Felipe Arrastúa, reelecto Intendente Municipal por su destacada actuación al frente de la Comuna en el período anterior. — T. Lauquen.


Doctora Adelina Giacumbo, cirujano dentista egresada de la Facultad de Ciencias Médicas, después de rendir brillantes exámenes finales.


Ricardo M. Gutiérrez, animoso joven, que partiendo de Luján, ha emprendido la tarea de dar la vuelta al mundo a pie.


Señor Alberto Rovero, jefe de la Superintendencia de Mercados, que después de treinta años de ininterrumpida labor, háse acogido a los beneficios de la jubilación.


Señor Héctor Pini, ganador de la copa de plata en el Concurso de tiro a la paloma, realizado en esta ciudad. — Mar del Plata.

REFRANES SOBRE EL AMOR Y LA MUJER

Sígase el primer consejo de una mujer, nunca el último.

La más honrada mujer es la menos llevada en boca.

Coger a un águila por la cola y a una mujer por la palabra, es no coger nada.

Una mujer ríe cuando puede y llora cuando quiere.

Todos los disgustos de las mujeres vienen de no estar en sus casas.

Debemos temer más al amor de una mujer que al odio de un hombre.

La mujer es como la sombra: se sigue y huye, se huye de ella y nos sigue.

Cuando una mujer dice adiós en una visita, es que está a la mitad de ella.

París es el infierno de los caballos, el purgatorio de los hombres y el cielo de las mujeres.

Las mujeres son como los pasados tiempos: pierden interés cuando se les acierta.

Tres mujeres y un ganso hacen un mercado.

No amamos de verdad hasta que los juramentos son innecesarios.

El amor aborrece a la cobardía.

Secreto y misterio son esenciales al amor.

La ausencia es al amor lo que el viento al fuego: extingue el pequeño y aumenta el grande.

El corazón no tiene arrugas.

La mujer hermosa no es para el hombre hermoso.

En el arte del amor, las principiantes conocen tanto como las maestras.

Desde el misterio del protoplasma hasta el enigma de la desintegración de la tumba, todo es desconocido para nosotros.

E. Carrere.

EL PEQUEÑO CAFE DE LA ESQUINA DE CASA

CUANDO don Pedro Urquijo abrió su café «España en Africa», nadie creyó en la duración del negocio. Esquina de barriada sin mayor tránsito y con un vecindario silencioso, el fracaso era profecía sin valor. Concurrimos a la inauguración para, por lo menos, compadecer al desventurado propietario.

Van para diez años, desde la noche aquella. El pequeño café de la esquina de casa forma parte de nuestra vida, y es el complemento de nuestro hogar: Don Pedro Urquijo es amigo y a veces providencia; las mesas de su despacho, escritorio adicional; los ventanales, puntos de mira; las puertas de calle, lugar de esparcimiento y sus tertulias, la necesaria sociedad de todas las noches.

Poco a poco, el café modesto, casi churrigueresco, pero lleno de una gran simpatía, que inauguramos, fuése transformando en rincón confortable, tapizado de obscuro, profuso en luces, con mesas relucientes y fuertes, y sillones amplios y cómodos, que invitan a la holganza.

Nadie podría determinar el estilo de su decoración ni la línea de su confort. Don Pedro ha ido amontonando útiles y muebles de todos los estilos, al punto de establecer una confusión tal, que se concluye por aceptarla como cosa propia de don Pedro o «del café de la esquina».

El nombre de «España en Africa» lo hemos olvidado en fuerza de solicitar, inútilmente, su substitución. Don Pedro consintió en todas nuestras extravagancias y peticiones, menos en esa. ¡El nombre no! Y allí ha quedado, en grandes letras en oro, sobre los vidrios de las dos vidrieras y sobre el latón del frente principal. Pero nadie lo recuerda. El café, nuestro café, se llama, como he dicho antes: «el café de la esquina», «el café de don Pedro», o «lo de Urquijo».

Y en él debatimos la actualidad, tratamos negocios, matamos nuestras penas, celebramos nuestras alegrías y perdemos nuestro dinero en el truco, en la quiniela o en las carreras, porque hasta esa comodidad nos brinda: el lotero y el redoblonero.

El café de la esquina nos llama como un amigo, apenas asomamos las narices a la calle. Nuestros primeros pasos se encaminan a él; en él embicamos a nuestro regreso. Durante las horas de trabajo en él pensamos, y en él nos sentimos hondamente felices.

Por si acaso alguien quisiera oir música, don Pedro ha instalado un altoparlante, que trompetea nuestros oídos dos veces al día.

Tan familiar nos es todo en la casa, que las penas de don Pedro son nuestras penas, y sus dificultades domésticas nuestra preocupación. Cuando se casó su hija mayor, una criatura hermosa de diez y seis años, descansamos; porque era amiga de noviazgos y rebelde a la disciplina paterna. La casaron con un paisano rico y cuarentón, pero aun cuando todos queríamos a la chica como a una noviecita ideal, aceptamos ese sacrificio en mérito a nuestra tranquilidad. ¿Quién sabe lo que hubiese sido de nosotros de haber tenido la niña dos años más? Se fué la sirena, pero nos quedó la inquietud de Victoriano Della Costa, el único mozo del establecimiento, siempre suspirando por su mujer enferma.

—Y, ¡Victoriano, ¿cómo va la señora?

—Mal, señor; no hay esperanzas.

Le dábamos doble propina, nos servíamos nosotros mismos el café para dejarlo descansar y sentíamos profunda angustia por su dolor. Por fin murió la infeliz; fuímos al velorio y al entierro, y treinta días después nos enteramos que Victoriano se había vuelto a casar y se había establecido por su cuenta en Flores. ¡Así son las cosas de la vida!

Que cambiaran los hombres y las cosas no significaba que cambiara nuestro café. Don Pedro nos era fiel, y nosotros a su negocio. Jamás pensamos en que pudiera abandonarnos, porque no pensábamos cambiar nuestra vida.

Pero he aquí que nos ha llegado de golpe la infausta nueva en que no habíamos creído nunca: Don Pedro liquida, vende, o cierra, porque se va a Europa. Ha hecho la América, quiere descansar entre los suyos, en su pueblo, como un gran señor. Para eso vino, para eso se estableció y para eso nos guardó diez años de fiera fidelidad.

Henos desconcertados ante la necesidad imperiosa de deshacer diez años de costumbres, que son, como si dijéramos, una vida trazada sobre camino recto.

Y la cosa no tiene compostura. De más está pensar en que la casa pueda pasar a otras manos y nos sea ofrecida como la propia: «lo de Urquijo», es «lo de Urquijo» y no podrá ser mañana «lo de Pérez» o «lo de Fernández». ¡Nada! El café se ha deshecho en nuestra alma y en nuestro corazón, y hemos empezado a despedirnos de él, melancólicamente, al punto de hablar de don Pedro como si estuviera lejos, empezando siempre con lo mismo: «¡Pobre don Pedro!»

Anoche, el bueno de don Pedro, haciendo un aparte a sus quehaceres cada vez mayores hasta desprenderse del café, se acercó al grupo de los más adeptos y enseñó su libreta de Banco. Tiene ahorrados 50.000 pesos. Según sus cálculos, cada uno de nosotros dejó en su poder, durante los diez años de existencia del «España en Africa», la tercera parte de su sueldo mensual.

Porque, como bien dice el hombre:

«Nosotros necesitábamos de algo que matara nuestro aburrimiento. Incapaces de crearnos, por nuestra cuenta y por nosotros mismos, la alegría, la preocupación que substraiga, él nos ofreció todo eso en su pequeño café; y para hacerlo se sacrificó diez años, adivinando nuestros gustos, sonriendo a nuestras alegrías y acompañándonos, sin importarle absolutamente nada, claro está, nuestras penas. Durante ese tiempo recogió lo que desperdiciábamos y él codiciara: dinero». Y ahora, recompensado, irá a su pueblo natal, a hacer lo propio que nosotros; con una sola diferencia: invertirá su capital en tierras, y con lo que rente hará su dispendio en el casino lugareño. De esa manera siempre será rico y siempre se dará vida de gran señor, recordándonos sonriente y satisfecho.

De algo nos ha servido en la vida. ¡Así es el mundo y así son sus cosas! ¡Qué le vamos a hacer!

F. DEFILIPPIS NOVOA

"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 206
En cabritilla negra y color sangre. En gamuza negra.
$ 14.90



MODELO N.° 221
En cabritilla negra y charolada. En gamuza negra.
Taco de 7 centímetros.
$ 14.90



MODELO N.° 214
En cabritilla negra y color sangre. En gamuza negra y marrón.
$ 14.90



MODELO N.° 225
En cabritilla negra, charolada, color sangre.
Tacos 3 ½ y 5 ½ ctms.
$ 14.90

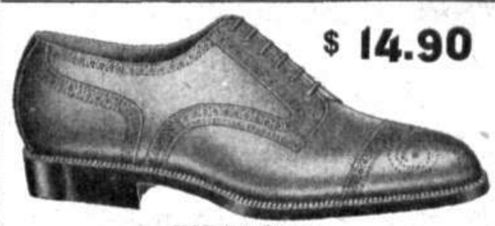


MODELO N.° 213
En gamuza negra y marrón. En cabritilla charolada, negra, color sangre y marrón.
Taco de 7 centímetros.
$ 14.90

MODELO N.° 224
En cabritilla charolada y color sangre.
En gamuza negra.
$ 14.90



$ 14.90



MODELO N.° 58
En gum metal negro. En gum metal color.
Doble suela, gran moda.

$ 14.90

MODELO N.° 59
Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro negro. En gum metal negro y color.
Todo cosido alrededor, doble suela.

Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

De San Fernando



Comisión Directiva de la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos, presidida por el señor José Saracco, cuya reciente elección ha sido recibida con unánimes aplausos entre los asociados.

LA LECCION DE FRANKLIN

Un hombre que se había pasado una hora frente al escaparate de la librería de Benjamín Franklin, entró por último y le preguntó al dependiente.

—¿Cuánto vale este libro?

—Un dólar.

—¿No lo puede dar por menos?

—Vale un dólar.

Echó perezosamente nuestro hombre una mirada sobre los libros puestos a la venta y volvió a preguntar: ¿Está el señor Franklín?

—Sí, señor, pero tiene mucho que hacer en las prensas.

—Es que desearía hablar con él.

Avisó el dependiente a su principal y le preguntó el comprador.

—Señor Franklín, ¿cuál es el último precio de este libro?

—Dólar y cuarto.

—¡Pero si el dependiente me acaba de pedir tan sólo un dólar! —Es verdad; porque hubiera preferido entonces un dólar a dejar mi trabajo.

Pareció el hombre sorprendido de la réplica y deseoso de cerrar el trato repuso:

—Bien, pero dígame el último precio.

—Dólar y medio.

—¡Cómo! ¡Si acaba usted de decirme dólar y cuarto.

—Es verdad; pero antes me era más ventajoso el dólar y cuarto que ahora el dólar y medio.

Dejó silenciosamente el hombre las monedas sobre el mostrador, y salióse de la tienda con el libro y la saludable lección recibida del maestro en el arte de transmutar a voluntad el tiempo en riqueza o en sabiduría.

Por doquiera hay malgastadores de tiempo.

De San Isidro


Miembros de las diversas Conferencias Vicentinas de la capital, que hicieron una atrayente excursión por esta localidad con el loable fin de afianzar vínculos fraternales.

FORTUNAS HECHAS CON LOS DEPORTES

En un reciente proceso se ha averiguado que «Babe» Ruth, el más famoso jugador de baseball, era remunerado a razón de 900 libras esterlinas mensuales. No obstante, Ruth está lejos de haber sido pagado más espléndidamente que ningún otro deportista profesional, pues varios maestros de boxeo y no pocos jockeys ganan más que el famoso maestro de baseball.

Cuando Dempsey venció a Carpentier, recibió 75.000 libras esterlinas de la taquilla, y 20.000 por derechos cinematográficos.

Se calcula que desde el fin de la guerra Dempsey ha ganado 300.000 libras esterlinas a título de remuneración, derechos cinematigráficos, etc.

El comité nombrado en Inglaterra con objeto de dictaminar acerca de la conveniencia de crear un impuesto sobre las apuestas, ha llegado a la conclusión de que cada año aquéllas oscilan entre las 100.000 y las 300.000 libras esterlinas tan sólo en las carreras de caballos.

Teniendo esto en cuenta, no es extraño que los jockeys ganen salarios que no pocos ministros de la corona o de la república deben envidiar. 10.000 libras esterlinas al año no es una cosa del otro jueves para un consumado corredor, y parece ser cierto que Steve Donoghue recibió 30.000 libras entre una cosa y otra a cambio de sus servicios durante no más de ocho meses.

Frank Wootton ganaba 15.000 libras esterlinas a la edad de quince años.

El culto de la Belleza.

Algunas recetas sencillas que producen resultados sorprendentes.

Por Charlotte Rouvier.



Los secretos del cutis revelados por un dermatólogo.

«El gran secreto de la conservación del aspecto juvenil del rostro, consiste en la extirpación de la cutícula muerta», dice un célebre dermatólogo. Es cosa bien sabida que la epidermis se halla en un estado de constante renovación, pues las células muertas se desprenden en pequeñas partículas, continuamente. Pero si, por un motivo cualquiera, dichas células no caen apenas muertas, ellas quedan adheridas a flor de piel, cubriendo las células vivas de la epidermis». En este caso habría que recurrir a un especialista dermatólogo para que procediera al despellejamiento del rostro en una sola operación, pero este es un procedimiento doloroso y costoso. Idéntico resultado puede obtenerse, gradualmente y sin peligro, aplicando cera pura mercolizada (en inglés «pure mercolized wax»), substancia que se encuentra en cualquier farmacia. Se la aplica como si fuera cold-cream. Con poco costo se procede al completo despellejamiento del rostro, sin dolor alguno, absorbiendo las células muertas, y revelando el nuevo, sano y sonrosado cutis que se halla inmediatamente debajo.

¿Por qué hay mujeres que aparentan ser viejas?

Generalmente, por sus mejillas descoloridas. La belleza es muy fugitiva, pero una mujer inteligente sabrá retenerla, contrarrestando los efectos de los años. Si sus mejillas palidecen, ella renovará su colorido, no con rouge, que es ordinario y se nota, sino que con un discreto toque de rubinol en polvo que da un suave color exactamente igual al rosado natural. El rubinol se obtiene en cualquier farmacia o perfumería. Toda mujer sabia conoce también el encanto de unos brazos hermosos y de unas manos delicadas, y sabe asimismo que para tener y conservar dichos dones, no son necesarios esos costosos «alimentos de cutis», sino tan sólo el uso de la cera pura mercolizada.

Cómo conservar el cabello en buen estado.

No importa que su cabello sea rubio, negro, castaño o de color rojo. Si quiere usted conservarlo abundante, brillante y en buenas condiciones generales, debe cuidarlo prolijamente. Muchas señoritas descuidan su pelo totalmente, creyendo que, a pesar de ello, siempre parecerá bien. Esto es absurdo. Voy a decirles cómo trato yo mi cabello: Ante todo, no dejo de cepillarlo ni una noche, por cansada que me sienta. Después, cada dos semanas lo lavo bien, usando a ese fin una cucharada de stallax granulado disuelto en agua caliente, enjuagándolo bien después y secándolo con toallas calientes. El resultado es sencillamente maravilloso.

Eficaz remedio contra el vello.

Muchas damas saben cómo combatir temporalmente ese crecimiento del vello que las afea, pero pocas conocen un remedio permanente. Para este propósito, debe usarse porlac puro pulverizado. Compre usted una onza, poco más o menos, en su botica, y aplíquelo directamente a la parte de pelo que le moleste. El objeto de este tratamiento no es solamente la repentina desaparición del vello o pelo superfluo, sino que mata sus raíces por completo en un espacio de tiempo relativamente corto.



La morada de Basilio Fedor, el viejo pope, elevábase en medio de un pequeño jardín, a la entrada de la aldea... Caía la noche, una noche que amenazaba envolver la estepa con su tranquila y vaporosa claridad. Los postreros rayos oblícuos del sol poniente reflejábanse sobre las frágiles siluetas de los abedules de argentadas hojas, y, en un surco, una perdiz roja despedía con su canto monótono al día que, poco a poco, desaparecía.

Marfa Fedorowna, la esposa del pope, encendió la lámpara de cobre y corrió las cortinas de las estrechas ventanas. Muy de madrugada, el pope había partido en el coche de Iván, llamado a la ciudad por una carta urgente, y, como la noche caía rápidamente, Marfa hallábase impaciente e inquieta. Iba y venía de un lado a otro, sin saber qué hacer; por lo pronto, para aplacar su intranquilidad, renovó la mecha de la lámpara encendida al pie del icono de Nuestra Señora de Kasan, hízola una plegaria, y, al cabo, no pudiendo contenerse más, salió al jardín para columbrar lo poco que del camino permitían ver las tinieblas. Un silencio absoluto reinaba en todo el contorno... Hasta que, al cabo, sonó a lo lejos la campanilla de un caballo y Marfa, tranquilizada, reconoció al del coche de Iván. Presto, efectivamente, la «troika» se detuvo ante la puerta de la «isba» y Basilio Fedor saltó a tierra.

— Que Dios te ayude, Iván — dijo Basilio sacudiendo su casquete lleno de tierra. — Gracias, y hasta mañana.

— Hasta mañana, padrecito — respondió Iván, fustigando su caballo.

En cuanto entró, Basilio cogió a Marfa por las manos y, atrayéndola hacia sí, abrazóla con excesiva ternura.

— ¡Si supieras la que nos espera!

De inmediato Marfa se percató del estado de excitación de su esposo, lo que le explicó aquella su efusión.

— ¡Sea lo que sea — dijo Marfa, resignada — venga mal o venga bien, loado sea el Señor! — Y, profiriendo aquellas palabras, apartóse un tanto del pope y le arrastró con dulzura hasta la mesa donde humeaba una sopera.

— En tanto, díme qué es lo que Dios nos tiene deparado...

— Tú sabes, madrecita — díjola Basilio — en qué términos obscuros y difusos estaba redactada la carta. Llegué a la ciudad lleno de inquietud y no sin haber removido en mi cabeza todas las probabilidades de una mala noticia, sin que, empero, diera con ninguna. ¡No somos nosotros, pobres mortales, los más indicados para juzgar los actos de Nuestro Señor. Pues bien, querida mía, lo que nos ha deparado Dios sobrepasa todas mis previsiones. Es un pesado fardo que cae sobre nuestros hombros... Una fortuna, una inmensa fortuna. Mi hermano ha fallecido, lejos de aquí, en un país que nuestros ojos jamás han de ver; y, en su testamento, me lega sus inmensos bienes para que los emplee en lo que considere más provechoso para el descanso de su alma. ¿Qué hará con todo ese oro un pobre pope como yo que vive tan parcamente y no espera nada en este mundo?

— En efecto — dijo Marfa, pensativa — ¿qué haremos con tanto dinero?

....

La noche subsiguiente fué mala para Basilio. Se volvió y revolvió en el lecho, suspirando tanto como Marfa quien, acostada a su vera, hallábase no menos intranquila.

Al día siguiente, desde que despuntó el alba que tiñó el horizonte circular con un tono opalino, Basilio paseóse por el jardín. A la vez que inspeccionaba sus almácigos, rumiaba las más atormentadoras ideas, pero, malgrado el empeño que en ello ponía, no hallaba el procedimiento que le permitiría emplear la fortuna que le legara su hermano. Más se hundía en sus cavilaciones, más difícil parecíale conciliar los postreros deseos del difunto y las propias aspiraciones de su alma; porque su mayor anhelo era el de continuar viviendo, tranquilo e ignorado, en medio del rebaño del cual era pastor espiritual. La hora de la misa le vino afortunadamente a distraer de sus crueles preocupaciones. Y, a las doce, volvió a su casa para sentarse ante el humilde almuerzo preparado por Marfa.

Pero en ese instante, hallábase radiante de satisfacción.

— El Señor, querida, no nos ha abandonado — la dijo ufano. — Acabo de hallar la solución de todas nuestras cavilaciones. Salía de lo de Iván, y, como siempre, abrí mi breviario. Lo hice al azar, y, a la primera mirada, mis ojos cayeron sobre uno de los primeros versículos de la epístola de San Juan, cuyos caracteres pareciéronme de fuego:

"Si cualquiera, poseedor de grandes bienes, cierra sus ojos y su corazón a sus hermanos en necesidad, ¿qué podrá esperar del amor de Dios?"

Ahora bien, esta aldea es pobre; pero, entre los pobres de esta aldea hay algunos desheredados que, más que el resto, parecen abandonados por

la mano de Dios. Es hacia esos, especialmente, a quienes me he de dirigir. Pediré a nuestro padrecito el zar el permiso necesario para internarme en la estepa con los hombres que designaré, edificaremos una pequeña aldea donde cada cual tendrá su parte igual de bienes, tierras y animales. De esa futura aldea quiero hacer yo la tierra de la verdad, la ciudad de Dios, donde no habrá sino plegarias y trabajo. Daremos, así, al mundo, a este mundo lleno de sufrimientos y de pecados, un ejemplo de amor y de fraternidad, que, si Dios lo permite, abrirá los ojos de aquellos que los cierran para la perdición de su alma.

María inclinó la cabeza, pero sin aprobar nada de aquello.

....

Por espacio de tres meses Basilio vivió embargado y afanado en la solución de todos los complejos problemas inherentes a su proyecto. Llegó el invierno y, al cabo, con él la autorización de las autoridades para que realizara su caro anhelo.

Había adquirido una gran extensión de tierras cultivables, apartadas de los grandes núcleos de población, en plena estepa, y en un lugar regado por un arroyo.

Seguidamente entró en tratos con un tal Solness, un constructor que, bajo sus órdenes, levantaría seis «isbas», todas parecidas, con su pequeña huerta, chiquero y establo cada una.

El resto de la tierra fué dividido en tantas parcelas como habitantes tendría el nuevo pueblo. Cada casa componíase de una gran habitación donde ubicada estaba la chimenea, de una alcoba común y de un granero. En el establo se colocaría para cada propietario una vaca y dos terneros y, para realizar otras faenas, no se olvidó el correspondiente caballo. Tal era el obsequio que, con carácter de propiedad definitiva, hizo Basilio a sus elegidos.

En el centro del cuadrilátero que formaban las casas elevábase la pequeña iglesia con su anexo para morada del pope, una casa en absoluto parecida a las del resto de la comunidad.

La víspera de Navidad, Basilio conversaba con su esposa.

— Dentro de pocos días — dijo el pope — saldremos de aquí llevándonos nuestros amigos, nuestros hermanos. El invierno está ya en todo su rigor y hay mucha miseria entre la gente de la aldea. ¿Qué te parece si, en conmemoración de este día, les distribuimos algunos rublos?

— Distribuye, querido, distribuye; que en memoria de tu hermano todo el mundo se sienta feliz en el día de hoy.

Al amanecer ya estaba el buen pope distribuyendo dos rublos a cada uno de los habitantes, y, la tarde del mismo día, experimentó inmenso regocijo porque en todas las cabañas humeaba el samovar, y el acordeón de Iván hacía danzar a las muchachas y los muchachos del lugar. Así y todo, Fedor se enteró de que, en medio de aquel holgorio habían surgido dificultades, pues la hija del herrero Demetrio se quejaba de haber sido molestada por uno de los bailarines, aunque no le era posible designar al culpable.

— Decididamente — díjose el pope — el dinero y el aguardiente son dos cosas detestables.

Esto le confirmó la excelencia de su primitivo proyecto.

Y, una clara mañana en que el sol brillaba enceguecedor sobre la sábana de nieve, partió la pequeña caravana.

El pope que sucedió a Basilio bendijo la partida y sus votos acompañaron a aquéllos que hacían su primera jornada de camino, rumbo a las tierras de la verdad.

Basilio, por lo demás, había dictado condiciones harto rigurosas para la admisión de los elegidos; por más que no se hubiera reservado ninguna otra autoridad que aquella que poseía por su carácter de pope. Sólo anhelaba que se respetaran estas condiciones: temperancia y trabajo; nada más.



II

Una era de paz y de felicidad comenzó, extendiéndose sobre la llamada Tierra de la Verdad y saturándolo todo con su atmósfera bonancible.

El estío avanzaba rápidamente y el cálido viento que venía de la Crimea acariciaba el verde mar que, muy en breve, transformaríase en rica cosecha.

Después de la cena, a la luz roja y violeta del crepúsculo, las mujeres se reunían para hablar de sus asuntos domésticos. Los hombres congregábanse debajo de una encina corpulenta, rodeando al pope que les entretenía con sus pláticas ejemplares.

— En sus comienzos — decíales — el mundo era así. Los hombres fueron quienes, impulsados por los malos apetitos y las bajas pasiones, le han transformado. Pero, podéis estar seguros... Nuestro ejemplo dará buenos frutos y, poco a poco, todo recobrará su primitivo orden.

A eso de las ocho las mujeres se les unían y entonces la conversación tornábase general.

Un domingo por la mañana la Tierra de la Verdad fué sacudida por la consternación. El agua faltaba. Con los fuertes calores, la fuente que surtía al poblado habíase secado y las plantas de los jardines, muertas de sed, agonizaban resecas.

Basilio convocó a los hombres:

— Esta es una nueva prueba de fe que Dios nos envía para estimar la medida de nuestra paciencia. Tengamos calma y fe que, de alguna manera, el agua nos llegará.

— Pero, padrecito — dijo Iván — aunque sin dejar de loar al Señor y agradecerle estas pruebas que tú dices nos envía, ¿no te parece que nos sería posible cavar un pozo? Entre todos resultaría faena rápida y fácil...

— Es Dios mismo quien te inspira, hijo mío — dijo el pope. — Presto... ¡Manos a la obra!

Quince días se emplearon en la realización de aquel trabajo. Finalmente, al cabo de la segunda semana, el fondo del pozo cavado abrióse sobre una napa de límpida agua. Tornó la abundancia y todo siguió cual en el mejor de los mundos, hasta que una mañana, Askénia, la hija de León, el zapatero, con su cántaro de cobre y el caballo que arrastraba un barril, llegó con un poco de retardo al pozo. El agua escaseaba y las mujeres de Onofre y Estanislao, que charlaban allí, se burlaron de ella.

— ¿Qué tal, pequeña Berta? El pozo no tiene mucha agua... Eso es lo que ocurre cuando se está toda la noche en la ventana de casa... Cuando amanece... ¡claro!... se está fatigada y se hace cuesta arriba esto de venir por agua al pozo... Ahora se ha concluído y tendrás que aguardar hasta que suba otra vez.

— ¡Cállate la lengua, perra! Se lo he de decir a nuestro padrecito. Eres tú quien se ha llevado toda el agua para que yo no la tuviera.

— ¡Privarte a ti! ¡Bah! ¡Si tú tienes de sobra con los besos que a hurtadillas te da Marcos.

— ¡Mientes, mentirosa! Entonces... ¿quieres decirme qué es lo que haces en el bosque cuando el hijo de Demetrio va a hacer carbón?

— ¿Qué dices, perdida? ¡Hija de ladrones!

— ¡Ladrones!

— ¡Sí, ladrones!

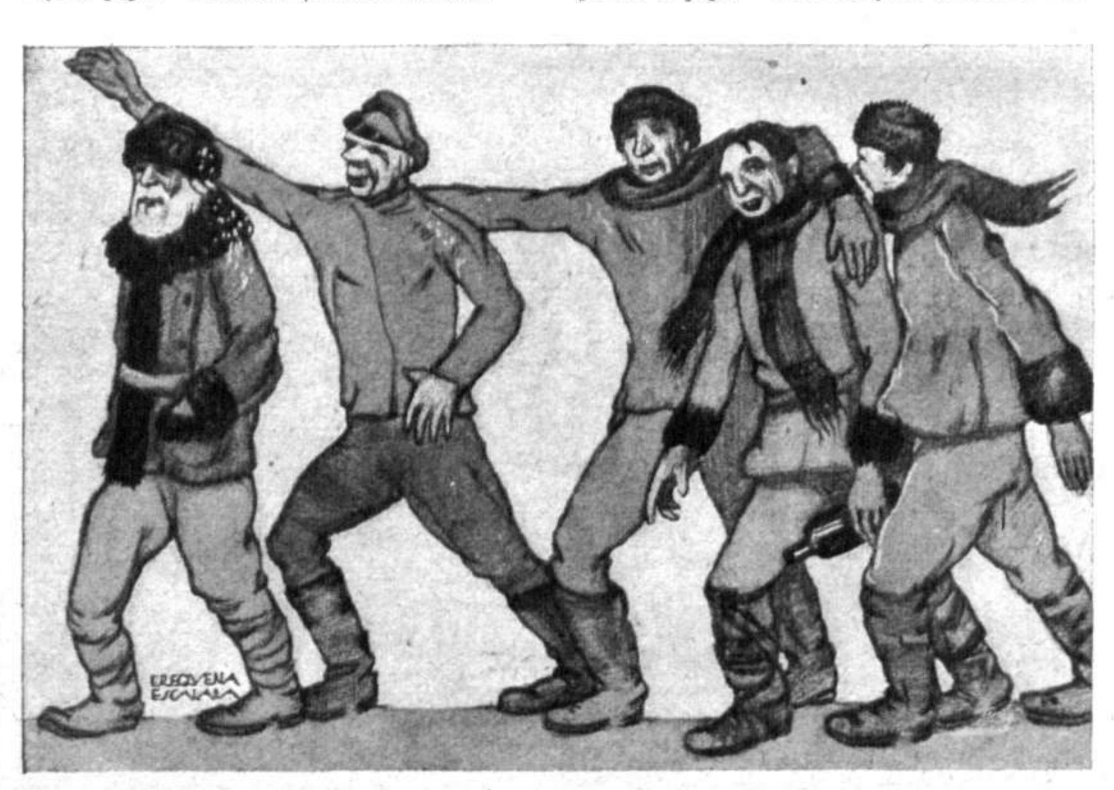
— Aguarda...

Pero, de pronto, apareció Basilio. Con un gesto apaciguó a las levantiscas mujeres, y, cogiendo él mismo el cántaro de cobre, extrajo lo poco de agua que quedaba aún.

Aquella misma tarde, antes de que se entrara el sol, se le presentó Estanislao:

— Padrecito — díjole a Basilio — tengo que presentarte una queja. Askénia, la mayor de las hijas de León, ha insultado a mi mujer, una esposa alegre y ejemplar...

— Yo estaba allí cuando aquello ocurrió — respondió el pope. — He visto y he escuchado todo.



Cada una de ellas ha tenido su buena parte de culpa. Pero, puedes estar tranquilo: las hablaré y esto no volverá a ocurrir.

Efectivamente, al día siguiente Basilio hizo comparecer a las tres mujeres y las dió una paternal reconvención, después de lo cual las hizo que se besaran ante él, como prueba de reconciliación.

Al salir, Askénia fué la primera en tomar la palabra:

— ¡Ya estarás contenta! ¿Verdad, mala pécora? Pero, también has llevado tu merecido; que el padrecito no ha andado remiso en eso de echarte responsos.

— ¿A mí? ¿Qué?... A mí no me ha dicho otra cosa sino que yo era una mujer de mi casa... ¿Verdad, Nadejda?

— Es cierto — replicó la mujer de Onofre.

— Entonces — agregó Askénia, lívida de ira, riendo, hiriente — puesto que toda mujer de su casa debe partir lo que gana con su marido, llévale la mitad de ésto. ¡Toma!

Al mismo tiempo, el ruido de una sonora bofetada rompió el recogimiento de la tarde y repercutió como un eco por toda la tierra de la Verdad.

A la tarde, precisamente en el instante en que por una extraordinaria coincidencia el pope comentaba un texto sagrado sobre el olvido y perdón de las injurias, un clamor hecho de gritos agudos y voces invectivas dejóse escuchar. El pope tuvo el tiempo preciso para evitar que ocurriera una desgracia lamentable, porque el elemento femenino, dividido en dos bandos, se injuriaba a más no poder, tal cual lo hicieran antes de partir para la tierra de la Verdad.

Las cosas comenzaron a marchar de mal en peor y bien presto media población del villorrio habíase trocado en enemiga acérrima de la otra mitad.

Después de penosas reflexiones sobre la malignidad de las mujeres, el pope decidió que éstas permanecieran en sus hogares y que sólo los hombres intervinieran en las faenas del campo.

De tarde, cuando en el fondo de la estepa, el sol moribundo incendiaba el cielo con sus postreros fulgores, los hombres, rendidos por el trabajo del día, rodeaban a Basilio, quien les hablaba de cosas comunes, pues esta conversación era buen camino para llevarles, paso a paso, a la consideración de asuntos más graves.

Una noche, justamente en el momento en que Basilio entraba de lleno en su disertación, Iván extrajo del bolsillo de su blusa un vaso de estaño y una botellita.

— ¿Qué es eso? — preguntóle el pope.

— Te lo voy a decir, padrecito... Yo tengo por costumbre tomar de tarde un poco de te para aplacar la acidez de mi estómago. Esto no es, por cierto, un pecado y pensé que podía hacerlo sin molestarte a ti ni a mis hermanos aquí presentes.

— Puedes hacerlo, hijo mío.

Al día siguiente, Nicolás, León y Onofre, así como algunos otros, hallábanse provistos de su vaso y de la correspondiente botellita. Mas, antes de que la reunión estuviera en su punto, cayó una lluvia abundante y cada cual volvió a su cabaña.

Iván tuvo entonces una idea y no pasó un día sin que se la comunicara al pope.

Muy de madrugada fuése a verle y le dijo, quitándose el sombrero y estrujando los pliegues de su blusa:

— Padrecito, llegará el tiempo en que la lluvia y la nieve nos forzarán a permanecer en casa y de esta manera nos veremos privados de tus enseñanzas. Entonces he pensado que convendría construir un abrigo común donde, malgrado el tiempo, nos sea posible escuchar de noche tus palabras.

— Decididamente, hijo mío — le dijo Basilio, radiante — es el Señor quien te inspira. Construiremos ese albergue cuanto antes.

En menos de una semana, Iván y los hombres de la aldea edificaron una habitación cuadrada, abierta de un lado por una gran puerta y con varias ventanas en la parte opuesta.

Las conferencias se reanudaron, pero León, que guardaba en su alma un gran rencor y celaba a Iván, tuvo a su vez una idea.

— He aquí — dijo — que llega la mala estación. Bien pronto toda la tierra del contorno desaparecerá bajo la nieve y nosotros no tendremos nada que hacer.

— Efectivamente — dijo Basilio. — ¿Qué harán ustedes en todo ese tiempo?

— Pues ésto. Mañana me iré a la ciudad y venderé tres carneros. Si tú quieres nos das algunos rublos y con ellos me será posible comprar una estufa.

— Bueno. Te daré diez rublos y con ellos nos comprarás una buena estufa.

Tres días más tarde, León, de regreso de la ciudad, se presentó con una estufa, caños, dos lámparas de cobre y hasta un icono de la Virgen..Aquellas cosas demostraban su espíritu emprendedor y de iniciativa. Las reuniones se repitieron asiduamente. Nicolás, León, Onofre e Iván, fieles a sus viejos hábitos, llevaban cada cual su botellita y el vaso de estaño. Basilio, todos los días, hablábales con las mismas palabras llenas de fe y acendrada bondad.

Cierta noche Iván se presentó con una nueva proposición que, aun siendo demasiado personal, no por ello dejó de merecer la general aprobación.

— A mí me parece — argumentó feliz, sintiéndose admirado y envidiado por todos — a mí me parece repito, que, en lugar de venir cada uno con nuestra correspondiente botella y el infaltable vaso, mejor sería que a escote adquiriéramos un samovar, tazas, azúcar, todo, en fin... Cada cual, a su turno, se encargaría de preparar el te... Tú mismo, padrecito, que no gustas ni puedes llevar encima una botella, no tendrías inconveniente en tomar una taza de te caliente con nosotros... ¡Hablas y te cansas tanto!

— Así es, hijo mío — respondió el pope. — No tendré inconveniente alguno en aceptarles una taza de vez en cuando.

Tres días después, un samovar flamante coronaba la estufa, cuyas líneas un tanto secas y sin gracia realzaba con el brillo de sus colores. Sobre el muro, en un estante, dabajo del icono, diez tazas y un azucarero ponían una nota clara en la uniformidad de la madera. Cada cual hizo el te a su turno; pero, al poco tiempo, Iván declaró que, cada vez que León preparaba el te, éste era incoloro y flojo. Hubo un cambio de palabras. Basilio no sabía qué hacer cuando el mismo Iván propuso una solución:

— Escuchad, como suele decirnos el padrecito, que Dios nos conserve muchos años, hay que evitar todo motivo de disputas y rencores. He aquí lo que yo propongo:

Yo prepararé el te todas las noches, lo haré muy bueno, al paladar de los más exigentes. Me encargaré de la provisión de todo: del te, el agua, el azúcar, la luz, el fuego y la limpieza. Ustedes, en cambio, me darán un «kopeck» por cada taza.

— Efectivamente — dijo Basilio, cándido como siempre — es una solución.

Este sistema fué adoptado desde el día siguiente. Iván se ocupó de introducir algunas mejoras e innovaciones en las rudimentarias instalaciones de los primeros días. Confeccionó burdas mesas y una docena de bancos. Luego, una especie de mostrador, cerrado por ambos extremos, dos cajones para guardar el te, el azúcar, y el dinero fué ubicado en la parte más amplia de la habitación.

Las transformaciones producíanse sin que sobrevinieran mayores contratiempos; pero Iván, habiendo marchado a la ciudad para hacer provisiones, a su regreso, lo hizo con un bulto cuidadosamente atado que llevó sin abrir hasta la sala común. Esa misma noche, después de la primera taza de te, el ruido seco de una botella que se destapaba, llamó la atención del pope.

— ¿Qué es eso? — preguntó más sorprendido que severo.

— Te lo diré, padrecito — contestó Iván, resuelto, muy poseído de sus funciones. — Hacía mucho frío; entonces he pensado que después del te, mis compañeros no tendrían inconveniente en tomar unas gotas de «vodka» para calentarse el estómago, y, para ésto, he traído seis botellas. Nada más...

— Estás equivocado, Iván — replicóle severamente Basilio. — Es una obra del diablo lo que traes en cada botella... No quiero poner más los pies aquí. Habíamos quedado en que nos reuniríamos para hablar de nuestras cosas y de Dios y no para beber.

Iván, que había llenado su vaso hasta los bordes, lo vació e hizo sonar su lengua, satisfecho. El aroma del «vodka» se expandió por la sala y las bocas comenzaron a hacerse agua.

— Iván—dijo Basilio, resuelto. — ¡Si no arrojas al chiquero el contenido de esas malditas botellas, me marcho de aquí inmediatamente!



— ¡Pues bien, padrecito! — dijo Iván, muy respetuoso y frío. — Cuando se nos ocurra verte y oirte iremos a la iglesia.

Basilio, ante aquel golpe rudo, vaciló. No podía dar crédito a las palabras que escuchaba, se repuso, no obstante. Envolvióse en su capa y ganó la puerta con un nudo en la garganta, ahogándose.

— Ahora — declaró Iván, cínico ya — ya tenemos bastantes mieles evangélicas. Hoy soy yo quien convida.

....

Cuando Basilio la hubo relatado todo lo acontecido, María se encogió de hombros y dijo:

— ¡Bah! Nada bueno resultará de la fundación de esa taberna...

Basilio iba a replicarle; mas, repentinamente, una sorpresa manifiesta se pintó en su alterado rostro.

— En efecto, es un «trakir», una vulgar taberna... ¡Los deseos del Señor son tan impenetrables!...

Luego, la amargura de esta comprobación fué desapareciendo. Basilio habló a su gente en la capilla. Y, nunca, jamás, se dió el caso de que pusiera sus pies en el dominio que con tanta cicatería conquistara Iván, su hijo predilecto, el que parecía iluminado por el Señor para aportar ideas a la comunidad de la tierra de la Verdad.

BALADA DEL NADADOR

Nadador en las ondas de la vida,
cuando me daba la niñez sus dones,
sobre la superficie adormecida
no soplaban los rudos aquilones.
Apenas una brisa vagarosa
rizaba la onda azul y sosegada,
y una voz incesante y cariñosa
murmuraba a mi oído: — «Nada, nada.»

Llegó la juventud; la onda pura
se comenzó a enturbiar, y de repente
miré que la primera nube obscura
veló las claridades del oriente.
Por la primera vez sentí fatiga,
muy larga parecióme la jornada;
pero siempre la voz dulce y amiga
murmuraba a mi oído: — «Nada, nada.»

Hoy ya las densas sombras me rodean,
ya con la tempestad estoy a solas:
arriba, los relámpagos flamean,
abajo, rugen con furor las olas.
Siente mi alma horrible desaliento
y, al ver la mar inmensa ilimitada,
— ¿«Qué hay más allá,?» pregunto, y con acento
mofador la voz dice: — «Nada, nada.»

MANUEL PUGA Y ACAL



Núcleo de familias que concurrió a la hermosa fiesta campestre realizada bajo el patrocinio de la Liga de Comerciantes a beneficio de su caja social.



¡Nunca con tan buena apariencia como ahora!

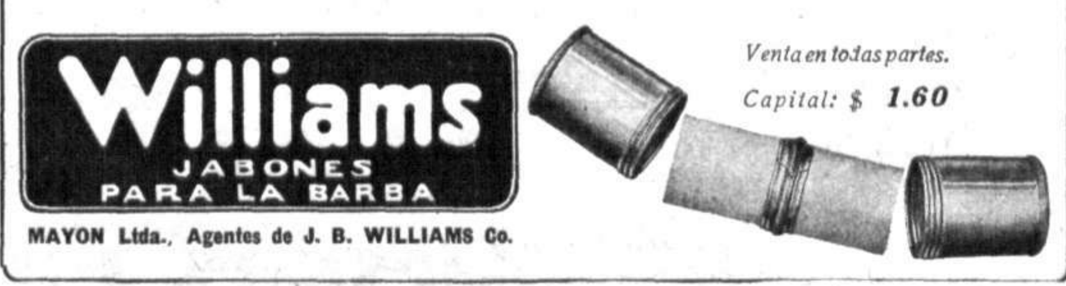
Williams, el Jabón de afeitar, con su cremosa y abundante espuma, no sólo ablanda la barba más rebelde, facilitando la acción de afeitarse, sino que protege el cutis de toda irritación que pueda producir la navaja, conservándolo así en condiciones de frescura y suavidad inmejorables.

EL JABON

Williams

cuenta con un ingrediente de propiedades benéficas para el cutis, cuya bondad puede usted apreciar deshaciendo un poco de **Williams** entre sus dedos.

Williams permite afeitar la barba más rebelde y tupida con absoluta facilidad, dejando la cara fresca y suave.



¿No aprovechará Vd.

OFRECEMOS ESTOS MAGNIFICOS INSTRU

Lea las siguientes Ofertas:



AVENIDA DE MAYO, 979
BUENOS AIRES

NO CERRAMOS LOS SABADOS.
NO TENEMOS SUCURSALES.

CASA AM
STAHLBERG &

esta Oportunidad?



CONCERTOLA N.° 4 bis

PRECIOSA MAQUINA PARLANTE, modelo para mesa, *mueble fino en madera de roble o terminación caoba,* motor Suizo de dos cuerdas. La entregamos con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis por solo pesos.. **25.—**

al contado y 10 mensualidades de $ **14.**— c/una.

CONCERTOLA N.° 5. — Espléndido modelo de salón, mueble en madera de roble o terminación caoba con armario guarda discos. Motor Suizo de dos cuerdas. Se entrega con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis por solo.. $ **25.—**

al contado y 10 mensualidades de $ **25.**— cada una.

CONCERTOLA N.° 5 bis. — Regio aparato de salón, precioso mueble en fina madera de roble o caoba con artísticos adornos de mosaicos. Gran motor Suizo de dos cuerdas. Lo entregamos con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis por solo................ $ **33.—**

al *contado y 10 mensualidades* de $ **33.**— cada una.

CONCERTOLA N.° 9. — Gran modelo de lujo. Mueble fino en rica madera de roble o caoba. Brazo, membrana y demás accesorios dorados a fuego. Poderoso motor Suizo perfeccionado. Lo ofrecemos con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis por solo.. $ **38.—**

al contado y 10 mensualidades de $ **38.**— cada una.

DIVERSION, INSTRUCCION, ADORNO, TODO LO REUNE LA "CONCERTOLA": es la máquina parlante que se distingue por su tono y líneas artísticas. Toca toda clase de discos "CON Y SIN PUA".

SOLICITE HOY MISMO EL PROSPECTO ILUSTRADO Y LA FORMULA DE SOLICITUD



EL PENSADOR

Este rústico hombre,
que tan hondo piensa
y se encoge y crispa, como enorme puño
que llevase el peso de una frente inmensa,
es la estampa viva
del primer problema.

Deslumbrado abría
la mirada ingenua
a los esplendores
y magnificencias
de los panoramas en que se desnuda
la naturaleza...

Pero se sentía
héroe de la escena,
porque en torno suyo todo estaba en calma,
como si irradiase sobre su existencia;
todo en torno suyo se inmovilizaba,
en las actitudes de mujer que espera
que el amado llegue
para poseerla.

A su paso, el mundo de los vegetales
apretaba filas en las arboledas,
como un pueblo manso
para ver el rostro de la realeza;
las inmensidades se reconcentraban,
cual si le mirasen desde su inconsciencia...;
y los horizontes le formaban rondas,
como vastas ruedas
de alucinaciones, sobre el eje móvil
de una gran idea.

Se sentía el centro
mismo de la esfera,
presidiendo el curso de las estaciones,
de las alboradas y de las estrellas,
y en las embriagueces
de su omnipotencia,
pensaría acaso
que bastado hubiera
con un gesto suyo, para que los cielos
desaparecieran,
arremolinados en miedosa fuga,
como los fantasmas en la noche negra.
Un ardiente soplo
le insuflaba ritmos en sus formas bellas,
y experimentaba la alegría loca
de abatir el suelo con sus turbulencias.

Se lanzaba en medio
de las soledades, como roja fiera
que cayese al pronto
dentro de una iglesia;
profanaba el templo
de las espesuras, que la luz respeta,
y rompía a gritos
el tranquilo espejo de las aguas muertas.

Por el puro goce
de gastar sus fuerzas,
escalaba a saltos
las más altas crestas,
y voceando echaba, desde las alturas,
a rodar las piedras.

Pero acaso ahora se detuvo el hombre
y, escuchando un trino modulado cerca,
que le abría el alma, como agudo hierro
que destapa el cofre de la nívea perla,
descubrióse él mismo, con la viva angustia
del que a verse fuera
y encontrase un día
la horrorosa imagen de una cara nueva...
o asomado al fondo del sonoro espacio,
donde se despliegan
las expediciones
de las claridades y de las tinieblas,
se encogía helado
por la indiferencia
de los infinitos
sobre su cabeza,
como aquel gigante
que traspuso el borde de la vasta tierra.

Es así, por eso,
que se dobla y cierra
como enorme puño que llevase el peso
de una frente inmensa,
y sus energías
hacia dentro vuelca,
como si sufriese la atracción horrible
de la sima interna.

ROBERTO LEDESMA

EL VELO IDEAL

Las flores violadas del jacarandá,
que el viento sacude, alfombran tu paso,
y tu zapatito diminuto va
rimando fru-frúes de tenue surah,
de pétalos frescos y de leve raso.

Porteña de ingrávidas combas: tu elegancia
va dejando absortos a los que te ven.
En ti se recrean Atenas y Francia
y triunfa entre todas tu rara eleganeia
como un verso insólito de Pablo Verlaine.

Dónde vas? ¿Quién marca tu rumbo altanero
por la senda, toda florida por ti?
¿Un pintor soberbio? ¿Un noble trovero?
¿O acaso es un loco señor de dinero,
el afortunado de tus gracias, di?...

Mas, no ¡No lo digas! Sigue hollando flores
con tu pie de hada de cuento oriental.
¡Pasa! ¡Pasa, hermosa! Los sueños mejores
nunca se realizan. Las dichas mayores
son las que no rasgan el velo ideal...

E. CARRASQUILLA MALLARINO


La pulcritud
es la castidad del cuerpo,
escribió el célebre Bacon.
EL JABÓN
HENO DE PRAVIA
es el blasón de la pulcritud.
Embellece el cutis, dándole
suavidad y fragancia.
De venta en todas partes. - - PERFUMERÍA GAL. - MADRID.
Representante general para Argentina y Uruguay:
JORGE E. CHADWICK. - Esmeralda, 132. Buenos Aires.
GAL
MADRID
RIBAS

De Martínez







El Intendente Municipal, señor Juan Bosso, rodeado por los miembros de la Comisión que tuvo a su cargo la recolección de fondos para la compra de un camión automóvil para primeros auxilios.
El señor Cánepa, Presidente de la Comisión antedicha, que hizo entrega del camión a la Policía, ofreciéndolo en nombre de todo el vecindario.
En óvalo. La Sra. Rosa Lartiga de Cánepa y el Sr. Carlos Repetto, que actuaron como padrinos en el acto de la bendición de rodante.



Dulce es vivir estos días de febrero, lejos de la gran ciudad hirviente y febril, y medir desde el sereno, apacible retiro, las palpitaciones de esa existencia brillante y afanosa a la vez, en la que las horas se desgranan tan deslumbradoras, tan fugaces...

Allá, a orillas del mar, o tierra adentro, en pintoresca serranía, la vida mundana *bat son plein*... Pero desde el sereno retiro nos es dado escuchar la vibración incesante de tan dispersas emociones, merced a los mensajes que nos trae, *negro sobre blanco*, la prensa diaria, o la correspondencia íntima, evocando las escenas llenas de vida y de color que se suceden en la luminosa playa del Sur. Con intenso recogimiento nos es dado añorar entonces el paisaje maravilloso, por las palabras del maestro inolvidable (1), que dijera: «Dulce empleo del tiempo es la contemplación del mar; ver cómo las olas nacen, mueren y se renuevan, y en la dejadez de un semisueño sentir que la inmensidad invade nuestra alma, y como que la penetra de su espíritu, y no saber, al cabo, si el objeto de la contemplación está en lo infinito de las aguas o está en la profundidad del alma propia...» Porque, en verdad, «a orillas del mar toda pasión se depura, toda meditación se ennoblece». Pero el brillante engranaje de aquella vida especialísima no da tregua para la contemplación serena de la inmensidad del mar, abriéndose el alma ante su grandiosa belleza. El «reino de la apariencia pasajera y cambiante, de la indefinida sucesión de líneas y tonos; donde todo relieve y toda figura apenas dibujadas se dan en sacrificio al movimiento innovador» (2) está en el errabundo ser de la ola, pero está también, como un extraño reflejo, en el errabundo vivir de los que tratan de divertirse a toda costa, de los que siguen la potente marea con la heroica decisión de llegar a la superficie mundana merced al capricho de las ondas...

Pero los mágicos caracteres que nos transmiten, negro sobre blanco, todas las palpitaciones de la existencia deslumbradora que viven las más brillantes figuras de nuestra sociedad, suelen revelarnos también cómo arde y se intensifica en nuestro ambiente la chispa divina de la abnegación personal; un telegrama perdido — para tantas de ustedes, lectoras amigas — por hallarse en la sección provincia, ha evocado para mí una visión de paz indecible, de poética serenidad...

Bajo la fronda de un parque señorial, apaga casi la bulliciosa algazara de los pájaros el alegre susurrar de una bandada de chiquillos; el aula infantil se ha abierto al aire libre... Y es para aquellas cabecitas, tan ingenuas como las de los pájaros amigos, un milagro en acción el que se llegue hasta ellos, con el corazón henchido de cariño y manos pródigas de halagos, la gentil figura de una de esas criaturas dotadas por el destino de las más brillantes ventajas de la existencia...

Con una sencillez y discreción que realza aun más su abnegada generosidad, reune en su propia residencia, durante los meses de verano, a los niños de los alrededores, para abrir su inteligencia, su corazón; llena como un verdadero apostolado la misión de la enseñanza elemental, y al hacerlo *personalmente* realiza uno de los más bellos preceptos de la ley cristiana: la dádiva del propio espíritu, del propio saber, dádiva que ha de convertirse en magnífica cosecha, puesto que la jovencita, que, en la primera y brillantísima jornada de la vida, comprende la divina ley del trabajo que redime y ennoblece, ha de saber hallar también, en la mente rudimentaria de los alumnos a los que abre la vida del pensamiento y de la conciencia, la chispa imperceptible, que, merced a ella, podrá intensificarse hasta iluminar para siempre el sendero de esas vidas, tan humildes hoy...

Felices aquellos hogares en los que florecen mujeres fuertes, que saben atesorar desde tan temprano las cualidades y conocimientos que han de embellecer, enalteciéndola, la misión que el destino les imponga; para ellas no existirá jamás el tedio abrumador que deprime tantas existencias, «esa debilidad de alma y de carácter, que son los disolventes más peligrosos en la vida del hogar y de la sociedad». (3) Los deberes de la mujer cuyo rango y bienes de fortuna le impongan la figuración mundana, sobre todo en sus años juveniles, se hacen más complicados cada día... Pero el ejemplo dado por la encantadora «castellana» de Monte Grande reconcilia, en verdad, con nuestra incesante *feria de vanidades*, y nos hace esperar que muchas de nuestras princesitas de leyenda han de saber imitarla...

Recordemos que las Sagradas Escrituras nos enseñan que la misión de la mujer es el ser *ayuda y sostén* en la vida: *Socia adjutorium*... Lo que no obsta que ella sea tan encantadora y atrayente como las hadas...

Dulce es vivir, amigas lectoras, estos últimos días de febrero, y medir, desde el sereno, apacible retiro, las múltiples palpitaciones de la vida intensa, brillante, afanosa...

(1) Rodó.
(2) Del mismo.
(3) Monseñor Dupanloup.

La dama duende.

Los Toldos, Provincia de Buenos Aires, febrero 26 de 1924.

LA LUZ

Poder omnipotente, Dios del cielo,
sol que me alumbras, sombra que me espera,
que ponéis en mi instinto el sabio anhelo
de nutrirse en la luz de la quimera.

Visiones que pasáis, sombras divinas
que me habláis del Destino soberano,
fuentes, selvas, corrientes cristalinas
que reflejáis al cielo en vuestro arcano.

Decidme: ¿cuándo y quién ató la clave
de esta llama interior que me consume?
¿Por qué canto y me elevo como un ave,
como una exhalación, como un perfume?

¿Qué misteriosa luz es la que ensalma
y agita mis quimeras y alegrías,
¡ah! cuando siento desbordarse el alma
como un raudal de esencias y armonías?

La luz está en mi alma... ¡Yo la siento
revelarse radiante y poderosa,
si florece en mi verso el sentimiento
deshojando sus pétalos de rosa!

CLARISA G. DE DIEGO ARBÓ

Enlaces



Señorita Ana Rosa Garret con el señor Juan F. Langlois Hidalgo. — S. Pedro.



Señorita Amelia Isolina Galimberti con el señor Raúl J. Verdi. — Capital.



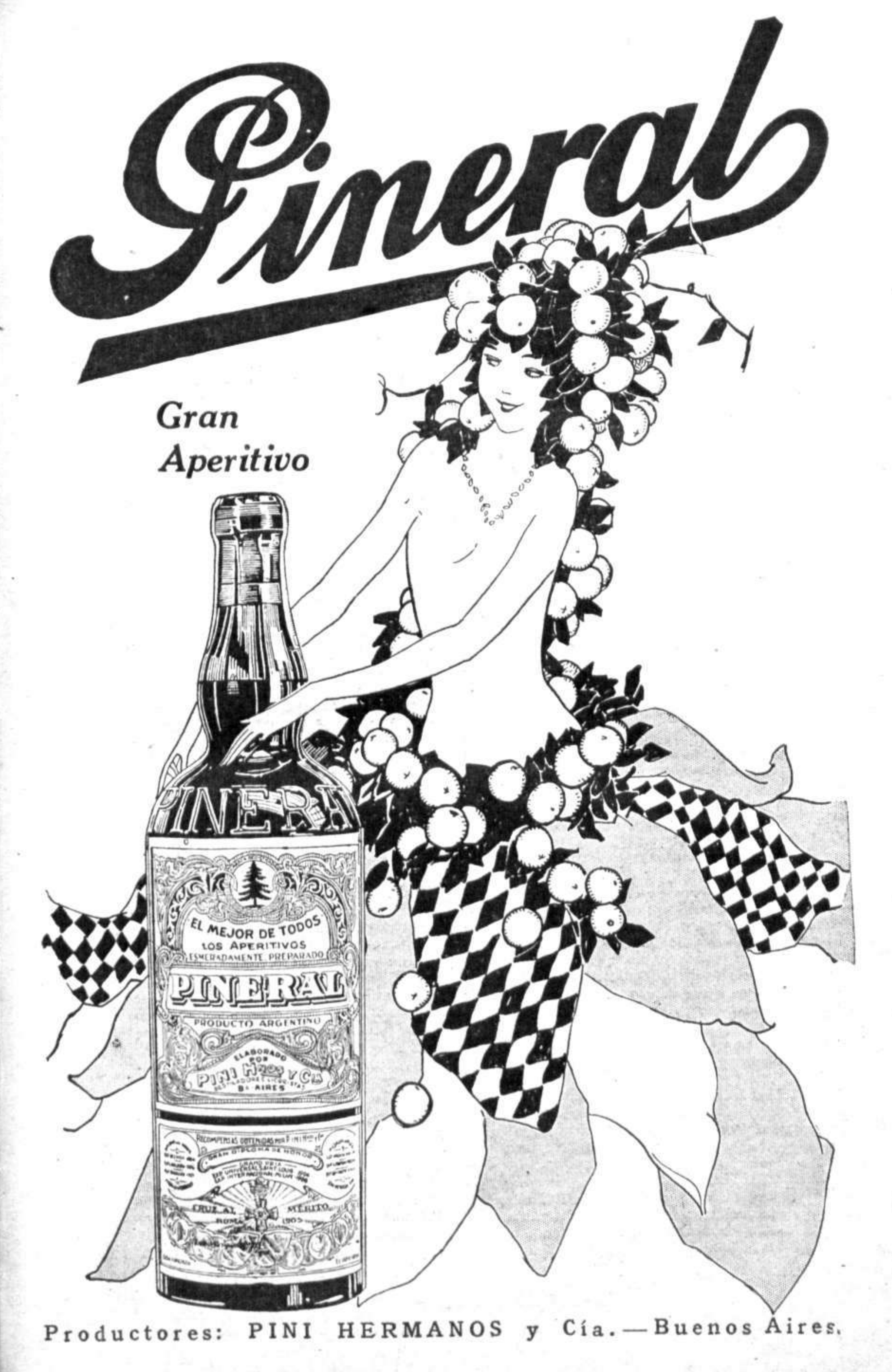
Señorita Jorgelina Serra con el señor Francisco Cristiano. — Capital.



Señorita Delia Bianchetti con el señor Mario Gorostegui. — Resistencia.



Señorita María Ferrero con el señor Lorenzo Maglione. — Paz.



Pineral
Gran
Aperitivo
PINERAL
EL MEJOR DE TODOS
LOS APERITIVOS
ESMERADAMENTE PREPARADO
PINERAL
PRODUCTO ARGENTINO
ELABORADO POR
PINI Hnos Y Cía
Bs AIRES
CRUZ AL MERITO
ROMA 1905
Productores: PINI HERMANOS y Cía.—Buenos Aires.

SEMBLANZA Y GESTO DE UN JUGADOR DE RAZA



A los cuarenta años de edad, Julián Salazar reunía aún en su persona todas las condiciones para poder decirse de él que era un buen mozo, particularmente por la expresión bondadosa de su rostro, la sencillez aristocrática de sus maneras y la simpatía que despertaba su figura. Descendiente de una familia de abolengo, ostentaba sin presunción el apellido sonoro, lo que tenía a su favor la virtualidad de abrirle todas las puertas en los altos círculos porteños. A lo largo de su juventud brillante y sensual, no había hecho sino vivir la vida de molicie de los que gustan el néctar de los mejores goces, como si el espectáculo del mundo, a través de sus más seductores aspectos, fuese para él un perpetuo renovar de sensaciones placenteras, siempre nuevas, deseadas siempre y siempre llenas de supremo encanto. No era, precisamente, un hombre culto en el sentido intelectual, porque, a pesar de ser un tipo inteligente, una innata tendencia a la vida radiante y fantástica lo substraía a la diciplina de los que estudian o leen para ilustrarse y cultivar mejor la inteligencia. En cambio, tenía una refinada educación, que se trasuntaba espontáneamente en todos sus movimientos y en la constante y lucida figuración social. En los círculos que frecuentaba con esplendidez, tenía una legión de amigos que lo rodeaban de afectos. Representaba el prototipo del gran muchacho, a quien todos halagan sinceramente atraídos por el don irresistible de la simpatía, y que, donde él se encontrara, allí estaba la cabecera en las reuniones de hombres jóvenes y distinguidos. Y la personalidad del genuino hombre de mundo que había en Salazar, merecía dos juicios distintos, y esto lo sabían bien todos sus camaradas de correrías: era para unos un artista de la vida y para otros un «bon vivant.»

En quince años de una juventud todavía no saciada de pasiones fuertes y diversas, a veces enervantes, Julián Salazar había realizado, *sin proponérselo*, una amplia experiencia de todas sus ansias de impenitente gozador de la vida. Algunos atardeceres, entregado al recuerdo de tiempo pasado, entreteníase en hacer desfilar ante sus ojos la imágenes de todos los placeres y alegrías idas. Así, el eterno femenino, cientos de veces rendido a su capricho, ya no tenía para sus sentidos la seducción de otrora. Los viajes por tierras lejanas y desconocidas, la familiaridad con las grandes urbes y el trato de gentes nuevas en los más aristocráticos salones, habían perdido para él todo el atractivo de la novedad primera. El ideal sibaritismo que antaño trabajara su espíritu en el sentido de poseer una mansión regiamente alhajada, fué desapareciendo paulatinamente, conformándose al presente con una lujosa «garçonnière» de soltero empedernido.

Sus deportes predilectos, el automovilismo y la esgrima, que tanto lo apasionaron *en otro tiempo*, carecían también de interés alguno. Y así muchos otros placeres y distracciones, como las partidas de caza en el otoño, o el veraneo en una estancia, o los paseos crepusculares en yate por los canales del Delta, habían perdido también el encanto inefable del deseo y de las realizaciones iniciales. Era que una pasión absorbente y avasalladora, un placer único, absoluto, llegó a dominar su vacilante voluntad de mundano. Julián Salazar tenía un temperamento clásico de jugador. Diríase que había nacido para vivir jugando; vencíalo siempre el imperioso deseo de jugar. En los clubs vivía y con el azar soñaba, y perseguir el azar en el juego, como los que van alucinados en pos del vellocino de oro, constituía el supremo objetivo, el resorte de su existencia de hijo pródigo. Muchísimas veces intentó poner un freno a la peligrosa pasión que lo llevaba irremisiblemente a la carpeta y al desorden moral, pero era en vano. El caro lujo de jugar se había enseñoreado de su voluntad, ejerciendo sobre él una poderosa fascinanación, aunque comprendía, a pesar suyo, que era realmente superior al dominio de sí mismo, y lo que era peor, sabía que ningún vicio como ese crece tanto al par de satisfacerse.

Todos los días, a media tarde, vestíase (nuevo Narciso de la elegancia) poniendo en la tarea una pulcritud de que no habría sido capaz si fuese para ir a visitar a la amada. Su vida, al promediar en la segunda juventud, estaba repartida de esta *manera: entre el* culto de la propia egolatría, y las vivas e intensas emociones del juego. Socio conspicuo de los más prestigiosos clubs, los frecuentaba a diario, pasando de una a otra sala. Complacíase en llegar, afectando la displicencia del hombre decepcionado de aquello mismo que tanto le apasiona y desorbitaba. A su llegada, caras familiares lo saludaban sonrientes como al más atra-

yente y señorial tipo de jugador. Y de pie, iniciaba la charla ligera y animada mientras el «croupier»; en la mesa del 30 y 40 barajaba las cartas con arte prodigioso.

—Mil a colorado —indicaba. Y los fichones de luciente nácar color salmón caían sobre el paño con gracioso movimiento.

—¡Colorado gana, y color!

. . . .

En el juego todo se da y todo se niega—decía repitiendo el viejo principio, que aplicaba todas las noches con envidiable suerte, ganándose bonitas sumas de dinero. Sin ser un hombre que proclamara la omnipotencia del vil metal, Salazar lo perseguía como un medio de realizar una vida mejor, más regalada y fastuosa y que le permitiera cultivar su generosidad con amigos y damas. En este sentido, la sed de oro le deslumbraba la pupila, y su sueño dorado era desbancar todas las veces que jugaba fuerte. No padecía el delirio de grandezas (excluía esa insensatez vulgar su condición de hombre culto), pero aspiraba a vivir siempre con esplendidez para satisfacer, además, todos los caprichos de su «snobismo,» para rodear su persona de la aureola de los afortunados en el juego y en el amor, y, particularmente, para continuar saciando en la carpeta esa viciosa pasión que jugueteaba con su voluntad como sus dedos con las fichas de nácar.

Una noche retirábase del club a la madrugada, llevando la cartera repleta de billetes de mil. Y descendía la escalinata del club, pensando, sin embargo, una vez más, en el deleznable valor del dinero ganado en los caminos sinuosos del azar. Porque, a pesar de todo, brillaba con pálida luz en el fondo de su conciencia una pequeña antorcha, señalándole el camino del deber, pero algo extraño lo hacía empecinarse en creer que era ya demasiado tarde para cambiar de ruta en su vida rumbosa y estéril.

En su «garçonnière», apoltronado frente al escritorio, Salazar sintió aquella noche como una necesidad espiritual de meditar por última vez acerca de sí mismo y de la sinrazón de su presencia en el mundo. Un retrato de su padre, que había sido uno de los ilustrados y austeros magistrados de la república, trájole la evocación nostálgica de su primera juventud, cuando a los veinte años su alma pura, incontaminada, tan lejos entonces de las tentaciones funestas del vivir metropolitano, era como un surco propicio para que fecundaran todas las buenas semillas. Recordó la vida ejemplar y fecunda de sus mayores y se consideró indigno hasta de la tradición acrisolada de su familia. Nadie era él, ni nada representaba, ni había hecho nada a lo largo de toda su vida disipada. Había sido, sí, un derrotado, y era un factor irremisiblemente negativo en el progreso social, porque no quiso cumplir el supremo deber de ser útil a los demás y a sí mismo, elevándose por el propio esfuerzo sobre el nivel común. No era sino en el fondo un egoísta refinado y simple. Así se lo reprochó con sincera y honda amagura. Y consideraba que ya su vida no admitía ningún cambio de orientación. La falta de carácter para el propio dominio, lo condenaba a seguir siendo todo el resto de su vida un jugador de profesión, aunque de alto coturno. La pasión del juego había penetrado tan profundamente en el fondo de su voluntad, que anuló en él todos los estímulos para el trabajo y todos los acicates para la lucha que beneficia y dignifica. No tenía, en realidad, más virtudes que las inherentes a tal vicio: estaba dotado de una capacidad de energía extraordinaria para el culto de esa pasión avasalladora; en él no había otra fuerza interior permanente que el incontenible afán de jugar y la emoción indecible que producíale el pensamiento absorto en las cartas que barajaba el «croupier», o en la bolilla que saltaba coquetamente entre el disco fascinador de la ruleta.

Comprendió Salazar que había sido hasta entonces simplemente un parásito distinguido de la sociedad, y que ésta necesita del concurso personal de trabajadores, estudiosos u hombres de hogar, no de jugadores consuetudinarios. Y en un instante pudo cobrar fuerza en su espíritu la decisión de reeducarse en el bien. Pero era del todo inútil, porque ya estaba escrito su destino: impotente para vencerse a sí mismo e incapaz de conquistar una posición con el trabajo propio y enaltecedor, enviciado profundamente como estaba, sin aliento ni coraje para disponerse a vivir una vida nueva que lo redimiera moralmente al declinar su segunda juventud, optó por eliminarse con un heroísmo estoicamente trágico.

Un criado encontró a la mañana siguiente el cuerpo exánime de Julián Salazar, y sobre el escritorio un fajo de billetes de mil, con un papel donde se leían estas líneas del suicida: «Para prorratear entre mis amigos necesitados del club que tengan hijos varones, por cuya educación moral lleguen a ser verdaderos hombres de bien».

o o

AQUEL mismo día, por la noche, la carpeta verde del «Club de los muchachos» se vió más concurrida que otras veces...

MANUEL TRIGO VIERA

De Bahía Blanca



Familias de los socios del "Club Atlético Ciudad y Puerto de B. B." que asistieron al tradicional pic-nic que anualmente organiza dicha entidad en la Sierra de la Ventana.

LAS ANGUILAS Y LA DESTRUCCIÓN DE LOS MOSQUITOS

Mr. Dubois ha presentado a la Academia de Ciencias de París una nota llamando la atención sobre la eficacia de las anguilas para la destrucción de los mosquitos, y sobre el hecho de que la época en que éstas vagan por los ríos e invaden los estuarios, albuferas y estanques de aguas salobres, es precisamente aquella en que empiezan a nacer las larvas de los mosquitos. Señala también la ventaja de que estos animales se aclimatan con gran facilidad en las aguas encharcadas y que contengan escasísima cantidad de oxígeno.

En apoyo de esta última afirmación, cita el hecho de haber encontrado anguilas jóvenes en el fango corrompido de la desembocadura de una cloaca en el mar, y la experiencia que hizo de tener dos anguilas en un depósito que contenía unos 15 litros de agua y mantenerlas en él durante los meses de abril y mayo sin renovarla, observando que no daban muestras de la menor incomodidad.

Entonces fué ensuciando el agua, hasta ponerla en las mismas condiciones que la de las cloacas, sin que por esto murieran las anguilas, las cuales, cuando ya apenas había oxígeno en su medio ambiente para la respiración branquial, subían a la superficie en busca de más aire y sacaban la cabeza al exterior para absorber aire puro.

Hizo, además, la prueba de introducir las anguilas en estanques plagados de larvas de mosquitos, y dió un resultado concluyente, pues no tardaron en quedar limpios de ellas.

Westclox



Aproveche sus minutos

HOY en dia es muy frecuente encontrar relojes en casi todos los cuartos de las casas. Es que todo el mundo se da cuenta del valor del tiempo y no quiere que sus minutos pasen inadvertidos.

Pero para que esto sea efectivo es indispensable usar relojes que marquen las horas con exactitud. Desde el despertador que da el alerta por la mañana hasta el reloj de bolsillo o de pared que regula las faenas diarias todos deben ser de una veracidad insospechable. Si el nombre Westclox estuviese en sus esferas Ud. puede abrigar la certidumbre de que lo son.

WESTERN CLOCK CO., LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox*: Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Buenos Dias

Westclox
Buenos Dias A

16 cms. de alto. Caja de estaño, altamente acabada y niquelada. Esfera de 10 cms. de diámetro con guarismos árabes. Alarma ininterrumpida. Maquinaria de facil manejo y 32 horas de cuerda.

Westclox
Big Ben

Es un despertador muy buenmozo con fondo resonante. Tiene 17¾ cms. de alto, caja de gran niquelado, a prueba de polvo; alarma ininterrumpida de 5 minutos o intermitente de 10 minutos.

Westclox
Pocket Ben

Es un reloj remontoir, tamaño 16, con caja de metal blanco admirablemente niquelada. Su excelente maquinaria, cuya cuerda dura 30 horas, es sometida seis veces a rigurosísimas pruebas en la fábrica.

Westclox
Baby Ben

Si su altura no fuera solo de 9 cms., guardando sus partes la necesaria proporción, sería idéntico al Big Ben. Caja de metal, sin costuras, niquelada y brillante; da el alarma sin parar o con intermitencias.

Westclox
Buenos Dias C

Tiene 12¾ cms. de altura, caja de metal estirado, de niquelado y brillo excelentes, y un frente muy elegante y novedoso. Da el alerta, sin parar, en un gongo trasero de 9 cms. de diámetro.



Concurrentes al baile organizado por la C. D. del «Centro Recreativo 15 de Febrero», en honor de las familias de sus asociados.

EL MAYOR YACIMIENTO DE HIERRO MAGNÉTICO

Comunican de Moscú que el sabio ruso señor Lazaraff, que se dedicaba a estudiar las anomalías magnéticas que se producen en el distrito de Tula, anomalías especialmente persistentes en dos bandas de 200 kilómetros de largo, separadas entre sí unos 50 kilómetros, pensó que pudieran ser atribuídas a la presencia en dicha región de yacimientos de hierro.

A consecuencia de esta creencia, un comité técnico procedió a efectuar sondeos, que dieron por resultado el descubrir a unos ciento cincuenta metros de profundidad capas de magnetita (hierro magnético) de una riqueza de mineral de un cuarenta por ciento en las primeras, porcentaje que va aumentando con la profundidad.

Los resultados obtenidos hacen pensar en que se trata de uno de los mayores yacimientos de hierro del mundo, pues de los primeros cálculos resulta que, extendiéndose 200 kilómetros, el yacimiento es enormemente mayor que el de Coruna (Suecia), considerado hasta hoy como el más importante del mundo, por tener una longitud de 10 kilómetros y una profundidad de 500 metros, pudiendo afirmarse que el hierro que contiene el yacimiento en cuestión, es diez y seis veces mayor que el que pueden dar todas las minas de hierro del mundo juntas.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 — BUENOS AIRES

TELÉFONOS: Dirección: Unión, 0598 (Aven.)
Administración: Unión, 2316 (Aven.)

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL:		EN EL INTERIOR:	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00
Semestre	» 5.00	Semestre	» 6.00
Año	» 9.00	Año	» 11.00
Núm. suelto	20 ctvs.	Núm. suelto	25 ctvs.
Núm. atrasado	40 »	Núm. atrasado	50 »

EN EL EXTERIOR:

Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	» » 4.00
Año	» » 8.00

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Est. Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay.
Año .... $ oro 5.—

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR.



URO a ustedes que aquel pe ro, no parecía un perro. ¡Amigos, hay animales que merecen un puesto de consideración en nuestros afectos más íntimos! Y ese perro del que quiero hablaros, era más que un perro, que es ser bastante. Quien haya conocido a «Tom», no puede dejar de recordar su mirada de dulzura, el movimiento de su cola, tan filosófico, tan humano...

FIRMAS BRASILEÑAS

El PERRO *del* CIEGO

PARA CARAS Y CARETAS

El viejo Juan, cuando lo encontró vagabundeando por la vieja plaza de Souza, le acarició y tuvo respuesta inmediata del culto animalito. Un ciego mendigo como era el viejo Juan, tenía forzosamente que encontrar compañía ideológica. Entre un perro que no habla y un hombre que no ve hay cierta analogía psíquica, porque cada cual por su lado puede hacerse el retrato a su modo.

Precisamente el anciano mendigo necesitaba un guía en la negra soledad de su alma. Un perro es más fiel que un lazarillo humano, que tiene lengua, ojos y la edad que corre vertiginosamente y la inquietud que domina los cerebros... A los setenta años, bien puede un hombre perder la vista y bien puede, si es pobre, confiarse a un perro que es el amigo más fiel de su ocaso. Mirad sino cómo los ancianos están siempre entre perros y niños — todo una misma cosa — que le entienden, que le perdonan los recuerdos del tiempo pasado...

«Tom», desde que el mendigo le acarició en la plaza, sintió afecto y pensó que la vida no era tan amarga. Y es porque el perro, de sensibilidad más delicada y sin menos prejuicios que la del hombre, penetra de inmediato en el fondo de la tragedia y nos tiende la lengua en señal de afecto, o los dientes, en sorda protesta proletaria.

El día en que los hombres se acerquen al perro estarán más cerca de Dios y de ellos mismos.

....

Juan se imaginaba una angustiosa soledad, una tristeza infinita, donde los ojos perdidos y la fuerza gastada y la inteligencia en ruinas, eran la soledad más grande del mundo para su alma también vieja...

— Amigo; la bebida le acortó la luz... Desde hoy está usted de alta, su único recurso, si insiste en no quedarse en el asilo, en pedir limosna.

¡Qué razón tenía el médico! ¡Pedir limosna, él, que tiró su inteligencia a manos llenas!... ¡Pero nada importaría, nada!... Pediría limosna, andaría como esos peregrinos, con su zurrón a cuestas, con el cayado corvo y las barbas floridas, de camino en camino, de puerta en puerta, diciendo:

— ¡Hermanos: yo soy Juan Rangel, el luchador férreo del trabajo, el que no desatendió jamás una queja del compañero, el que tuvo la pluma siempre llena de tinta y de sangre para castigar a los buitres cebadores de carne muerta, el que no perdonó jamás al delincuente honrado, el que cantó siempre la canción del trabajo y amó la luz del sol, las estrellas lejanas, los rubios cabellos de los niños, la vid sagrada, la mujer de carne!...

— ¡Hermano! Por el pan que te di con mis canciones de rebeldía y de fuerza, por la copa de agua y el beso de tu hija, dame un poco de pan; hoy estoy ciego del cuerpo y no puedo mirar el sol y la sombra de la noche tan negra como mis años que me pesan fatigosamente...

— El alcohol es el culpable de su ceguera, hermano — le decía la directora. — Ahora los hombres que usted defendió tanto, ni de su vejez se acuerdan, ni de su desolación tampoco...

Y eso era cierto, pero al viejo Juan nada le importaban las injusticias de los hombres; su siembra fué desinteresada, sembró, cantó y endulzó su boca con el vino sagrado de David...

— No importa, hermana, todos los seres cuando llegan a los cincuenta años tendrían que perder los ojos, para de esa manera no perder el alma... ¿Qué importa la vista cuando nace en el corazón el ramo de olivo que tanto amaba el calumniado Judas?

Y se marchó. Tomó un palo que le dió un médico joven, se ató a la espalda el morralito que le prepararon las hermanas y como cuando entrara en la palestra con sus floridos veinte años, entonó la canción:

Hijos del pueblo,
te oprimen cadenas...

....

Cansado de caminar con rumbo incierto se sentó en la vieja plaza de Souza y añoró sus años...

Tan pronto en Río, en Santos, en Minas, en donde sus hermanos le llamasen, donde el verdugo del ideal plantara su bandera, donde el odio royese las conciencias... Y aquella tarde, apesadumbrado por sus recuerdos, por el martirio ingrato de sus amistades, se abandonó al dolor y por vez primera sintió lo estéril de la lucha...

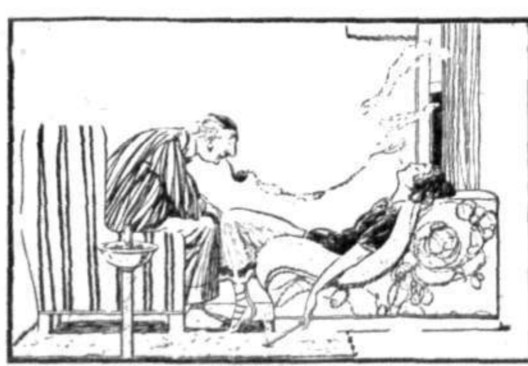
Lo que más le martirizaba era la soledad. Con los mendigos del asilo nocturno no se podía entender; todos eran egoístas, pobres de solemnidad no perdían sus instintos de millonarios...

— ¡Ah! ¡Carcoma miserable!...

De pronto sintió una leve caricia en su mano y tanteando acarició la cabeza de un perro.

— También tú serás otro pobre vagabundo como yo. ¿Quieres ser mi amigo? ¡Contesta, hombre!

Ladró el animal y el viejo Juan



El. — ¿Estás segura de amarme?
Ella. — Y si no lo estuviera, ¿crees que te aguantaría tus zonceras?



La joven madre. — Si camina desde hace tres meses.
El visitante. — ... Pues entonces habrá recorrido una larga distancia.

le tomó la cabeza cariñosamente.

—Noto que nos entendemos. Eso me gusta. Hace poco me quejaba de las ingratitudes humanas, pero comprendo que no tenía razón. Siempre el destino quiere salirse con la suya... Desde hoy te llamarás «Tom» ¿entiendes? Tom, nombre fuerte: hay que tener en la vida un nombre fuerte ya que no se puede tener un alma ruda. Yo soy un miserable, tan solo por llamarme Juan. Recordarás que Juan era un apóstol, pero todos los apóstoles, amigo mío, son personas muy débiles. Y muy pobres. ¿Me comprendres, «Tom?»

Y el animal ladraba feliz, satisfecho de encontrar una amistad en su camino.

. . . .

Caminaron mucho, infatigablemente recorrían haciendas y haciendas, pueblos y ciudades. Mendigo y lazarillo eran hermanos en idea y en sufrimiento. ¡Qué hermosos diálogos entablaron y qué hondos pensamientos hilvanaba aquel hombre altivo!

—Vosotros, los perros, formáis una casta muy preparada, tenéis una filosofía transcendental...

El perro asentía, ladrando.

—Carecéis de obras escritas, de tendencias más o menos humanas, pero tenéis en cambio el sentido del amor en vuestro corazón, para toda la vida.

«Tom» decía en su lenguaje cosas muy bellas.

—Nosotros, desgraciadamente, adocenamos cantidad formidable de ideologías, de tendencias más o menos desinteresadas, para ser en el fondo más solitarios y más egoístas.

El can asentía gozosamente.

—¿Qué me dices tú de la obra de Tolstoy? Sí, sí, muy buena; pero no es solamente la bondad lo que tiene que imperar, sino también la serenidad del espíritu para sus allegados...

Y el lazarillo con mucha atención seguía la plática del viejo.

—Por un lado Kropotkine, Malatesta, Guerra Junqueiro, todos proclaman la bondad infinita, el dolor y el desprecio, pero no me conforman con sus evangelizaciones... Y aquí, entre nosotros, te diré que, para mí, Lamennais fué más pródigo en humanidad...

El perro, satisfecho, corría ladrando camino adelante, gozoso de tan buena sabiduría.

—Amigo «Tom», cuando Chejov pone a uno de sus personajes, un pobre viejo, contándole sus cuitas —que desprecian los hombres— a su viejo caballo, es porque Chejov opina como yo en eso de la superioridad vuestra... Y creedme, cuanto más nos acercamos a los inferiores, más cerca estamos de nuestras afecciones más íntimas.

⊟

LLEGARON a una ciudad joven, atacada de innovación, donde pudieron llenar el morral de pan y de frutas. La jornada había sido muy larga y es duro el camino cuando se tienen setenta años sobre el cerebro...

A la sombra de los álamos de un paseo poco frecuentado, ciego y lazarillo pusiéronse a comer las sobras de sus compañeros en la lucha.

—Así es la vida, caro «Tom»: pasan las vanidades, todo pasa... y lo que se marcha más pronto de nuestro lado no es la juventud, sino la amistad y el respeto a la belleza...

El perro comía tranquilamente, deteniéndose de vez en cuando ante las palabras del anciano luchador.

—Años los míos, merced de la verdad y la idea, robusteciendo el famélico árbol de la libertad para que el fruto sea menguado... ¡Pero, no importa, amigo «Tom»: en buenahora mi lucha y mi siembra; no se quejará mi corazón de lo que hizo la cabeza!

De improviso, unos chicos se acercaron y trataron de soliviantar al pacífico perro. Uno de ellos tiró una piedra que alcanzó al anciano en pleno rostro. «Tom», como sintiendo la ofensa, corrió al muchacho y lo tendió en tierra. Los del grupo corrieron y enlazaron al perro, apedreándolo furiosamente.

—¡Canallas, cobardes! ¡Dejen a mi compañero! Corría el anciano de un lado para otro sin dar con el lugar de la infamia...

Pero todo fué inútil; al grupo de muchachos se juntaron a otros que eran más crecidos y «Tom» no tardó en sucumbir por medio de las piedras, los palos y el estrangulador lazo.

⊟

ANOCHECIA. El viejo rebelde se quedó solo; tanteando con el palo dió con el destrozado cuerpo del pobre animalito. Lo palpó, le acarició levemente la cabeza, la querida cabeza de su amiguito, de su pobre compañero, tan paria como él en la ruda jornada del ocaso. Y no pudo más, era demasiado grande su dolor para no sentirlo hondamente en su alma.

Viejo luchador, de alma enérgica, fuerte y potente como el mejor evangelio de bondad y de sufrimiento, él, que no lloró por la pérdida de los ojos, por las injusticias en la lucha por su ideal proletario, por la falsedad de la compasión, no pudo menos que tentarse el corazón y rugir desesperadamente:

—¡Asesinos! ¡Queréis libertad y matáis el alma! ¡Queréis piedad y asesináis la esencia!... ¡Asesinos! ¡Asesinos! — Y poniéndose de pie, enarboló el cayado y lo agitó furiosamente en el aire, castigando, como los dioses, la maldad de los hombres, más ciegos que la ceguera de sus ojos viejos...

GALIO DO ARIZONAS

TRADUCCIÓN DE B. SÁNCHEZ SÁEZ



La abuelita. — Pipo: ¿qué le pasa al gato con tanto maullido?
Pipo. — Pues me parece que le pisas la cola con el sillón...



— Pero, Luisito: los niños bien educados deben verse y no oírse
Luisito: — ¡Pero, madre; no todos podemos ser Jackie Coogan;

De Punta Chica


Grupo de familias que concurrió a la fiesta campestre que, bajo los auspicios de la Sociedad «Cultura y Trabajo», se realizó en este pintoresco paraje.

BURROS CON SUERTE

Hay burros con suerte. Hace poco murió en Fort Hauston, Texas, el que servía de mascota a la batería del duodécimo regimiento de artillería. *Raggedy Ann, como se llamaba, fué* enterrado con todos los honores militares en el Campo Pershing, mientras se disparaba una salva de cañones y redoblaban los parches. Sobre la piedra se grabaron inscripciones expresivas del afecto que los soldados la batería F experimentaban por su mascota, y al pie de ella se depositó una corona de alfalfa. Raggedy pereció en un combate que se trabó entre los nulos de tiro de la batería.

Todos los hombres mediocres son intolerantes. — José Ingenieros.

La vida de Alejandro parecerá siempre detestable a Diógenes.



Discos Victor

Novedades Correspondientes al MES de MARZO

REPERTORIO NACIONAL

Discos Victor, doble faz, de 25 centímetros, a $ 3.— cada uno.

BAILABLES

77223 { **Cervantes.** Tango. A. Spatola. Orquesta Típica Fresedo.
Cabecita loca. Tango. R. F. Cerebello. Orquesta Típica Pereyra.

77224 { **Mi Querer.** Tango. O. Spadone. Orquesta Típica Fresedo.
La Virgen de la Pureza. Tango. R. F. Cerebello. Orquesta Típica Pereyra.

77226 { **La Señal.** Tango. E. González. Orquesta Típica Fresedo.
El Camote. Tango. J. M. Cruz. Orquesta Típica Fresedo.

77227 { **Cholita.** Tango. E. Nobile. Orquesta Típica Cobian.
Campo Ajeno. Tango. J. Frontera. Orquesta Típica Cobian.

77228 { **El Tiburón.** Tango. V. G. Flores. Orquesta Típica Flores.
El Caricaturista. Tango. L. Berstein. Orquesta Típica Flores.

77229 { **Tengo Celos.** Tango. L. M. Serrano-González. Orquesta Típica Fresedo.
Fresedo. Tango. J. De Caro. Orquesta Típica Fresedo.

CANTADOS

77221 { **La Rayotelefonia.** Relato Criollo. E. Barrios.
La Sencia de la trompada. Relato Criollo. E. Barrios.

77222 { **Los Dopados.** Tango. Cobian-Weibasch-Doblas. R. Díaz. (Solo)
El Jilguero. Zamba. Brancatti-Italo. Feria-Italo. (Dúo)

77225 { **Soñando.** Estilo. Nocera Netto. Linda Thelma con Orquesta.
La Mimosa. Maxixa. F. Brancatti. Quiroga del Carril. (Dúo)

77260 { **Morfinómano.** Tango. M. Dorly. Vega-Díaz. (Solo).
Nativas. Gato. Velich-Parada. Vega-Díaz. (Dúo)

BAILABLES POR FAMOSAS ORQUESTAS INTERNACIONALES

19177 { **Melodías de Irlanda.** (Irish Melodies). Vals. Orquesta «Los Trovadores».
Canciones de Ayer. (Songs of Yesterday). Fox Trot. Orquesta «Los Trovadores».

19207 { **Una Cosa que no puede olvidarse.** (There are somethings one can't forget). Fox Trot. Orquesta Internacional.
Tu Boca. (Your Lips). Vals. Orquesta Internacional.

19209 { **Vagando hacia Wyoming.** (Roamin' to Wyomin'). Fox Trot. Orquesta Whiteman.
Esa es mi niña. (That's my Baby). Fox Trot. Orquesta Waring de Pensilvania.

19210 { **Ni Aquí - Ni Allá.** (Not here - Not There). Fox Trot. Orquesta Raymond.
Allá en el Rancho. (Down on the Farm). Fox Trot Orquesta Manhattan.

19211 { **Penando un poco.** (Linger Awhile). Fox Trot. Orquesta Whiteman.
Hollywood. Fox Trot. Orquesta J. Raymond.

19212 { **En tiempo de galeras.** (Covered Wagon Days). Fox Trot. Orquesta Ted Weems.
Alguien me robó mi amor. (Somebody stole my gal). Fox Trot. Orquesta Ted Weems.

19216 { **Que Estás en Kentucky.** (You're in Kentucky as you're born, Pardiez!). Fox Trot. Orquesta Carber - Davis.
Mi Nuevo Amor. (That Bran' New Gal o'Mine). Fox Trot. Orquesta Carber - Davis.

19217 { **Bien sentado y en buen lugar.** (I'm sittin' Pretty in a Pretty little city). Fox Trot. Orquesta Whiteman.
Arcadia. (Arcady). Fox Trot. Orquesta Whiteman.

19218 { **Rosita.** Tango Fox Trot. Orquesta Internacional Novelty.
Abandonado. (Abandoned). Vals. Orquesta Internacional Novelty.

19220 { **Qué Balancé.** (Toodle-Oo). Fox Trot. Orquesta Whiteman.
Por qué llorar por una mujer. (Why should I weep about one sweetie). Fox Trot. Orquesta Brooke John.

19225 { **Ondea Missouri.** (Roll Along Missouri). Fox Trot. Orquesta Green Arden.
Ondas del Mississippi. (Mississippi Ripples). Vals. Orquesta Internacional.

19229 { **Me voy para el sur.** (I'am goin' South). Fox Trot. Orquesta Whiteman.
Salid, Salid. (Steppin out). Fox Trot. Orquesta Whiteman.



"LA VOZ DEL AMO" REG. U.S. PAT. OFF. M.ca F. MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Importante: Busque siempre estas marcas de fabrica debajo de la tapa y en las etiquetas

Victor Talking Machine Company, Camden, N.J. E.U. de A.

Comerciantes Victor en todas las ciudades y poblaciones importantes de la Argentina y el Uruguay.

INAUGURACION DE LA CAPILLA PROVISIONAL DE NUESTRA SEÑORA DE LOS REMEDIOS.
El obispo de La Plata, monseñor Francisco Alberti, que bendijo la capilla y la pila bautismal, rodeado por los padrinos y demás destacados concurrentes a dicho acto, en el que pronunciaron elocuentes discursos el presbítero Dr. Rómulo Digiorno y el Sr. José L. Strata, miembros de la Comisión Pro Templo.



PIDA EL "Five O'Clock"
(Te Sol · calidad extra)
El te es la bebida más sana y, sin embargo, es la que cuesta menos.
Es la más saludable, por eso la recomiendan siempre los médicos. La toman todas las personas que practican deportes.
Y es la bebida menos costosa. Por que, por ejemplo, una libra de "Five O' Clock" (Te Sol Calidad Extra), que cuesta alrededor de $ 3.70, hace 280 tazas de buen te. Sale cada una a $ 0.0132 (menos de un centavo y medio).
No vale, pues, la pena comprar tes ordinarios, que son flojos, de gusto y aroma inferiores.
TE SOL
(FIVE O'CLOCK)
A VERY CHOICE BLEND
INDIANA CEYLON TEAS


CARAS Y CARETAS
BUENOS AIRES, 8 DE MARZO DE 1924.
AÑO XXVII N.º 1327
El Rey de los Payasos
«Para todos nosotros, los porteños de las últimas generaciones, Frank Brown es el payaso por excelencia, el clown por antonomasia, mejor aún: el último payaso, ya que nadie después de él tendrá el derecho de sonreirnos a través del tiempo con su «cara pintarrajeada», ni podrá hacernos olvidar que se alargaron como las penas nuestros pantalones y que las colegialas de antaño juegan hoy con muñequitas de carne y hueso».
Frank Brown.



MARAVILLOSO TRAJE DE FANTASÍA ESTILO ROCOCÓ, LUCIDO ESTE CARNAVAL, CON GRAN SUCESO, EN LAS BRILLANTES REUNIONES DE DISFRAZ CELEBRADAS EN LOS SALONES ARISTOCRÁTICOS.

Colombinas y Arlequines; versallescas damas de blancas pelucas empolvadas; provincianas de todos los países, ataviadas a la moda regional; sedeños mantones, airosamente ceñidos a los flexibles bustos, altas peinetas rumbosas, la última moda de París exhibiendo sus elegancias perfumadas al lado de un gaucho jácaro; caprichosos disfraces, exquisitos y originales unos, populares y grotescos otros; y en el ambiente, una nota sonora de regocijo y animación, un ir y venir incesante y bulliciosa de grandes y



LA PELUCA BLANCA Y GENTIL PRESTANDO DELICIOSO ENCANTO AL BELLO ROSTRO, Y EL ROMÁNTICO TRAJE ANTIGUO, QUE CUBRE UNA CAPA CON AMPLIO CUELLO DE ENCAJE, FUERON TAMBIÉN DE GRAN PREFERENCIA POR NUESTRAS DAMAS DEL GRAN MUNDO LOCAL.

chicos, desfilando en pintoresca y divertida procesión bajo una lluvia espesa de confetti y un tiroteo de serpentinas, cuyas cintas son a modo de frágiles lazos en que se nos aprisiona. Así, durante estos días carnavalescos, hemos presenciado la riente caravana en las horas nocturnas del paseo, bajo la variada tonalidad de una fantástica iluminación, en un desborde de alegría sana y culta en que, sin distinción de clases, las carcajadas, los saludos y los piropos parten de todos los labios como agudas y amables saetas.



ATRACTIVA VARIEDAD DE «TOILETTES» CARNAVALESCAS LUCIDAS POR ELEGANTES DAMAS EN EL BAILE DE MÁSCARAS DE LA ÓPERA, QUE RESULTÓ UN CUADRO MULTICOLOR Y MULTIFORME, COMO AL FIN PRESIDIDO POR EL CASCABELERO DIOS MOMO.

LA VAPOROSA «FANTASÍA» DEL VESTIDO NO DESMERECE DE LA «REALIDAD» DE LA FIGURA, CUYAS ENCANTADORAS FORMAS CONSTITUYEN UN DECHADO DE PERFECCIONES FEMENINAS. ADMIRÉMOSLA POR SU APOSTURA.



¿MOSQUETERO? NO, MOSQUETERA GALLARDA CON MUCHO «ARRANQUE» BRAVUCÓN EN EL CHAMBERGO Y CON UNOS OJOS QUE, PARA HERIR, LES BASTA Y SOBRA CON LOS RAYOS QUE FULGURAN.

DOROTHY DUNTON, UNA LINDA NORTEAMERICANITA, CONSIDERADA COMO LA MÁS LISTA DE LAS ARTISTAS DE SU EDAD, DESEMPEÑANDO EL PAPEL DE «MUÑECA FRANCESA» MUY SERIECITA.

ESTE HOMBRECITO CON CARA DE PILLÍN, LA GALERA SOBRE LA OREJA, A LO MATASIETE, Y EL PURO ENTRE LOS LABIOS, ES NADA MENOS QUE JACKIE LOGAN, EL POPULAR «PIBE» CINEMATOGRÁFICO.

SEÑORITA AUGUSTA FANTECHE, ATRAYENTE Y SUGESTIVA.

SEÑORA DE KASLOVA, MAGNÍFICA Y SONRIENTE CON SU ARTÍSTICO DISFRAZ.

SRTA. JULIA I. PAOLANTONIO, POSANDO EN ACTITUD DE «GRIEGA» SERENIDAD.

ESTAS TRES «GRACIAS» ATRAJERON LA ADMIRACIÓN DE LOS CONCURRENTES AL BRILLANTE BAILE EN EL HOTEL

VISITA DEL MINISTRO DE GUERRA A LOS CUARTELES DE SAN LUIS



El general Justo con el Gobernador y sus ministros, durante la visita de cortesía que le hizo al mandatario puntano poco después de su llegada a esta provincia.

Paseo campestre a la Quebrada de Los Cóndores, ofrecido en honor del distinguido huésped por el Gobernador. El doctor Guillet, los ministros de Hacienda y Gobierno, doctores Foncueva y Taboada, que acompañaron al ministro de Guerra.



Distinguidas familias de la sociedad puntana rodeando al general Justo en el baile que se le ofreció en el Club Social.



El ministro de Guerra agradeciendo los agasajos recibidos en el banquete dado en el Club Social.



Comida intima a la que asistieron los oficiales de guarnición, ofrecida por el jefe del 4.º grupo de artillería en obsequio del general Justo.

Señora y niña de Bettoni. Frente a la "inmensidad" del mar, madre e hija disfrutan del saludable frescor de las olas.

Señoritas de Fleurquin Narbondo, Muro Amaro y Balparda Muró atravesando la playa para zambullirse en el agua.

CARAS Y CARETAS EN MONTEVIDEO



Es, positivamente, una "sirena" que se mece en el líquido elemento con todo el encanto "flotante" de su belleza maravillosa.

Señorita de Castilla Fúnes, gentil y hábil nadadora que, así en el agua como en la calle, llama la atención de todos.

CARAS Y CARETAS EN ESPAÑA

BENDICIÓN Y ENTREGA DE LA BANDERA AL SOMATÉN DE MADRID

El general Primo de Rivera pronunciando, desde la tribuna de los Reyes, una patriótica arenga a los somatenistas de la villa y corte.



Don Alfonso XIII pasando revista a las fuerzas del Somatén de la Primera Región, ceremonia que revistió gran solemnidad y que fué presenciada por numerosísimo público.

EN EL ATENEO



El general Dabán, comandante general del Somatén, diciendo su discurso al recibir la bandera.



El Sr. Ossorio y Gallardo, leyendo el escrutinio celebrado en el Ateneo (que acaba de ser clausurado por el Directorio), resultando electo presidente don Armando Palacio Valdés, el ilustre novelista, que poco después renunciaba.



Los marqueses de Comillas sosteniendo la bandera bendecida por el Patriarca de las Indias.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

Dr. JULIO A. ROCA

GOBERNADOR DE CÓRDOBA

POR ALVAREZ

Si su renuncia del cargo fué juzgada con elogio amplio por los sanos principios que en ella sustentaba, el retiro de la misma que lo reintegra en el alto cargo a pedido unánime de la legislatura y de la opinión pública de su provincia, han dado a su personalidad, ya bien prestigiosa, un nuevo sello de austeridad, patriotismo y desinterés.



Los últimos modelos de la Moda

HE AQUÍ A UNA ELEGANTE DAMA NORTEAMERICANA CUYA ESBELTA FIGURA SE ADORNA CON UN VESTIDO OBSCURO DE SEDA ATERCIOPELADA, CON ARTÍSTICO COMPLEMENTO DE «FURLAND» CAYENDO CON GRACIA DESDE UNO DE SUS HOMBROS Y CON LA CINTURA LEVEMENTE APRISIONADA POR UN CINTURÓN COLOR METAL. LOS TONOS SERIOS Y A LA VEZ SENCILLOS DE ESTA «TOILETTE», QUE COMBINA CON EL PEQUEÑO SOMBRERO ADORNADO DE «VELOUR», PRESTAN AL ROSTRO UN SUAVE ENCANTO POÉTICAMENTE SOMBREADO POR EL FELIZ CONTRASTE DE LOS COLORES PUESTOS EN JUEGO.

Tres grandes humoristas del lápiz norteamericano contratados para "Caras y Caretas"

Harry Hershfield, creador afortunado de Abraham, el ocurrente personaje de las entretenidas peripecias. Comenzó de "office boy" y ahora es un maestro del lápiz así reconocido por todos los públicos.

Una nueva y valiosa cooperación periodística acaba de adquirir Caras y Caretas para solaz de sus lectores: los servicios artísticos de tres ingeniosísimos y populares dibujantes norteamericanos cuyas famosas historietas, que se publican en grandes diarios neoyorquinos, constituyen un modelo por el sano buen humor y la chistosa intención que en ellas campea, tanto por la gracia que se observa en sus rasgos, hábilmente dislocados, como por sus divertidos epígrafes.

Un arreglo con la *International Feature Service, Inc*, de Nueva York, asegura a nuestra revista los derechos exclusivos para Sud América de las celebradas producciones de los citados artistas, señores Swinnerton, Harris Hersfield y Charles Dunn, autores, respectivamente, de *Páginas Divertidas*, en las que animales y hombres se nos presentan con gran comicidad: *Abraham*, un *rico tipo* yanqui acusando rasgos característicos universalmente reíbles, y *Momentos embarazosos*, dibujos en que, de un modo original y regocijante, el lector ve en ellos como en un espejo, esos dificilísimos instantes por los cuales todos hemos pasado alguna vez con el alma en un hilo. Caras y Caretas en breve comenzará la publicación a cinco colores de estas historietas, las que no dudamos han de constituir ratos de grato esparcimiento para nuestros lectores grandes y chicos.

Swinnerton

Otro humorista que, con encantadora ingenuidad, da vida, animación y hasta lenguaje a los animales que traza, situándolos entre la humanidad más o menos «pensante» como son los niños y los salvajes, será desde ahora, con los otros dos, uno de los más destacados colaboradores fijos de Caras y Caretas cuyo retrato no hemos recibido a tiempo para publicarlo.



MOMENTOS EMBARAZOSOS
Cuando hace usted de padrino en una boda y el sacerdote le toma por el novio.
— Dé usted la mano a la novia.
— ¡No soy yo el que se va a casar!



Charles Dunn, ingenioso autor de "Momentos Embarazosos". Su aguda inspiración para escoger tal título y desarrollar sus temas, data de la época en que adquirió en Filadelfia matrícula profesional como dibujante periodístico.



"DENTISTERIA" PARA HIPOPOTAMOS. ¡SIN DOLOR!
Cuando un "hipo" padece dolor de muelas, espera pacientemente por el indígena doctor, y mientras la flotante "dentistería" se mece a su lado, el aparato funciona y libra al animalote de su angustia.



ABRAHAM EN LAS CARRERAS
— Che, Abraham: ¿cómo llegó el caballo por el que apostaste en la 4.ª carrera?
— Todavía sigue corriendo.

La Última Farsa de Jippennsha Ikku

La nieve caía dulcemente, rayando el gris pesado, que como una plancha de cinc, asomaba tras la montaña, semejante a un juguete nuevecito.

Tal vez muchas ideas, tal vez muchas vergüenzas ocultábanse presurosas bajo el secreto de los copos: inmaculados, los unos, sobre las arboledas, sucios y acres los otros, bajo la franja negra que cortaba el carretón, en dos tajos, sobre el barro.

Junto al río, que dormitaba bajo una enorme lápida de nácar, las casitas se extendían como faroles de papel, mientras los viejos arces, abandonando sus hojas, manchaban con ellas el camino, como el rastro sangriento de una pata de lobo.

A lo lejos, escuchábase la antigua canción de Tabibito:

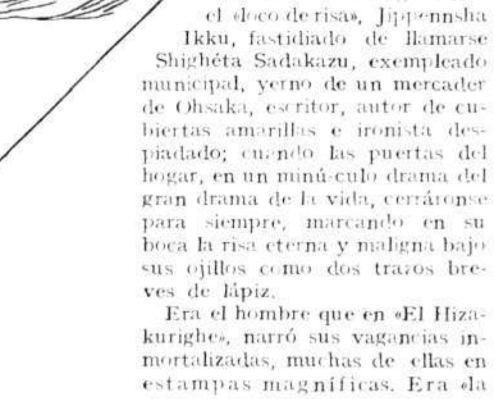
Antes de postular
con aire tan serio,
me parece mejor
estar ebrio y gritar.

Perdíase la voz, y aisladamente, corrían de nuevo algunos versos, arrastrados por una brisa cargada de punzantes cristales:

Yo quisiera transformarme
en un jarro de saki...

* * *

Sobre la ruta apareció un viejecillo gesticulante, mientras, respetuosos, siete jóvenes seguían al anciano, que «nunca humedeció sus mangas». Era el «loco de risa», Jippennsha Ikku, fastidiado de llamarse Shighéta Sadakazu, exempleado municipal, yerno de un mercader de Ohsaka, escritor, autor de cubiertas amarillas e ironista despiadado; cuando las puertas del hogar, en un minúsculo drama del gran drama de la vida, cerráronse para siempre, marcando en su boca la risa eterna y maligna bajo sus ojillos como dos trazos breves de lápiz.



Era el hombre que en «El Hizakurighe», narró sus vagancias inmortalizadas, muchas de ellas en estampas magníficas. Era «la desesperación del orden», que en su «cuarto de tesoros» no poseía sino los muebles pintados en el muro, y los pasteles de arroz que figuraba con su pincel para ofrecer a los dioses. Era el pedigüeño insaciable, estremecido en propio cuerpo, por la amargura de su sátira incorregible. Insolente y agudo con el poderoso; despreciando como a una bestia al mísero...

* * *

Ikku detúvose un instante, mientras los discípulos le rodeaban; y con voz segura, dijo:

«No mires largamente las dramáticas hojas del arce, pues su rojo color se transformará en verde si en la nieve fijas luego tus ojos.

»El verde es el emblema vulgar de la esperanza, y la esperanza es el ali-



mento de los espíritus débiles. No debes odiarlo, porque harías un esfuerzo. Haz que no exista y que tu renunciamiento no sea una aspiración, sino un capital de perfecciones, al que tienes derecho como tiene derecho al producto el que sembrase arroz...

"Insensible, no te morderá la pena; sin embriaguez de cariño, no sufrirás desencanto.

"La mujer más bella no vale una jarra de saki... Yo tuve tres en mi vida: una fué nube y dejó inmóviles sus ojos de turquesa; la otra fué breve como la flor del cerezo; y la tercera... era solamente una muñeca.

"Duro soy ahora como la obsidiana, y mi risa es un cerco espinoso que hiere a los demás. Soy un punto muerto, que los imbéciles llaman egoísmo en la impotencia de obtener la serenidad.

" ¿Qué puede importarnos el dolor o la alegría, si Buda nos dió el arma para rechazarlos?

Luego, prosiguió lentamente:

¿Tú, que naciste en Nagasaki, el puerto de la belleza idílica, eres, sin embargo, duro y con ojos como el leño del arce que formó tu casa.

"Tú, verso has sido; y serás tesoro en Kioto.

"Tú, te aproximas, porque brilla en tus cabellos la espuma de la cascada de Niigata.

"Tú, córtate las mangas y no podrás humedecerlas.

"Tú, debes llegar a ser ciego y sordo para todo lo que no signifique un aumento de tranquilidad.

Y a los demás les dijo:

"Busquen en la palabra el ataque continuo; y no tendrán necesidad de defenderse. Rían cuando hieran y habrán sido más útiles que la espada de un samurai.

* * *

u voz fué apagándose, y señalando una casa que se adivinaba en la próxima ciudad de Edo, agregó:

Mañana vayan a buscarme allí, pues los dioses me llamarán esta noche al seno de la Indiferencia. Mi último deseo es que sea quemado mi cuerpo por vuestras propias manos.

Luego alejóse, perdiéndose como un puntito negro que se esfuma a la distancia.

***

UANDO Edo despertaba y las primeras luces abríanse en abanico sobre el río Sumida, como en una estampa de Torii-Kiyonaga, los discípulos penetraron respetuosamente en el casucho, prepararon la pira, colocando sobre ella, sin lavarlo, el cuerpo del maestro en castigar rostros y corazones con el fino látiguillo de su ironía. Y una vez que el bonzo dió término a sus plegarias, encendiéronse los leños, que comenzaron a retorcerse, mientras las llamas lamían ansiosamente el cadáver. En lo alto, un Buda pequeñito presidía la cremación de los restos del anciano filósofo.

***

E pronto, ante la sorpresa del bonzo y de los discípulos de Ikku, retumbó el estampido de un petardo, desplegándose, como las alas de un pájaro milagroso, infinidad de minúsculas estrellas que estallaban en coloraciones azules, rojas y violáceas.

Era la risa postrera de Jippensha Ikku, resonando en la algarabía de los cohetes y el fulgor de las luces de Bengala, con que hizo envolver su cuerpo cuando el frío de la muerte se deslizaba por sus miembros flácidos y temblorosos...

Mas cuando todo fué silencio, y las lucecitas rojas, azules o violáceas se apagaron, una pequeña llama verde iluminó dulcemente la estancia, brillando debajo de la imagen del Perfecto.

Tal vez, Ikku no pudo, ante las puertas de lo desconocido, vencer el manso brillo de aquella lucecita cuyo color significaba la humildad de una esperanza.



RICARDO GUTIERREZ

EL SUEÑO DE MARGARITA

(DEL ROMANCE DRAMÁTICO EN UN ACTO Y UN CUADRO «LA DONCELLA DEL POTOSÍ»).

Mi madre, a la que adoraba
Igual que se adora a Dios,
Mientras me arrullaba tierna
De su regazo al calor,
Una historia me contaba
Todas las noches, señor.
Y aquella historia, de ensueños
Juveniles le llenó
¡Cómo mis ojos brillaban
Con un extraño fulgor,
Y cómo se estremecía
De anhelo mi corazón!
« Hay un guerrero, empezaba
« Siempre así la narración:
« Un guerrero que valiente
« Contra España alzó pendón.
« Es apuesto y es fogoso,
« Es joven y es soñador:
« Que viene desde muy lejos,
« Desde donde muere el sol,
« Librando a nuestros hermanos
« De la extranjera opresión...
« Desde Caracas, su patria,
« Jardín de luz y de amor,
« Viene en su corcel de guerra
« El joven conquistador,
« Salvando sábanas, selvas,
« Ríos, montañas. Veloz.
« Su corcel huella los lauros
« Que antes su espada segó,
« Los pueblos que él hizo libres,
« Le llaman «¡Libertador!»
« Y le siguen sus soldados
« En fantástica legión:
« Son aguiluchos serranos,
« Son cachorros de león,
« Los curtidos por el viento,
« Los tostados por el sol.
« Y el guerrero y sus soldados,
« Indomables siempre son;
« ¡Que el empuje de sus lanzas
« Bien conoce el español!
« Y cuando llegue a esta tierra
« En su corcel vencedor,
« De flores siembra el camino
« Que cruce el «¡Libertador!»
Y aquí termina la historia
Que mi madre me contó...
Y siempre que dulce y tría
A esa historia fin ponía
Mi pobre madre, señor,
« Madre mía, le decía,
« Yo no sé lo que daría
« Pa ver al «Libertador».

EDUARDO R. ROSSI

POEMAS D·OTRO TIEMPO

ROMANCE DE LOS DVENDECILLOS

Duendecillos de la noche,
hijos de una arcaica edad:
vinisteis a mi conjuro
y os lo tengo de pagar.

Sé el poder de vuestras artes
y no he de pediros más,
duendecillos de la noche,
que aquello que bien podáis.

Salir con vosotros quiero
de ronda por la ciudad;
ser duende, jefe de duendes,
una noche y nada más.

Seremos ruido en los techos
y miedo en la obscuridad,
y endiablaremos el aire
desde el centro al arrabal.

Mas en la casa que diga,
luego todos penetrad,
duendecillos tan sutiles
y en el zaguán esperad.

Es la casa de esa amada
que en vano debo yo amar.
Le encantaremos los sueños
y mañana me amará.

Una música muy fina
entre todos acordad;
por su patio dulcemente
dando música pasad.



Que ella un punto se despierte
preguntando: ¿Qué será?
Y al patio con luna salga
de puntillas a mirar.

Y en viendo músicos duendes
diga que soñando está:
duendes verdes, duendes rojos
de capucha y de antifaz.

Duendes negros, duendes blan-
[cos,
pasando muy a compás.
Que como en sueños los mire
y que se vuelva a acostar.

Después dejadle en el lecho
diez sortijas y un collar.
Dormidita... dormidita...
No la queráis despertar.

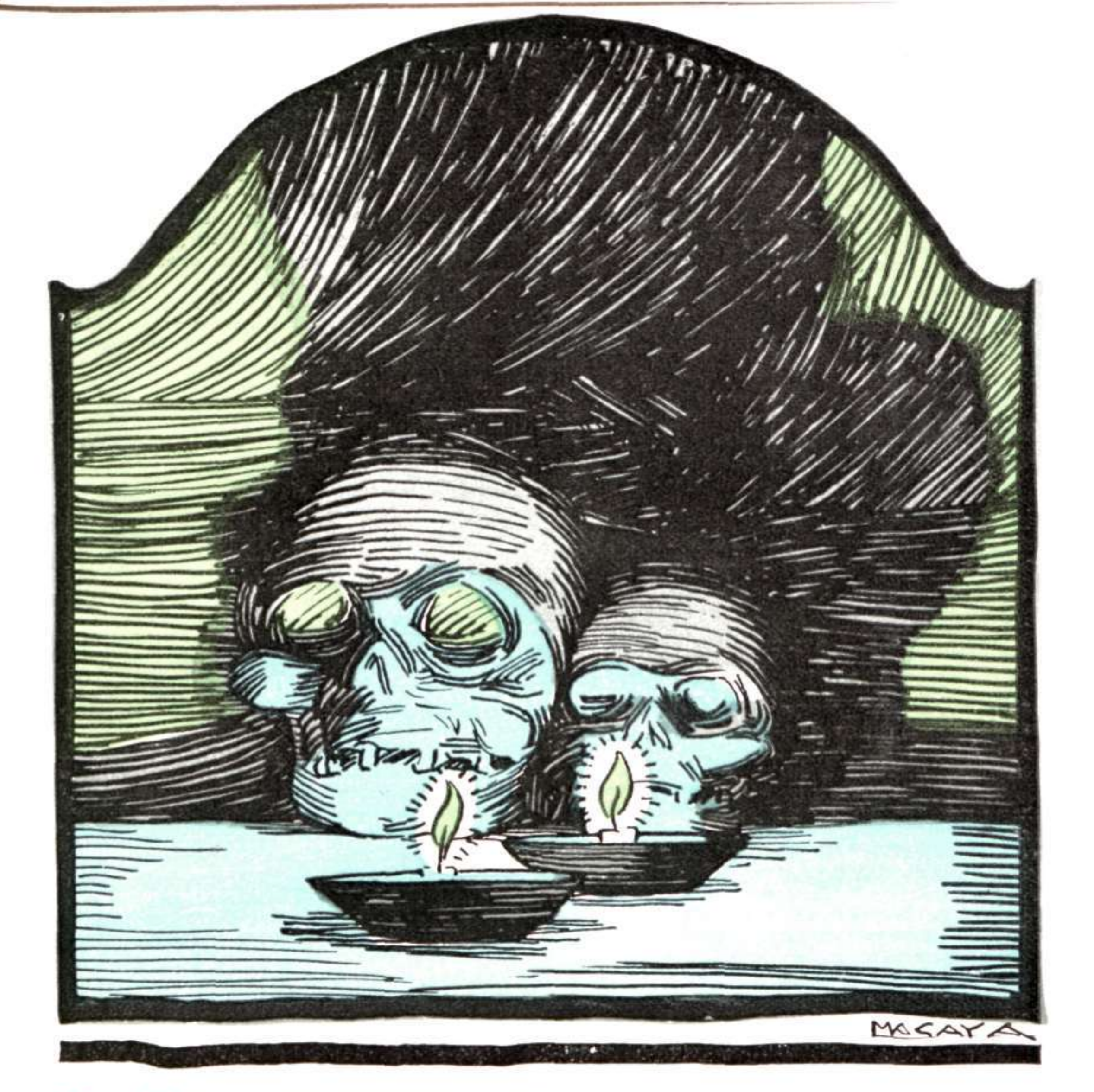
Y en billete bien doblado
sobre el pecho encontrará
verso mío que le ofrende
las sortijas y el collar.

Seremos fiesta en el aire,
alborozo en la ciudad,
las campanas a deshora
gozosas resonarán.

Por la gracia de esta dicha,
por esta rara piedad,
al otro día, de oro
parecerá la ciudad.



Pero mejor que no lo haga;
mejor que espere mi afán.
Si duendes me dan amores,
duendes me los quitarán.



HISTORIA EXTRAÑA

A*quisito no más, pues, señor,* le daremos un descanso a los animales. — Y apeándose de su mula, el viejo Wenceslao estiró los brazos con marcada pereza. Yo también estaba molido de cansancio, pero mi amor propio y el deseo de llegar cuanto antes a San Carlos, me alentaban a resistir la fatiga del penoso viaje.

— ¿Dónde estamos?

— En Amblayo, señor.

— ¿Y quién vive en aquellos dos ranchitos de junco tan pequeños? — Don Wenceslao me miró fijo, con una sonrisa entre asombrada y benévola. — Parecen casitas de juguete...

— *No hay ser, señor...* Son los nichos de dos infelices, que ahora ruegan por nosotros, y a quienes se encomiendan los viajeros creyentes.

La curiosidad nació en mí, y, seguido de mi *baqueano,* me aproximé al lugar que tanto había llamado mi atención.

A la sombra de dos corpulentos algarrobos, cuajados de amarillentas flores de fragancia exquisita, se levantaban los ranchitos de junco, ocupando una

superficie de pocos metros cuadrados. En su interior una especie de mesa, y sobre ella ardía, en un candil de barro, una mecha de lana retorcida que alimentaba cierta cantidad de sebo, dando la luz de lleno sobre un cráneo ennegrecido por el tiempo, que, con sarcástica risa, mostraba dos hileras blanquísimas de dientes; y, por fin, a un costado, un plato de barro conteniendo algunas monedas. El otro nicho, exactamente igual, con un cráneo algo más grande y rasgos más pronunciados.

Don Wenceslao, con religioso respeto, se había quitado el sombrero y avivaba la débil lucecilla, componiendo la mecha y agregando una porción de sebo que traía en las alforjas. Luego pareció buscar en sus bolsillos algo que no pudo encontrar.

— ¿Una monedita, señor?...

— ¿Para qué?

— Para misas.

Inconscientemente saqué varios níqueles, y don Wenceslao los colocó en el plato, saliendo con los ojos impregnados de lágrimas.

Mi primer pensamiento fué no importunar con preguntas al anciano don Wenceslao, en cuyo rostro se dibujaban las huellas del dolor; pero mi curiosidad fué más poderosa y pensé que no debía continuar mi viaje por el desierto camino sin averiguar qué significaba aquello.

— Es una historia de dolor — dijo mi acompañante. Y llenándose la boca con hoja de *coca*, hizo una larga pausa, durante la cual parecía coordinar sus lejanos recuerdos.



RA la muchacha más hermosa de San Carlos. La admiración de los hombres y la envidia de las mujeres. Su carácter humilde, bueno y cariñoso, le hizo gozar de la estimación general. Los mozos la adoraban, pero nadie se atrevía a requerirla de amores, temiendo ser muy poca cosa para ella. Más que deseo, su hermosura imponía respeto; lo mismo que una virgencita. Sin embargo, era la reina de todas las fiestas. Tenía una gracia única cuando acompañaba una *chilena* o un *bailecito*, y todos nos disputábamos el honor de bailar con ella. Yo también era mozo entonces...

Don Wenceslao no pudo continuar. Las palabras se le ahogaban en la garganta; tuvo necesidad de hacer una larga pausa para reponerse de su creciente emoción.

— Sabido es que, entonces, la ardiente aspiración de los sancarleños era poseer un dique que pudiera regar los fértiles terrenos, que *ojalá tuvieran agua* y produciría tesoros... Un buen día, el júbilo llegó al colmo cuando fuimos sorprendidos por una comisión de ingenieros, que venía, no sé si de Salta o *Güenos Aires*, a *estudear* el problema. Hubo fiestas, bailes y no sé cuántas cosas más.

Entre los de la comisión venía un *mocito guapo*, rubio y muy parlanchín. ¡Qué simpático!... Le tomamos en seguida cariño por ser *tan dado con nosotros*; él no era orgulloso como los demás, y por eso se hizo íntimo de la paisanada. *Pero ¡velay!...* que sale enamorándose de la Candelaria, o no sé si más bien fué ella la que se enamoró de él. Ambos lo negaban, a pesar de que no podían ocultar *ni a los* [illegible]*egos... señor*, que se amaban con delirio. No había duda; la morochita estaba presa en las redes de una desenfrenada pasión.

Las habladurías comenzaron, pero nadie se incomodó, pues a todos nos parecía bien que la muchacha más linda del *pago* mereciera las atenciones del forastero. Y además, ella era de familia muy rica.

Y desde que el mundo existe y hay hombres y mujeres, siempre sucederá lo *mesmo*... La Candelaria ya no pudo ocultar que pronto sería madre, cuando el mocito parlanchín, no sé con qué excusa, desapareció diciendo que pronto regresaría.

Y de ai, la Candelaria tuvo una *guagua* (1) *muy alhajita* (2), rubio como el sol; había que verlo *qué churo* (3). Era un primor... Pero *taita Quipildor*, padre de la moza, no pudiendo soportar tamaña vergüenza, *la botó* de la casa.

. . . .

Daba pena verla; vivía sola cerca del molino, allá en «Los Sauces», y nadie oyó más su linda voz. No sabemos si realmente había perdido el habla o era un castigo que ella *mesma* se había impuesto. Se la veía en el pueblo sólo cuando se anunciaba la llegada de algún forastero.

Muchos vinieron: *inginieros*, comerciantes, capataces y peones, pero nunca el que esperaba con tanta ansia y firmeza la pobre Candelaria, que, triste, con la mirada en blanco y los brazos caídos, sin una queja, sin una protesta, sin un lamento, volvíase a su destierro, conduciendo al *changuito* (4), que crecía día a día.

Alguien comenzó por apodarla *la muda*, y ya nadie se acordó de su nombre. No era ni la sombra de lo que había sido; sólo le quedaban los ojos para llorar y mentira parecía que hubiese sido tan linda. Daba espanto verla. Era la imagen del dolor.

El niño, en tanto, crecía fuerte y grandote, único ídolo de aquella mártir, hasta que don Nepomuceno, dueño, según creímos, de todos estos campos, que ahora usted observa abandonados y cubiertos de maleza, se lo llevó para que trabajara con él.

La Candelaria, o, más bien dicho, *la muda*, como todos la llamaban, entregó gustosa al *chango* para que se hiciera hombre, pues don Nepomuceno era persona de bien, y tío de ella, y así, todos los meses iba *la muda* a visitarlo, llevándole siempre algún *ponchito* o *barracán* (5) — que ella misma tejía, — junto con algunos ricos turrones o alguna bolsita de *chilcan* (6).

El tiempo pasó, y ya nadie recordaba la triste historia de *la muda*—que vivía alejada del mundo— cuando un grave acontecimiento volvió a traerla a la memoria de todos.

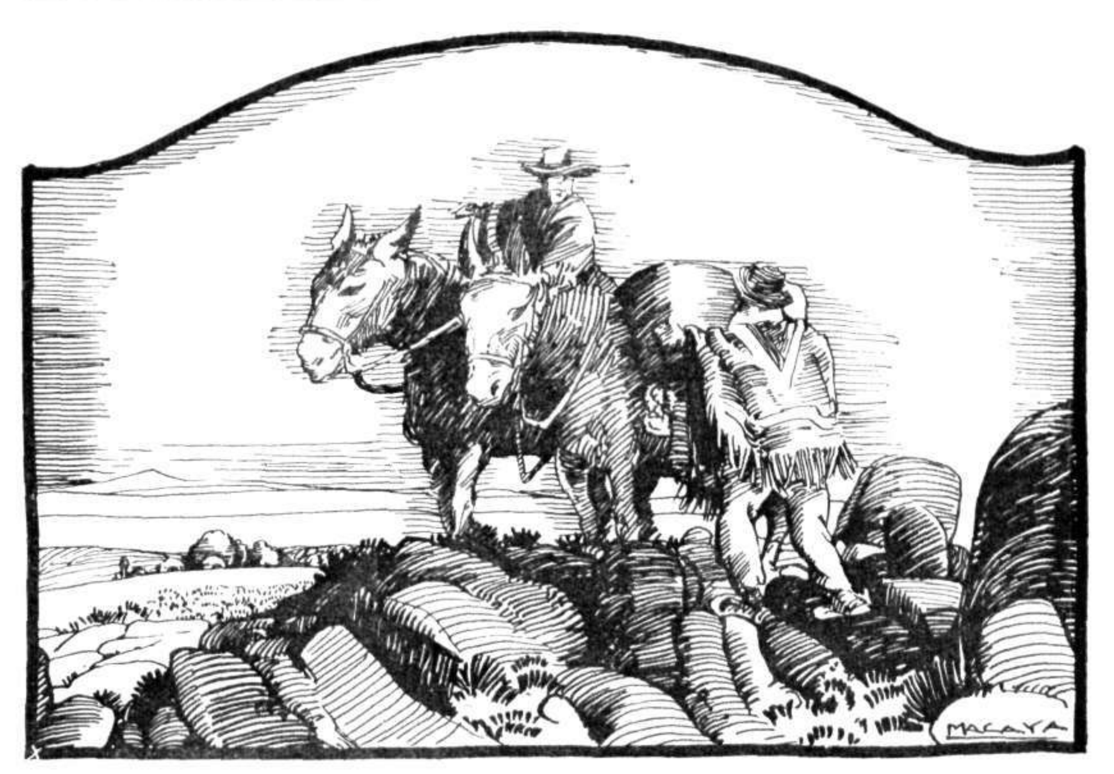


RABAJABA yo como *tropero* (7) cuando, una noche que hicimos *pascana* (8) cerca de «Los Sauces», fuimos sorprendidos por unos raros gritos que más bien que de una persona, parecían provenir de algún extraño animal. Algunos de mis compañeros acudieron, llegando hasta mí sus burlas y risas mezcladas con los estridentes alaridos, que ahora me parecían de un ser humano.

Pues señor... era la muda... que, con palabras incomprensibles, mezcla de llanto y súplicas, pedía a los peones una mula para llegarse hasta el pueblo. Ninguno tomaba en serio aquella escena que sólo servía de risa, al escuchar las palabras, algunas a

---

(1) Criatura.
(2) Algo muy hermoso.
(3) Expresión que encierra algo estupendo.
(4) Muchachito.
(5) Telas que tejen para trajes.
(6) Harina de maíz tostado.
(7) Carrero.
(8) Acampar por la noche.



medias, otras enrevesadas, que a costa de grandes esfuerzos conseguía pronunciar la desdichada mujer. No se imagina la pena que me dió verla. La atraje hacia mí y comprendí, más que por sus frases, por sus ademanes, que deseaba un caballo para ir a ver a su hijo, que según ella le habían muerto.

Ensillé dos mulas, y a todo galope fuí con ella a San Carlos. *Y de ai...* avisé a la *polecía,* enterando al señor *comesario* de lo que la muda me había referido durante el camino. Era la primera vez que la pobre hablaba desde que fué abandonada por el traidor forastero, contándome que el hijo de sus entrañas había sido muerto de una pedrada por don Nepomuceno.

El *comesario* quiso saber de dónde venía la noticia, y de quién era la denuncia, y poco faltó para que me *botara* a puntapiés en compañía de la muda, cuando ésta dijo *que lo había soñado;* pero en vista de la desesperación y angustia de aquella mujer, que, de rodillas, y abrazada de las botas del *comesario* no terminaba de llorar, se decidió que un agente y yo la acompañáramos para verificar si tenía fundamento su extravagante sueño.

Yo estaba arrepentido de no haber averiguado bien antes de embarcarme en esa ridícula aventura, pero ya que estaba en ella había que seguirla, tanto más que ahora me interesaba ver el giro que tomaría el asunto.

Llegamos a este *mesmo* lugar, propiedad, según se supo después, de la muda, quien se lo había cedido a don Nepomuceno, para que lo trabajara para su hijito. El hombre palideció al vernos. La madre reclamó a su hijo, y el pobre Nepomuceno comenzó a embarullarse no sabiendo qué contestar. Primero dijo que estaba en el cerro con la majada... luego en el monte hachando leña, lo que nos hizo sospechar que algo grave sucedía.

La muda, que había vuelto a tomar su aparente tranquilidad de momia, daba la impresión de que estuviera *machada* (1), hasta que de pronto, con un grito agudísimo que jamás olvidaré, saltó sobre el sorprendido Nepomuceno, a quien hubiera destrozado con sus manos, que parecían tenazas, a no ser por la oportuna intervención del agente y mía.

Una vez que conseguimos separarla, impulsada por algún nuevo repentino recuerdo, echó a correr a todo escape, deteniéndose junto a este algarrobo, que tan hermoso florece año tras año.

Se tiró de bruces, y con sus manos, convertidas en garras, escarbó el suelo con la rapidez de una máquina.

Cuál no sería nuestra sorpresa cuando vimos aparecer en la fosa el cuerpo, aún caliente, del hijo de *la muda*, que pocos momentos antes había enterrado don Nepomuceno, quien no pudo menos que confesar su delito.

—¿Y cuál fué el móvil del crimen?

—Involuntario. Parece que el *chango* era travieso, y don Nepomuceno sólo quiso asustarlo tirándole una pedrada que resultó homicida.

....

—Y allí murió la madre, besando el cuerpo del hijo; él era toda su vida, y ella presintió cuando ésta volaba hacia el infinito, arrastrándola en su postrer viaje.

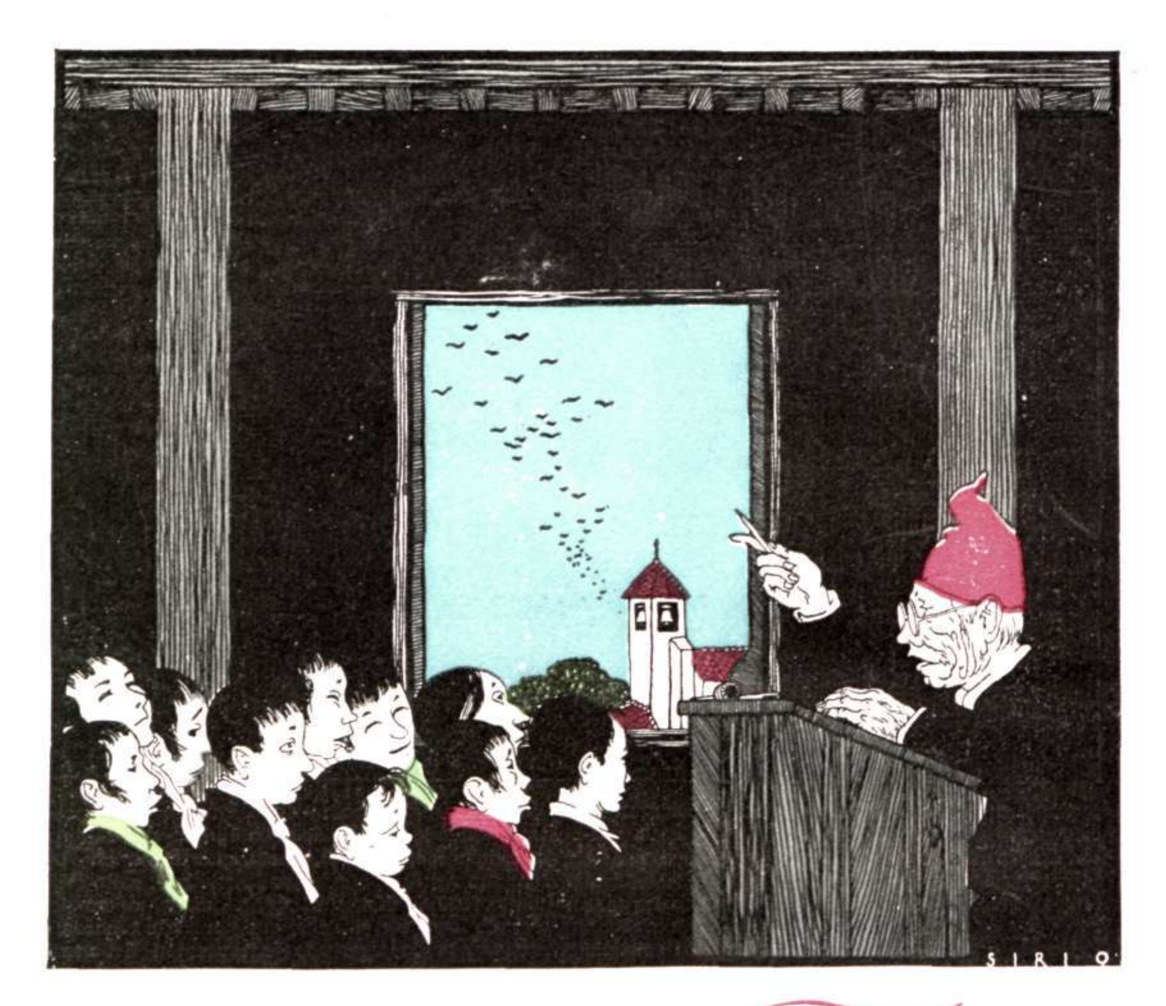
Don Wenceslao calló, renovando su *acullico* (2).

Salimos de aquel triste lugar a paso lento; un nudo ahogaba mi garganta. Hice esfuerzos heroicos para retener una lágrima que involuntaria rodó en mis mejillas... Y tú... viajero, que vas a San Carlos, no olvides de cuidar que jamás se apague la débil lucecilla que pálida alumbra en Amblayo.

(1) Ebria.

(2) Bocado de hojas de coca.

P E D R O H E R E D I A



ALDEA ESPAÑOLA

ESCUELA

EN EL VIEJO PUPITRE
ESTA EL VIEJO MAESTRO.

POR LA VENTANA ABIERTA
ASOMA EL TIEMPO NUEVO.

EN CORRO DE DISCIPULOS
SE LEE A SAMANIEGO.

ESTAMOS PEREZOSOS.
CORRIGE EL VIEJO MAESTRO.

¡COMO LE BAILA EL SUCIO
GORRO DE TERCIOPELO!

POR LA VENTANA ABIERTA
ASOMA EL TIEMPO NUEVO:

PERSISTE EL SOL EN LA CUADRADA TORRE
Y CHILLAN LOS VENCEJOS.

ILUSTRACIÓN DE SIRIO

FERNANDEZ MORENO

Página Infantil

Ernesto Mangudo Lascano

Hilda María Carraro

Lila Ambrosini Canals



AMAPOLAS

ÓLEO DE F. VILLEGAS

SALÓN WITCOMB

La temporada en Mar del Plata


Señora Z. A. de Justo y señorita E. Arce.


Señora Otilia Dufaur de Scheiner y su hijo.


Señorita de Rocha y señor Cornille.


Señoritas de Cluellas y de Campos Carlés.


Señorita Graciela Effio.


Señora Guillermina Bunge de Moreno y sus hijas Josefina y Elena.


Señora de Galarce acompañada por una distinguida señorita.


Señor Guillermo Rogé y señora.


Señorita Biedma Martel y señor Bellocq.

En honor del nuevo ministro de Perú en Bolivia



Distinguidas damas y caballeros que fueron comensales en el banquete ofrecido por el encargado de negocios del Perú en obsequio del señor Elías Bonnemaison y su esposa, con motivo de su próximo viaje a Bolivia, donde éste desempeñará el alto cargo para el que ha sido recientemente designado por su Gobierno.

Homenaje a D. Miguel de Unamuno



El orador oficial, Dr. Ricardo Rojas, decano de la Facultad de Filosofía y Letras, y el Dr. Julio Iribarne, decano de la Facultad de Medicina, rodeados por los miembros de la juventud universitaria.



Concurrencia que llenaba el salón del Augusteo durante la celebración del significativo acto organizado por el Centro Estudiantes de Derecho y otras asociaciones culturales en homenaje al sabio maestro y como protesta por el confinamiento que le impuso recientemente el Gobierno español.

Convención del Partido Demócrata



Los delegados a la asamblea en que se resolvió concurrir a las próximas elecciones, deliberando en minoría. Al votarse tal decisión el triunfo correspondió al elemento joven de la agrupación, que sostuvo entusiastamente tal teoría.

FOTOS DE ARROYO Y BELL

ENLACES

SEÑORITA BERTHA ALVAREZ CON EL SEÑOR GERMÁN FRAMIÑAN, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

SEÑORITA ROSARITO PARDO CON EL SEÑOR ENRIQUE M. YATEMAN, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



SEÑORITA SUSANA LABOUGLE CON EL DOCTOR ALBERTO DIEZ DE MEDINA, EN LA BASÍLICA DE LA MERCED.

QUINTIN ROMERO EL CAMPEON CHILENO SE ENTRENA PARA SUS PROXIMOS COMBATES

EL FUERTE PÚGIL EN SU GUARDIA FAVORITA. FOTOGRAFÍA OBTENIDA EN «CARAS Y CARETAS», DURANTE SU VISITA A NUESTRA REDACCIÓN.



QUINTIN ROMERO REFLEJA EN SU ROSTRO, CURTIDO Y RECIO, TODA LA BRAVURA DE LA RAZA.

QUINTÍN Romero Rojas mide 1.86 y pesa 90 kilos, siendo su record profesional como sigue: En Antofagasta contra Juan Avalos ganó por k. o. en el 4.º «round». En Antofagasta contra Ferdinando Priano, a quien derrotó en el 4.º «round». Con Alberto Coleman, en Santiago, vencedor en el 4.º «round». Contra Lawrence, campeón de la marina norteamericana, en Valparaíso, derrotándolo en el 2.º «round». Con Alex Kelly, en la misma ciudad, «match draw» en 10 «rounds». Contra el mismo, en Santiago, ganador por k. o. en el 8.º «round». Triunfador por puntos contra Saavedra y empatado en otra pelea con Kelly a 12 «rounds», en Santiago. Nueva victoria por puntos contra Saavedra en la citada ciudad. Venció por puntos sobre Gunboat Smith, perdiendo con el mismo por k. o. en el 2.º «round» y derrotándole después en Valparaíso por puntos. Luego, en Francia, puso k. o. al campeón canadiense Larry Gains en el 9.º «round»; al pugilista Elbere en el 2.º, a quien fracturó la mandíbula, y últimamente a Nilles, campeón de peso pesado de Francia, en el 3er. «round».



SU PERFIL, QUE TIENE UNA LEVE SEMEJANZA CON LA DEL GRAN CAMPEÓN DEL MUNDO DEMPSEY.



General Plutarco Elías Calles, candidato a la presidencia de la República, a quien se dice apoyaba el general Obregón, siendo esa la causa del levantamiento militar.

El MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO *en* MEJICO

FAVORABLES a la causa federal, representada por el Presidente de la República Mejicana, Alvaro Obregon, los acontecimientos revolucionarios últimamente desarrollados en nuestra hermana del Centro, indican el predominio adquirido por el gobierno legal sobre los rebeldes y también la dispersión de los mismos, algunos de cuyos cabecillas de significación, tales como el exgobernador de Yucatan y exministro de Hacienda, general Salvador Alvarado, han sido capturados en el campo enemigo, lo que ha venido a restar elementos directivos a las huestes de Adolfo de la Huerta.



Señor Adolfo de la Huerta jefe del movimiento armado, expresidente interino de la República y candidato que era a la primera magistratura en las próximas elecciones.



El Presidente de la República, general Obregón, y su Estado Mayor inspeccionando los campamentos militares antes de ser ordenados los primeros ataques contra las fuerzas rebeldes mandadas por el general Estrada.



General de División Guadalupe Sánchez, uno de los más significados jefes rebeldes.



Los famosos indios Yaquis, célebres por su bravura, conducidos en un tren militar hacia los puntos ocupados por los rebeldes.



General de División Enrique Estrada, otra de las figuras destacadas de la revolución.

CRÓNICA POLICIAL

Sangrienta terminación de un baile

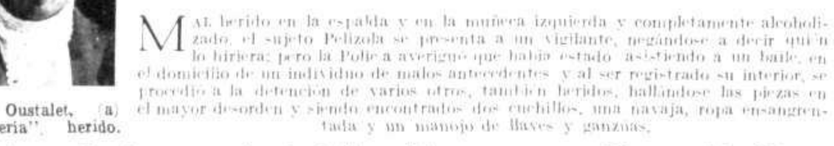


José Pelizola (a) "El Francesito", herido.





Martín Pintos o Pitos o Acuña, detenido.



Rancho situado en la calle José Martínez 3469 y habitado por el individuo de malos antecedentes José Martín, finca que allanó la Policía, deteniendo a varios sujetos heridos de cuchilladas y hachazos.

Mal herido en la espalda y en la muñeca izquierda y completamente alcoholizado, el sujeto Pelizola se presenta a un vigilante, negándose a decir quién lo hiriera; pero la Policía averiguó que había estado asistiendo a un baile, en el domicilio de un individuo de malos antecedentes y al ser registrado su interior, se procedió a la detención de varios otros, también heridos, hallándose las piezas en el mayor desorden y siendo encontrados dos cuchillos, una navaja, ropa ensangrentada y un manojo de llaves y ganzúas.

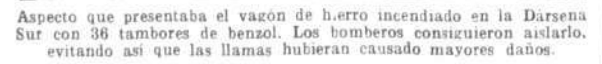
Luis Oustalet, (a) "Recheria", herido.



Adolfo Bianchi, otro de los heridos.

Incendio de un vagón de inflamables

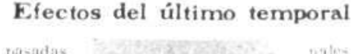




Aspecto que presentaba el vagón de hierro incendiado en la Dársena Sur con 36 tambores de benzol. Los bomberos consiguieron aislarlo, evitando así que las llamas hubieran causado mayores daños.



La sección de bomberos que intervino y que supo maniobrar con acierto hasta la total extinción del fuego, apagando el incendio en otro vagón.



Efectos del último temporal

Las pasadas lluvias, que abarcaron una zona extensa, desencadenáronse con tal fuerza sobre Rosario, que en el barrio de Fisherton, el vecindario de las familias humildes y trabajadoras, hubieron de lamentarse algunos derrumbes, afortunadamente sin causar numerosas desgracias personales por las oportunas precauciones tomadas tanto por la policía como por los mismos vecinos, la mayor parte de los cuales abandonaron sus domicilios. La familia Rubito, cuya señora sufrió algunas lesiones, se salvó merced a la serenidad y diligencia del jefe del hogar.



Señora Rosa Pa'lus de Rubito, herida.



Niñas Antonia, Serafina y Fortuna salvadas por su padre.



Señor Domingo Rubito y sus hijos Domingo y Pedro, salvados.



Casa de la familia Rubito, en el barrio de Fisherton, totalmente destruída por el furioso temporal.

¡POBRE GIGANTE!



POBRE gigante! Marchaba erguido, rígido, como una torre, como una torre de huesos revestidos de carne enjuta y apretada, marchaba abriendo con su ancho pecho los huracanes, y miraba al cielo. Miraba al cielo porque no veía la tierra. No porque la tuviese muy lejos, a sus pies, sino porque se la tapaban las nubes. Porque las nubes le llegaban a la altura del corazón, le ceñían el pecho y le ocultaban el piso. Cuando bajaba la vista sólo veía, ciñéndole el pecho, el cinturón de nubes. Y no podía encorvarse; no sabía encorvarse; no sabía caminar encorvado. ¡Pobre gigante!

Gigante, nacido de la tierra, hijo de ella. De las rocas de las entrañas de la tierra habíanse fraguado los huesos que sustentaban su enjuta y apretada encarnadura. Y tenía que caminar sobre la dura y escabrosa y quebrada tierra, porque sus pies no eran alas; tenía que pisar en suelo. Era alto, muy alto, como las más altas montañas, pero mientras su cabeza, la de los ojos y los oídos, se alzaba por encima de las nubes, sus pies, que ni veían ni oían, tenían que caminar sobre las rocas de la tierra. Y así es cómo tenía ensangrentados y doloridos los pies ciegos y sordos. Alto, muy alto, erguido como una torre, pero no podía volar. Y miraba con envidia a la pobre paloma que se cernía sobre su cabeza y que no tenía que pisar en rocas.

Eran terribles sus tropezones, sus caídas ¡pobre gigante, hijo de la tierra! Medía el suelo con su estatura, heríase la cabeza en algún tormo y al volver los ojos al cielo veía sobre sí aquellas nubes que antes había visto no llegarle más que a ras del corazón. ¡Pobre gigante!

Llegó a envidiar al gusano a quien las nubes no le dejan ver el cielo y a la paloma de las cumbres a la que no le dejan ver las nubes el suelo. El era alto pero no pisaba en alto; era profundo, pero no veía dónde pisaba. Y el corazón le tenía ceñido de nubes. ¡Pobre gigante!

Terrible cosa no ver dónde se pisa y no poder alzarse a dónde se ve. Los pigmeos que le rodeaban y a los que no veía — ni ellos a él — tenían el corazón y la cabeza más cerca uno de otro. Los pigmeos que le rodeaban veían dónde iban a poner los pies; recibían la luz cernida por las nubes cuando se movían en el valle y contemplaban las nubes a sus pies cuando se encaramaban a las cimas de las montañas.

Dormía el gigante recostándose en una montaña porque si se tendía, cuán largo era, en el bajo suelo, en la hondonada, congojosas pesadillas le oprimían el pecho y la cabeza, el corazón y el seso. Dormía recostándose en una montaña y cuidando de que la faja de las nubes no le subiera del cuello. Cuando le llegaba a la boca se ahogaba. Tenía que tener sobre su frente, al dormirse, la frente estrellada de Dios, el arenal de estrellas del Universo sin fondo y sin riberas.

Y soñaba. Soñaba el pobre gigante, hijo de la tierra, convertirse en río y bajar bramando y espumarajeando desde las altas cumbres donde se forja el rayo, bajar viendo el lecho de rocas, el cauce pedregoso, a sus pies y arrastrarse así hasta el mar y en el mar convertirse en nube y alzarse, todo alas, y subir por encima de las más altas cumbres y convertirse en lluvia, en nieve, y caer sobre la fuente del río que fué y volver a perderse en el mar y otra vez del mar al cielo. Soñaba el pobre gigante, erguido y rígido como una torre de huesos revestidos de carne enjuta y apretada, soñaba en ser agua y en ser nube, en ceñir las rocas sin herirse en ellas y en difundirse a la luz del sol. ¡Pobre gigante!

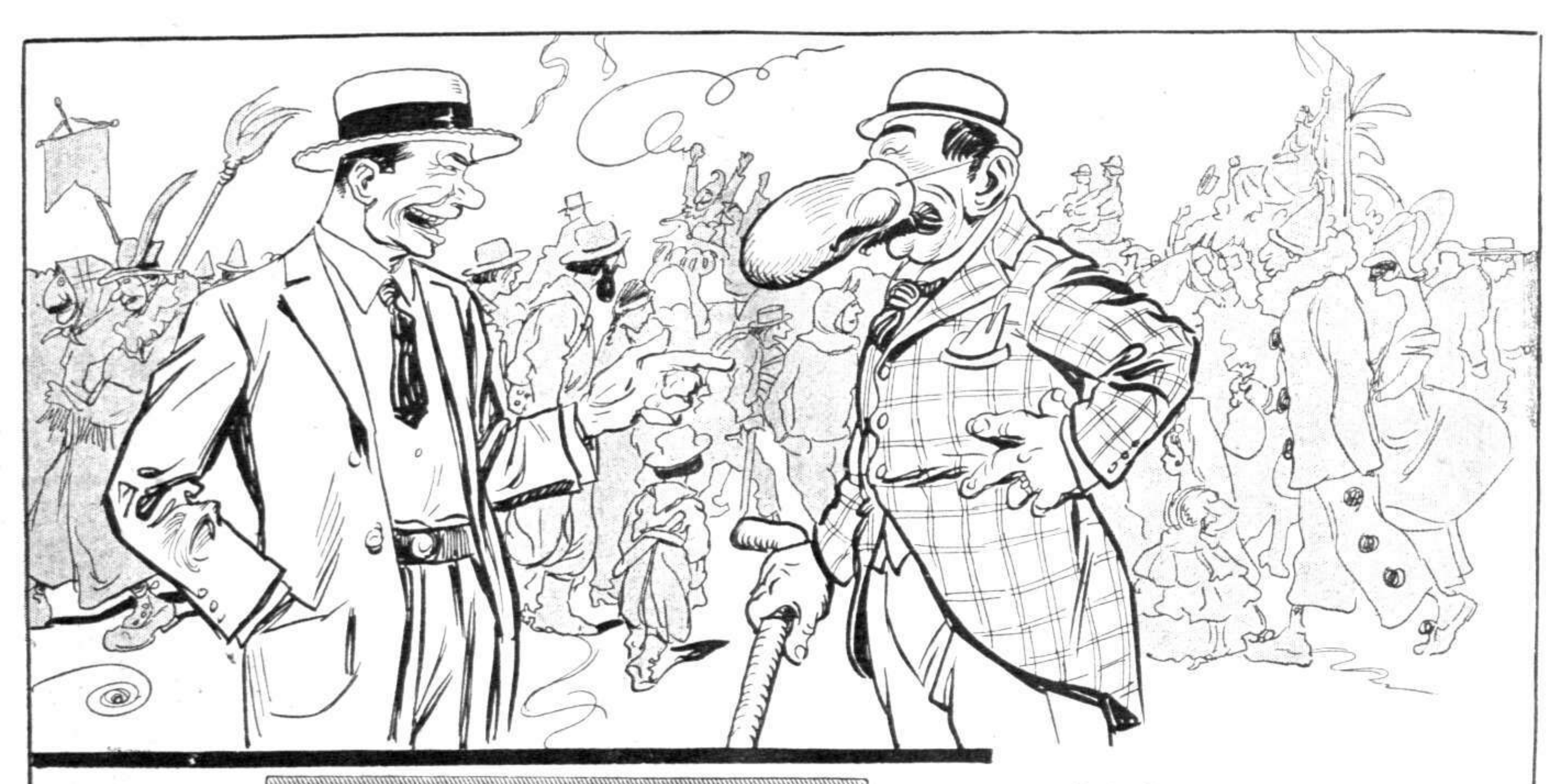
Los hombres no sospechaban siquiera su existencia consciente. Cuando pasaba junto a ellos, aterrándolos, creíanle un huracán de piedra, le tomaban por un fatídico ciclón sólido, y se encerraban en sus casas o en sus cuevas hasta que pasase. Otros le tenían por una divinidad terrible. Otros por un monstruo sobreviviente de las edades prehistóricas, antediluvianas, por un último rezagado de la raza de los mastodontes, ignodontes e ictiosauros, gigantesco hasta entre ellos.

Erraba en lo más recóndito de las selvas aborígenes, huyendo de los hombres a los que conocía aunque ellos no le conocieran. Les conocía y les temía. No les veía, es cierto; las nubes que le ceñían el corazón le impedían verlos; no los veía pero cuando por no verlos aplastaba a uno de ellos con la planta de sus desnudos pies, sentía en esta planta una punzada dolorisísima, sentía en la planta de su pie la agonía del hombre. Y solía ser cuando resbalando se caía y daba con la cabeza contra el saliente de una roca y se hería en la frente. Y temía que en uno de estos resbalones y caída le sacaran los ojos los picos de una roca.

Alguna vez, estando recostado sobre la montaña que le servía para dormir y soñar, sintió que le andaba por la cabeza algún hombre más atrevido o más ignorante que los otros. Y entonces temblaba de que al hombre se le ocurriese ir a mirar el reflejo de las estrellas, o ir a mirarse como en el espejo de un pozo, en las niñas de sus ojos soñadores.

MIGUEL DE UNAMUNO





De Rosario



Grupo de niños que recibió la primera comunión, siendo preparado para dicha ceremonia por las autoridades de la Escuela de la Santa Unión.

VIEJA BARCA, VIEJO BARQUERO

En el muelle de Terapía, para pasar a la otra orilla del Bósforo, trataba yo de elegir una barca entre las que esperaban ya, bien dispuestas, elegantes, con pinturas nuevas, almohadones de terciopelo y dirigidas por un remero joven, de sólidos brazos.

Sólo la más próxima, la que esperaba su turno, tenía, al lado de las otras, un aspecto de pobreza, nada de terciopelo en los almohadones, sino una cubierta de indiana, hecha con retazos de diferentes colores: muy limpia, sin embargo, muy cuidada aquella pobre barca, pero tan vieja, tan remendada y dirigida por un anciano de traje tan miserable...

La rechacé casi brutalmente por la que seguía, que era nueva y con dorados.

Pero cuando se alejó para dejar el sitio, pude notar con qué ingeniosos cuidados habían unido los pedazos de indiana, obra sin duda de alguna pobre vieja, tal vez la esposa de aquel buen hombre, que había procurado dar apariencia de nueva a la barca para no asustar a los clientes.

Y la mirada del anciano barquero se cruzó con la mía; una mirada llena de reproches, de resignación y de angustia...

Entonces una piedad infinita me oprimió el corazón y el día acabó tristemente para mí. Hice promesa de volver a la mañana siguiente, de elegir aquella barca entre todas, de felicitar al pobre viejo por el buen gusto de sus modestas refacciones y de tomarla siempre que fuera a atravesar el Bósforo.

Pero ni a la mañana siguiente, ni en días sucesivos, me fué posible encontrarla. Y,— tal vez sea una puerilidad,— de todas las malas acciones de mi vida, ninguna me ha dejado más remordimientos que la afrenta hecha a aquel pobre viejo, a sus cubiertas de indiana ornadas con galones rojos y tan laboriosamente arregladas...

PIERRE LOTTI.



"NO PASAN AÑOS POR ELLA"

es la frase obligada cuando se advierte que una mujer conserva su cutis fresco, suave y delicado. Esto comprueba que la verdadera expresión de juventud y belleza radica en el cutis. Con el uso constante del

POLVO GRASEOSO

LEICHNER

se comunica a la piel del rostro tal grado de suavidad, delicadeza y lozanía, *que constituye el mejor testimonio de juventud y hermosura femeninas.*

NOTA.— A causa de los nuevos impuestos, el precio de venta al público en la Capital Federal, es de $ 1.70 la caja.

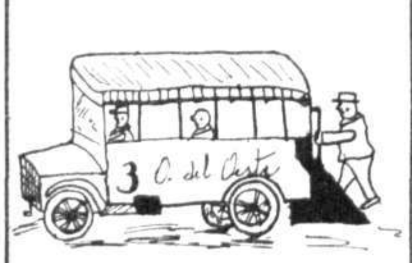
MENDEL & Cía. — En Bs. Aires: calle Guardia Vieja, 4439. En Montevideo: calle Cerrito, 673.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.



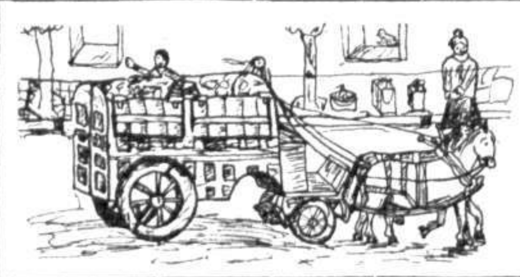
1644. — Mi papá baja del ómnibus.
JUAN B. A.



1645. — Un buen ciclista.
ENRIQUE CASAJÚS.



1646. — CARAS Y CARETAS.
INÉS SALA.





1647. — El basurero de mi casa.
J. BASILE.

1648. — El match Firpo-Lodge.
EUGENIO GALLINO.


TRAPICHE
Trapiche
Reserva
El mejor Vino para la mejor mesa.
BENEGAS Hnos. y Cía. Ltda.
Sociedad Anónima INDUSTRIAL y COMERCIAL
744, FLORIDA, 744 - Bs. Aires.
Unión Tel. 1752 y 1365, Retiro.
Cooperativa Tel. 3708, Central.



En un par de meses, un obscuro ebanista, que sus conciudadanos consideraban lo que entre nosotros se dice un «loco lindo», ha adquirido un nombre europeo que muy pronto llegará a ser mundial.

Rafael Bendandi recibe diariamente más cartas y telegramas de los que puede recibir un ministro, y de todas partes llegan los periodistas para entrevistar al hombre que conoce el secreto de los terremotos y puede predecirlos con dos meses de anterioridad y determinar unos días antes la zona exacta en que se verificará el fenómeno.

Diarios serios como el *Corriere de la Sera*, de Milán, han dedicado largos artículos a Bendandi, pero los hombres de ciencia no quieren todavía darse por vencidos. Les parece imposible que un ebanista, que no ha frecuentado nada más que las escuelas primarias, pueda haber dado con tamaño descubrimiento.

A pesar de la evidencia, se obstinan en decir que debe ser una casualidad, y hasta prefieren creer en una facultad psicométrica.

—¿Cómo es posible que un obrero cualquiera pueda descubrir una ley de la naturaleza? ¡Debe de ser un *sensitivo!*...

Como el Bendandi ha previsto un temblor, que debe verificarse el 28 o el 29 del corriente en la región de los Balcanes, con posibles ramificaciones en las costas del Adriático, me pareció oportuno hacerle una visita en Faenza, su ciudad natal, en la que se gana la vida trabajando de ebanista.

Entré en un café, y en el momento de pagar la consumación pregunté al mozo:

—¿Usted sabe dónde vive Bendandi, ese de los terremotos?

¡Cómo no iban a saberlo en Faenza, una ciudad pequeña, limpia, simpática, en la que todos se conocen hasta demasiado!

—¿Bendandi? No sé.

Y luego, en voz alta, dirigiéndose al mostrador:

—¿Ustedes saben dónde vive Bendandi?

Los del mostrador dibujaron una sonrisita, que tenía mucho de irónica.

—No sabemos... Pero pregunte al diarero del kiosco, ahí mismo en la plaza. Ese se lo ha de decir.

En realidad, *nemo es propheta en patria*, nadie es profeta en su tierra, y quién sabe la envidia que despierta el inesperado renombre adquirido por este joven obrero.

El vendedor de diarios me indicó el camino.

—Siga derecho por esta calle. Allá, donde empieza el Corso Cavour, doble a la izquierda... Unos doscientos metros y encontrará una carpintería. Es la de Bendandi.

La carpintería era de Bendandi realmente, pero él no estaba todavía, y eran las diez de la mañana.

Un obrero suspendió de cepillar un tablón de nogal, y hablándome con una especie de compunción, que dejaba translucir el respeto que le inspiraba su dueño, me dijo que posiblemente dentro de una media hora Bendandi llegaría; que por lo general quedaba en observación hasta las diez y media, en el pequeño observatorio de su casa particular.

—¿Y dónde queda la casita particular de Bendandi?

—Por acá derecho hasta la plazoleta de la estación. doble después por la calle Manara al N.º 17... Una casita blanca.

—Muchas gracias. Allá voy. De todas maneras, por si acaso llegara antes, anúnciele mi visita. Aquí tiene mi tarjeta.

—¿Otro periodista? Todos los días uno o dos...

—¡Qué vamos a hacerle, amigo! Son los inconvenientes de la celebridad.

La casita de Bendandi es bien modesta. Creo que otras dos familias por lo menos viven en ella. Hay que cruzar un largo corredorcito que da a un patio, luego subir una escalerita exterior, que conduce a dos o tres piecitas altas. Digo dos o tres piecitas juzgando así, pues no me dejaron tiempo de llegar hasta allá. Dos o tres mujeres dieron la alarma.

—¡Buscan a Rafael! ¡Doña Rosa, buscan a su hijo!

Y Rafael apareció en el acto, en mangas de camisa, intentando completar su *toilette* en cuanto se percató que se trataba de un forastero.

—¿Puede recibirme?

—Ya ve cómo estoy... Si le fuera lo mismo dentro de media hora...

—Es que desearía, si es que usted lo permite, visitar su observatorio...

—Dentro de media hora estaré en la carpintería. ¿Es usted corresponsal de diarios y revistas sudamericanas? ¿De la América latina? Me alegro. Es el primero de esos países que me visita... Norteamericanos han venido muchos...

—Cuestión de empezar...

—Todo el día de ayer ha sido una avalancha de telegramas de todas partes, preguntándome por el temblor que debe verificarse el día 28 o el 29... No me dejan vivir.

—Es muy lógico... Si usted se queja de que no le dejan vivir, debe comprender también que los demás no están muy entusiasmados con la posibilidad de morir aplastados... Entonces, dentro de media hora.

Y a la media hora, efectivamente, Bendandi llegaba a la carpintería. Empujó con violencia la puerta de entrada y empezó, sin tantos cumplidos, a quitarse el saco.

—Aquí tiene un sismólogo, obligado a ganarse la vida tallando madera.

—¿Hace años que ha empezado usted a ocuparse de los fenómenos sísmicos?

—Desde el terremoto de Messina. Contaba entonces 15 abriles...

—Un muchacho.

—Un muchacho. Empecé a preguntarme cuál podría ser la causa de estos fenómenos, y un día se me ocurrió una idea. ¿Y si fuera así?—pensé. En silencio empecé a averiguar; pude conseguir muchos datos sobre fenómenos anteriores, luego compulsé libros en las bibliotecas más importantes de Italia y llegué a descubrir la ley que determina estos fenómenos, que, por lo general, se consideran fortuitos...

—¿Y la ley obra constantemente?

—Como todas las leyes de la naturaleza.

—Le pregunto porqué algunos quieren insinuar que se trata de una especie de hipersensibilidad de su organismo...

—¡Claro! Como no he recibido título académico ninguno no creen posible que haya descubierto una ley de la naturaleza. Como si la naturaleza tuviera la deferencia de brindar sus secretos a los hombres titulados y no a los que la estudian amorosamente y con perseverancia. Le diré más: atribuyo a una verdadera suerte la de no haber estudiado en las universidades, pues si hubiera salido de las aulas tendría ideas preconcebidas, escolásticas, y mi pensamiento no estaría libre de trabas... Las universidades, indudablemente, son necesarias, pero como enseñanza de lo métodos de estudio. Los que salen de las universidades deberían conservar su elasticidad mental y hacerse accesibles a toda idea nueva... Nunca creer que han aprendido verdades indiscutibles, pues todo es rela-

tivo. Sin embargo, sucede precisamente lo contrario.

Me extrañaba oir hablar en esa forma a un hombre que, mientras conversaba conmigo, no interrumpía su trabajo manual, que sin duda debía absorber la mayor parte de su tiempo...

—Pero... para dedicarse al estudio y al mismo tiempo conseguir el sustento de su familia, tendrá usted que descansar muy poco...

—Mi familia se reduce a mis dos viejitos. Nada más. Realmente yo duermo muy poco de noche... y menos de día.

Dijo esta frase con intención, y sin esperar que le hiciera ulteriores preguntas.

—Duermo menos de día, porque entre el sinnúmero de personas que me visitan las hay que vienen a tantearme para dar con mi secreto, que debo cuidar, puesto que, siendo fruto de mi trabajo, un día u otro ha de procurarme los medios de vivir mejor y entregarme de lleno a mis estudios. ¿Ve usted qué blancos están mis cabellos? ¿Cuántos años me da usted? Tengo treinta apenas y aparento cincuenta.

—No, pero su cara demuestra demasiado la juventud.

—Pero paso las noches delante de mis aparatos, que he construído yo mismo, y de día sigo tallando y haciendo muebles. Mis fuerzas deben resentirse, mas no importa... La ciudad de Torricelli podrá agregar otro nombre más a sus glorias... Es una vida dura la que me impone el destino, pero puedo asegurarle que cuando he llegado a determinar la fecha de un fenómeno sísmico con exactitud y se aproxima el día y llega la hora fijada, toda sensación de cansancio se esfuma... Solo, en mi modesta piecita, delante de mis aparatos, aguardo con una emoción intensa y la exaltación que se apodera de mi alma al ver que los aparatos empiezan a señalar el fenómeno, es algo que no se describe. Entonces, solamente entonces, se comprende que los hombres somos algo más de lo que aparentamos ser, considerados bajo el aspecto de nuestros intereses pequeños y miserables... Levantar el velo que esconde una ley de la naturaleza, es el mayor de los orgullos humanos.

Bendandi, mientras hablaba así, parecía transfigurarse. Sus ojos luminosos echaban relámpagos y me parecía que hiciera un esfuerzo enorme para contener el deseo intenso de comunicarme lo que sabía.

—No; no debo decirlo ahora. Pero lo diré; mientras tanto tengo el derecho de guardar para mi un descubrimiento que puede ahorrar millares de vidas.

—¿Y no le han hecho propuestas concretas para utilizar sus conocimientos?

—Una agencia norteamericana que sirve como a unas mil publicaciones entre diarios y revistas, me ha hablado para conseguir la exclusividad de los pronósticos... Veremos. Por lo que han dicho están dispuestos a facilitarme todos los instrumentos que necesite con el objeto de perfeccionar mi método de previsión de los fenómenos sísmicos. ¡Quién sabe!...

—¿Y se trasladaría usted a Norte América?

—¿Por qué no? Los hombres adquieren valor una vez trasplantados al extranjero.

¿Piensa usted que Marconi habría llegado a ser lo que es, si no hubiese pasado a Inglaterra? Es siempre el mismo fenómeno... No dejaré de ser italiano aun en el caso de trasladarme a Norte América...

—¿Y cómo es que hace apenas dos o tres meses que su nombre ha adquirido importancia, siendo que desde hace quince años se dedica a estos estudios?

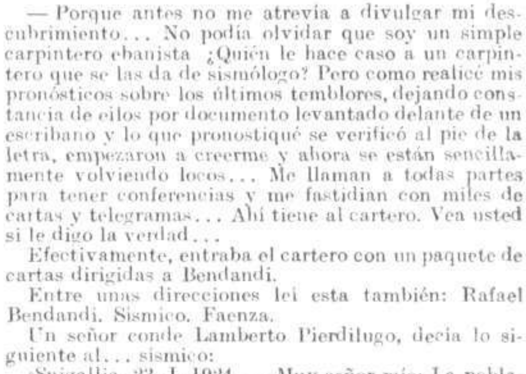
—Porque antes no me atrevía a divulgar mi descubrimiento... No podía olvidar que soy un simple carpintero ebanista. ¿Quién le hace caso a un carpintero que se las da de sismólogo? Pero como realicé mis pronósticos sobre los últimos temblores, dejando constancia de ellos por documento levantado delante de un escribano y lo que pronostiqué se verificó al pie de la letra, empezaron a creerme y ahora se están sencillamente volviendo locos... Me llaman a todas partes para tener conferencias y me fastidian con miles de cartas y telegramas... Ahí tiene al cartero. Vea usted si le digo la verdad...

Efectivamente, entraba el cartero con un paquete de cartas dirigidas a Bendandi.

Entre unas direcciones leí esta también: Rafael Bendandi. Sísmico. Faenza.

Un señor conde Lamberto Pierdilugo, decía lo siguiente al... sísmico:

«Snigallia, 23, I. 1924. — Muy señor mío: La población, muy preocupada, desea saber noticias exactas respecto de los temblores que se deben verificar en los días 28 ó 29 del corriente. Ruégole contestar inmediatamente y le agradezco de antemano en nombre de la ciudad».



Rafael Bendandi, el ebanista que predice los fenómenos sísmicos y que ya disfruta de fama universal.

—¿Y le parece que habrá algo que pueda perjudicar a la ciudad de Snigallia?

—El temblor de tierra se debe verificar en la región balcánica, pero podría repercutir en la región Mediterránea también, no en forma grave...

—Menos mal.

—Una recrudescencia de la actividad volcánica en la región Mediterránea la tendremos el año 25 o al final del año corriente. El año 25 dará lugar a temblores serios en Italia, pero, como le digo, por el momento no hay que preocuparse... La actividad volcánica recorre zonas determinadas...

—¿Y cómo es que antes los temblores no eran tan frecuentes?...

—Los ha habido siempre. Se advertían menos porque afectaban el fondo del mar o regiones poco pobladas...

—¿No tiene usted ningún pronóstico para Sud América?

—Por el momento Sud América no tiene que temer temblores serios... De todas maneras si a usted le interesa...

—Estas son noticias que interesan a todos...

—Pues bien: manténgase en comunicación conmigo y sabré avisarle con tiempo de las perturbaciones sísmicas notables que puedan producirse allá.

—Pero en la región Andina siempre se advierten fenómenos sísmicos.

—Sin importancia... Cuando revistan gravedad sabré pronosticarlos.

—Acaso usted ignore que en la Argentina hay un estudioso de la astronomía que, basándose sobre las manchas solares, llega a pronosticar también los temblores.

—Ya sé... Martín Gil. Pero no es esa la ley que rige los temblores de tierra... La publicaré a su debido tiempo... Una vez conocida, el mundo se asombrará de su sencillez... Me parece que usted no quiere convencerse todavía. Le parece imposible que un carpintero...

—Nada de eso... Deseo conocer solamente un detalle... ¿Su descubrimiento es fruto del estudio o de la meditación?

—De la meditación. ¿No le dije que cursé solamente las escuelas primarias?

Se trata de un intuitivo, nada más... ni nada menos

A J E D R E Z




Nota de la redacción. — Toda correspondencia para esta sección diríjase a nombre del redactor de la «Sección Ajedrez» de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

En lo sucesivo publicaremos una información mundial y contestaremos a toda consulta que se nos haga sobre la materia.

PARTIDA JUGADA EN EL TORNEO INTERNACIONAL DE CARLSBAD

APERTURA: PEON DAMA

	BLANCAS A. Alekhine	NEGRAS Treybal
1.	P 4 D	P 4 D
2.	P 4 A D	P 3 R
3.	C 3 A R	P 3 A D
4.	P 3 R (1)	P 4 A R
5.	C 3 A	C 3 A
6.	C 5 R	C D 2 D
7.	P 4 A	C × C
8.	P A × C	C 5 R
9.	C × C	P A × C
10.	A 2 D	D 4 C
11.	D 2 R	A 2 R
12.	O—O—O (2)	T 1 A
13.	P 4 C R	A 2 D
14.	R 1 C	O — O — O
15.	A 2 C	P 4 T R
16.	P 3 T R (3)	P × P C
17.	P × P C	T 1 T
18.	T × T	T × T
19.	A 1 R	R 1 C
20.	A 3 C	R 1 T
21.	T 1 A D	D 3 C
22.	P 5 A	D 1 R
23.	P 4 C (4)	P 4 C D (5)
24.	P × P al paso	D 1 C D
25.	D 6 T	D × P
26.	D × D	P × D (6)
27.	P 3 T	R 2 C
28.	R 2 C	A 4 C
29.	T 1 R	P 4 A
30.	P C × P	P × P
31.	P × P	A 4 C
32.	R 3 A	R 3 A
33.	A 4 A	A × A
34.	P × A	R × P (7)
35.	A × P	T 6 T jaque
36.	R 2 D	P × A
37.	T × P	T 6 A R (8)
38.	P 5 A	P × P
39.	P × P	T × P A
40.	P 6 R	R 3 D
41.	P 7 R	T 4 R
42.	T 4 C R	P 4 C
43.	P 4 T	A 2 D
44.	T 4 C	R × P
45.	Abandonan las blancas (9)	

GALERIA DE LOS GRANDES MAESTROS

Próximamente iniciaremos la publicación de una galería de los grandes maestros, que constituirá para los aficionados un buen acopio de datos de todo lo que de sobresaliente tiene y ha tenido el juego-ciencia.

NOTAS:

(1) Mejor es 4. C3A, porque si el negro captura entonces el peón y trata de sostenerlo por medio de P4CD, su posición se torna muy difícil.

(2) Es generalmente peligroso hacer el enroque de dama, especialmente después de haber movido el PAD.

(3) Evidentemente, si 16 P×P, el negro puede recuperarlo de inmediato por medio de A1R, y sus alfiles estarían después mejor ubicados que los del blanco.

(4) Prematuro; debía haberse jugado primeramente P3TD.

(5) Una buena jugada, por cuanto el blanco debe capturar el peón al paso, o bien abandonar toda esperanza de obtener un ataque, exponiéndose a su vez a sufrirlo por P4TD.

(6) El negro tiene ahora la mejor partida y sus alfiles con un juego más eficaz que los del blanco. Todos los peones de este son débiles y no puede parar la amenaza de ataque de P4AD, del negro.

(7) El negro tiene ahora una posición ganadora, y sus dos peones pasados son irresistibles.

(8) Mejor que 37... T×P, por cuanto el blanco amenazaba jugar 38 P5A, lo cual hubiera permitido hacer tablas.

(9) Una partida muy bien jugada por Treybal, el campeón bohemio, quien nunca dió oportunidad a su formidable adversario de obtener la menor ventaja.

(Tomada de la «Revista del Club Argentino de Ajedrez». De «The Field»).

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán CIEN PREMIOS, que serán distribuidos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — N.° 104

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Vamos a hacer educar bien a Teresita.

—Yo no quiero que me eduquen bien, mamita; quiero ser como tú.

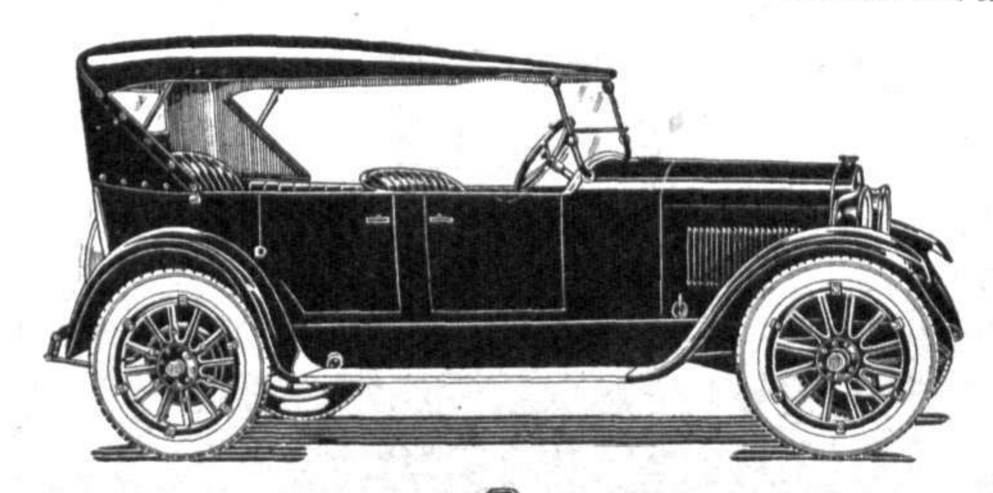
—Me agrada esta moda nueva de no usar reloj cuando se lleva frac.

—¿Y por qué?

—Porque nunca he logrado tener a la vez mi traje de frac y el reloj.

La esposa del artista. — Tu cuadro es admirable, pero ¿qué representa?

El pintor. — Para ti, querida, un sombrero nuevo, unas pieles y una pulsera.



TALLE CORTO POLLERA LARGA



TRORA no era tan común el caso de que los creadores de la moda se encontraran frente a un problema inherente a su profesión, y no lo resolvieran con esa seguridad que en cualquier lugar y circunstancia impone respeto, y a la cual quiso hacer referencia el filósofo diciendo: El mundo pertenece a los espíritus fríos.

Sin embargo, la guerra que tanta revolución ha traído en la psicología humana y tantos enigmas ha venido creando para complicar la existencia, la guerra ha despertado una inquietud también en el espíritu de esos creadores de moda. Frente a los tiempos nuevos ellos también, como todos los hombres, se paran dudosos en franca reacción.

¿Talle corto o talle largo? ¿Pollera corta o pollera larga?

Y en las estaciones que han seguido a la terminación del sangriento conflicto, han ido tanteando *como ciegos*, lanzando los unos la pollera cortísima y angosta, los otros larguísima y amplia, otros una medida intermedia. Hubo alguna tentativa para el talle corto, pero fué inmediatamente sofocada por la exageración contraria, y hasta hace pocas semanas he oído a un afamado fotógrafo de modelos declarar: «No he tomado las últimas creaciones porque es demasiado incierta todavía la resolución de la lucha entre la pollera corta y la larga, a pesar de que parece triunfar la primera.

En efecto, se puede decir que nos encontramos frente a una ofensiva por parte de la pollera corta. Hasta hay modistos que reducen el largo de sus creaciones para trajes de noche. La pollera corta — desde un punto de vista material — es sin duda práctica y deliciosa; pero considerando el problema de la elegancia en la mujer, es solamente el vestido largo el que conserva la línea, responde estrictamente a la estética y ennoblece los gestos naturales. Hablo, naturalmente, del vestido largo para paseo o reuniones de día, es decir, el modernísimo vestido acampanado, sin extravagancias y de línea purísima.

El talle, entre la duda si levantarlo o bajarlo, se va suprimiendo... En algunos modelos es más bajo todavía que en la última estación, pero hay cierta preferencia por la línea derecha sin interrupciones y agradablemente «incierta». El cuerpo se perfila a través de los preciosos géneros y el efecto es sugestivo y juvenil.

La gran novedad en materia de sedas es el «coromandel», creación parisiense, naturalmente; una seda risueña (perdonadme la expresión) y delicada, de tonos magníficos, de precio aun más magnífico, y sobre la que encontramos los matices, los dibujos, la patina de laca y las perlas de los sugestivos biombos orientales.

Ya otros géneros, de creación reciente y para el verano, nos habían ofrecido novedosos dibujos que contenían un paisaje fantástico, con sus puentecillos y sus pagodas, los dragones y las ramas en flor bordados en relieve. El coromandel recuerda esas creaciones sobre su fondo aterciopelado. El raso bordado de oro natural sobre fondo obscuro toma el nombre de «laca de Coromandel» y ofrece material de una elegancia rara para vestidos de noche.

En general la boga es para los géneros finísimos que recuerdan el lejano Oriente. El terciopelo — el único género quizás que convenga a todas las edades por sus reflejos serios y profundos que suavizan los rasgos de la cara, es un tejido rico y discreto y no es de extrañar que goce desde siempre mayor favor, sobre todo el terciopelo negro. Los terciopelos de este año son tan variados y bonitos, que resulta difícil la elección. El terciopelo blanco es de una elegancia regia, y puede usarse solamente para modelos muy sencillos, pero exige un perfil esbelto, bonito y joven. Una persona de edad respetable, vistiendo de terciopelo blanco, parecería la muerte ambulante. El terciopelo «chiffon» estampado es de suprema elegancia para capas de noche y robe-manteaux amplias con adorno de piel, preferiblemente el skungs. He visto un vestido para recepción, formado de una túnica ajustada de terciopelo «chiffon» estampado a dibujos gris plata, cuello altísimo, mangas muy ajustadas y muy largas sin puño, borde de piel y pollera acampanada del lado derecho, en terciopelo gris liso.




RUEDA
SPORT
LOS ZAPATOS
"Rueda Sport"
son de un uso muy indicado durante las fiestas de Carnaval, pues, al hacer que los pies permanezcan constantemente frescos, livianos y cómodos, contribuyen eficazmente a mantener un bienestar tan necesario y propicio para las alegres expansiones del espíritu.
Los hay para Hombres, Señoras y Niños.
Pídalos en todas las buenas Zapaterías.
"RUEDA SPORT"



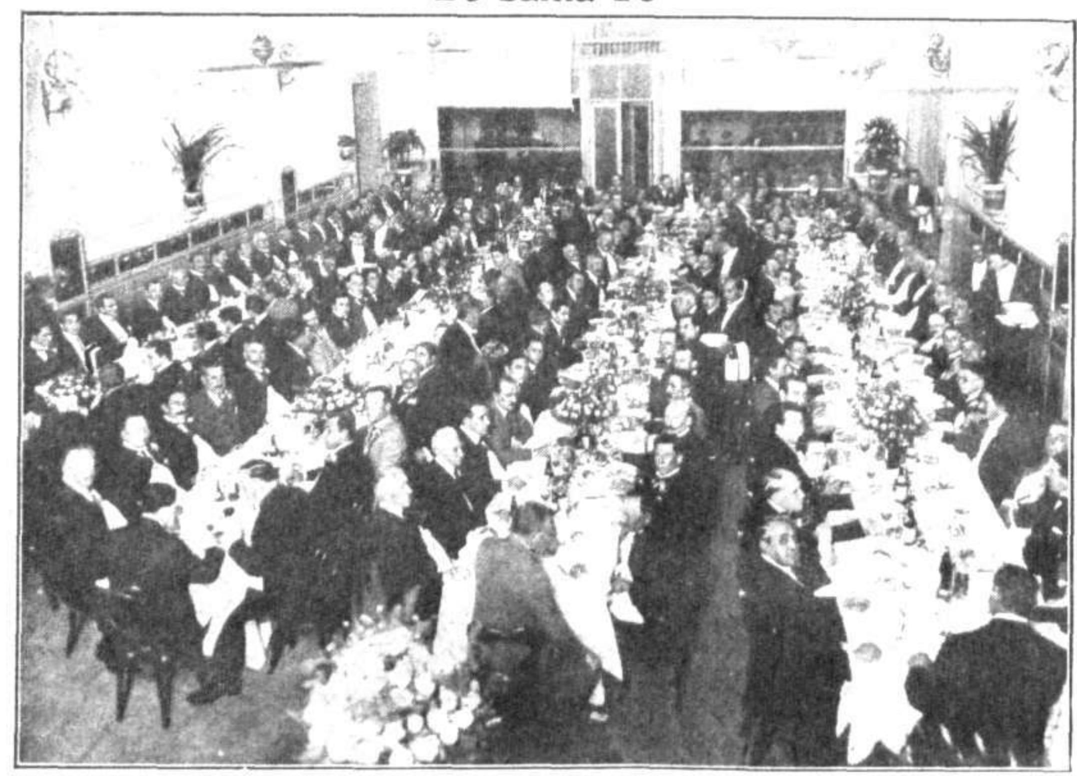
Parte de la selecta concurrencia que asistió al "te danzante" ofrecido por un núcleo de socios del Club del Progreso a las familias de la sociedad local.

PAPEL DE PLANTAS ACUÁTICAS

Según leemos en una revista, se ha inaugurado en Grossenhain (Sajonia, Alemania) una fábrica de cartón y papel de imprimir, que emplea como primera materia cañas, espadañas y otras plantas acuáticas, pudiendo emplearse también el bambú.

Estos elementos se reducen a pasta con un nuevo procedimiento y se obtiene un papel de excelente calidad, siendo la fabricación convenientísima, porque, además de que el limpiar de cañas algunas regiones redunda en beneficio de la pesquería, permitirá que los árboles, de los que sólo en Alemania se emplean un millón de toneladas para la producción del papel, puedan ser destinados a otros usos. Parece que hay en proyecto la implantación de numerosas fábricas en Alemania y otros países, con el nuevo procedimiento, y no hay que encarecer la importancia que esto tiene, sobre todo para los periódicos.

De Santa Fe



Vista general del salón del Hotel Italiano durante el gran banquete con que los miembros más representativos de la colectividad italiana obsequiaron al Gobernador doctor Mosca, celebrando la distinción de que fuera objeto por el Rey Víctor Manuel III.




Señora:
Para que sus vestidos adquieran la característica de la moda, y el cuerpo la forma escultural que distingue a la mujer de buen gusto, debe visitar la CASA IZQUIERDO, Carlos Pellegrini, 490, y adquirir uno de sus famosos CORSES o FAJAS, únicos que responden ampliamente a las leyes de la estética y distinción, armonizando la moda con el arte que impera en su esmerada confección.
CANOL
La Mejor Tintura Vegetal Instantánea para el Cabello y la Barba.
Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.
Garantizamos nuestra tintura CANOL y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.
Todos los tonos: en Rubio, Castaño y Negro
Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República... $ 8.—
Unico Concesionario para la América del Sud:
CASA IZQUIERDO
CARLOS PELLEGRINI, 490 - BUENOS AIRES
Soliciten Nuestro Nuevo Catálogo.
Casa Izquierdo
La Más Importante de Sud América.
490, Carlos Pellegrini, 490.
U. T. 38 MAYO, 0313 — BUENOS AIRES
Faja Modelo 115.
Especial para sostener el vientre. Con su uso se obtiene cuerpo perfecto y absoluta comodidad. Confeccionada sobre medida en rico coutil de hilo y elástico de la mejor calidad, con 4 ligas de seda
$ 30.—

NO ES UNA NOVELA

POR MARINO MORETTI





DVIERTO que ésta no es una novela.

Advierto que la señora E. D. no es la protagonista de una novela; pero sí una señora que todos conocen en F., y que me odia.

Dejo que hable la señora E. D. Refiero palabras suyas de hace un año, por lo menos, cuando la mencionada señora ignoraba completamente que yo también, para pasar el tiempo, escribo novelas.



NADA más antipático, ni más desagradable que un novelista. Yo no discuto acerca de las novelas. Podrán ser lindas, podrán ser feas; existe quien las pide, existe (dicen) quien las paga; y el público que las lee. No discuto sobre las novelas. Muy pocas veces yo las leo. Dejaron de interesarme desde que conocí aquí, en mi salón, y en otras partes, algunos novelistas. Le puedo asegurar, amigo mío, que son preferibles los estetas, los enjutos sacerdotes de la belleza que estaban de moda una quincena de años ha.

Se discute muy gustosamente con la bellísima señora D., que es rubia. Podría decir que su voz es dulce, armoniosa, de variados ritmos y modulaciones; que su mirada... sus ademanes... su boca... Pero entonces correría el riesgo de escribir una novela. Puedo decir tan sólo que, tratándose de una señora de provincia, es bastante inteligente e interesante. De su salón guardo pésima memoria: pájaros embalsamados encima de los muebles, terracotas de Signa sobre las consolas y grandes mantones colgados de las paredes; el lector me comprende. Pero confieso que me agradaba y que yo, probablemente, no le desagradaba; tanto es así que sus días de recibo eran los viernes y aquel día no era viernes.

—¿Usted no ha conocido nunca a un autor de novelas?

—No, nunca.

—Es raro. Hoy en día están en todas partes, en todas las oficinas, Bancos, agencias, ministerios, municipalidades, prefecturas, correos y telégrafos... ¡Se ve claramente que usted no necesita de ninguna de estas oficinas.

—¡Natural! Yo soy modesto: me basto a mí mismo.

—Pero, ¿qué trabajo hace usted? Le conozco desde hace tiempo y nunca supo contestar a esta pregunta: «¿cuál es su empleo?».

—¿Yo? ¿Cuál es mi empleo? ¿Qué hago? Habría podido contestar a la señora D. sin temor de exagerar: «Yo, señora, soy...», pero me contengo a tiempo. Ella es bellísima, no hay que olvidarlo, y en ese momento estaba casi curvada sobre mí.

—¿Entonces? ¡No lo sabe tampoco usted!

—Yo soy modesto y discreto. Si conviniera con usted en que hago verdaderamente algo y antepusiera un título a mi pobre nombre o le propusiera uno de esos términos atributivos —técnicos, políticos, artísticos, científicos o tan sólo deportivos o mundanos— que tanto agradan a nuestra acicalada sociedad y que todos colocan imaginariamente en las tarjetas de visita de su fantasía, yo cometería, señora, tan repudiable acto de soberbia, que me avergonzaría por toda la vida.

Ella sonrió muy dulcemente. Y me pareció que me mirara con gran interés.

—¿Debo conformarme, entonces, con su nombre y su apellido?

—¡Solamente! Si algún día se volviesen célebres, sabría qué oficio desempeño.

—¡Muy bien! ¿Y eso no sería orgullo?

—No era orgullo. Bien conozco yo el valor de mis novelas y el valor de las novelas de los otros; sé qué dicen de ellas mis amigos y mis críticos. No sé, en cambio, por qué dijera eso. ¿No acontece, acaso, algunas veces, que personas muy serias dicen cosas que lo son muy poco?

—He comprendido: Vd. teme descubrirse. ¿Quiere que hable yo? ¿Qué es lo que íbamos diciendo? ¡Ah, los novelistas!... ¿Quedamos con este tema?... Le decía que los novelistas me disgustan, que no volvería a admitir uno solo en mis reuniones. Vea usted: imagine a uno de ellos en busca de un argumento. Usted dirá: ¿y qué es un argumento? Un argumento no es más que una receta para hacer una novela; porque esta gente es de muy pobre fantasía y no es capaz de inventar el adulterio más simple sin haberlo venido observando y sin haberse documentado antes. ¿Quiénes procedían así? ¿Flaubert? ¿Los Goncourt? El novelista moderno es más encarnizado, no concede tregua. Quiere conocerlo todo. Usted le narra una anécdota cualquiera, un pequeño suceso que ha acontecido en la calle, en la casa, en el teatro, o también en el mismo cuarto de baño; y él la acosa y la acucia con preguntas y se sonríe; él sonríe tan extrañamente que de buenas a primeras no se comprende si se está ante un ebrio, un loco o un idiota. Le garantizo que la sonrisa del novelista es típica: una mueca particular que no puede dejar de irritar aun al más grande partidario de la literatura nacional. El novelista italiano moderno no tiene ni corazón ni alma; el ejercicio de escribir y narrar es para él una cosa del todo mecánica, es una trivialidad cualquiera. No ha sufrido nunca, no sufre ni sufrirá jamás. Todo es ironía para él; todas sus tragedias son irónicas; alguna vez, naturalmente, sarcásticas.

Otras veces desdeña la liviandad de la sátira y entonces se improvisa hombre fuerte, un hombre inurbano,

que le arranca a uno el brazo al darle la mano. Son sus momentos de realismo. Pero, ¿usted cree que la vida que va a reproducir le apasiona? Sí, mientras le ofrezca materia prima — material en bruto — para su oficio: ladrillos, argamasa, cemento armado. La vida no viene a ser para él más que una inmensa novela: una novela vastísima, larguísima, que engendra otras novelas de dimensiones notables, las que luego se despedazan en miriadas de novelitas, bocetos del natural, diálogos, poemitas en prosa y toda la restante mercadería que adorna los diarios, y no tan sólo los de ciencias, letras y variedades. El novelista moderno permanece siempre frío, calculista, ante las verdaderas tragedias de la vida: el violín de un ciego, los harapos de un mendigo, un homicidio, un suicidio, un entierro, todos estos y otros asuntos nada alegres no le surten sino de casos más o menos interesantes que suelen pagársele de doscientas a trescientas liras cada uno. (Me parecía que la señora D. exageraba; pero no importa.) La gente que lo rodea es casi siempre acaparada por su fantasía estéril. En cada novela que escribe se reconocen dos o tres personas; pero se las encuentra empeoradas, disminuídas, afeadas, rebajadas. No respeta a nadie; tampoco a la propia madre. Disfraza el vicio, mas colocaría también una cantidad infinita de caretas de todos colores sobre el rostro de la virtud. Llega hasta a creerse moralista; pero hay que observar su manera de proceder, en especial modo cuando imita al poeta inglés de *Salomé*, invirtiendo las sentencias y befándose de las fabulillas educativas. ¿Qué divisa tendría que tener, qué emblema adoptar, según usted, un novelista? *Conocer al mundo*, ¿no es verdad? *Conocer el mundo*, nada menos que un verdadero mandamiento, como *amar el padre y la madre*. ¿Y cómo cree que conozcan al mundo los novelistas? Si dijera su divisa *Conocer el mundo* (es decir, el salón) *de la señora D.*, tal vez... Yo me imagino a uno de esos que tienen el cerebro vacío, y debe, sin embargo, llenar veinte carillas porque, ¿comprende usted? tiene un contrato con el señor Fulano, director de una revista, una revista muy difundida... Helo aquí, sonriente de gozo, entra, supongamos, en mi salón, mira a su alrededor, se admira en un espejo, luego escoge una dama, la que está allá debajo de Niccoló de Uzzano, y es capaz de decirle de inmediato, a la dama, no sin lánguida prosopopeya: «¡Dadme un argumento, por favor! ¡Habladme de vos, de vuestras amigas, de los amigos de vuestro esposo, de vuestra hermana, de vuestro primo; pero confiadme algo!» Parece que bromeara, tiene aire de burla, parece que poseyera mil argumentos metidos dentro de su amplia frente que es como el muro que separa el mundo visible del reino de su fantasía; en cambio está vacío por completo y va a la caza (el hombre es cazador) de documentos humanos. Todas las mujeres son propiedad suya. El las escucha con una mirada hurtadora que es, como la sonrisa de que he hecho mención, la mirada típica del novelista. ¿Una mirada penetrante? ¿escrutadora? ¿invencible? ¿irresistible? ¡Qué esperanza! Es la mirada ansiosa, lasciva, jubilosa del hombre que tiene precisamente ante sí una hermosa presa y no logra siempre apropiarse de ella... es decir, no puede sacar su anotador para escribir los datos y las palabras que teme se le escapen. Es una mirada que muchas mujeres no interpretan, pero muchas otras confunden con una mirada de amor. ¿Ha comprendido? ¿Cómo podrían salvarse estas desventuradas de esta nueva plaga de la humanidad?

— La voz armoniosa calló. Yo pensaba muchas cosas. Pensaba que ella, hermosa mujer, debía haberse reconocido — naturalmente, empeorada, disminuída, afeada, rebajada — en más de una novela. Traté de sonreirle, traté de transmitirle la idea de que la sociedad no corría ningún riesgo inminente.

— Pero, ¿qué le importa — le dije al fin, para calmarla, — qué nos importa de los novelistas? Señora mía, vamos, no exagere: ellos no tienen ninguna función social. Más vale... más vale... ¡hábleme de usted!

Y ella, que poseía voz tan armoniosa y que quizás amaba hablar con los hombres en la penumbra de su salita, rodeada por todos esos Donatellos, Desiderios y Verrochios patinados, sonrió tranquilizada y consintió. Habló. Habló de sí, de su vida, de su niñez, de los años lejanos: el convento, las pequeñas monjas, el jardín de las enredaderas, la villa sobre el collado, Federico, la casita junto al mar, el viaje de bodas, la casa nueva, el hombre, los hombres... y etc., etc., hechos y anécdotas de su vida y de otras vidas, sus preferencias y preferencias ajenas, sus amores y amores de otras personas. Y mientras iba hablando, entusiasmándose paulatinamente cada vez más, yo iba notando que lo que refería era verdaderamente singular y, ¡ay de mí! interesante; tanto que yo no vi en ella a la hermosa mujer a la que habría muy fácilmente podido cerrar la boca, ¡no importa cómo! sino a la mujer que me ofrecía, espontáneamente, gratis, un documento humano preciosísimo para una futura novela. Me acuso. No era ya un hombre: era un novelador. La cruel psicología que ella había trazado del novelista tipo era exacta. Convengo en ello. Pero esa hermosa mujer que yo abandonaba, no me causaba lástima; era presa total de la nueva reducción, ¿benéfica? ¿maléfica? que se asemejaba en todo a la reducción del arte, que es sugestivo y poderoso, puesto que vence la más dulce de las fascinaciones humanas.

Ella debió sentir que le seguía con una atención hecha casi de perversa e impaciente curiosidad. Se interrumpió. Me miró con fijeza. Yo sostuve su mirada con fuerza, con fuerza que debió parecerle enemiga. Y en seguida notó algo en mis ojos, vió la mirada del novelista, la mirada típica, ansiosa, del ladrón de sensasiones, de temas líricos, de momentos vividos, de partículas de alma... Ladrón de cosas muy poco consistentes, como se ve, pero superlativamente ladrón y delincuente para la señora D., que lo había comprendido todo.

No habló ya. Se puso de pie, glacial, altanera, como para despedirme. Me parecía que estuviese sobre un escenario. Nuestra situación, uno ante el otro, de pie, era extraordinariamente dramática.

Hice una última cosa torpe: le besé la mano.

— ¡Espero que usted se vuelva célebre! — díjome mientras yo levantaba el hermoso cortinado constelado de garzas plateadas.



La celebridad, naturalmente, era inútil. Hoy esa señora conoce lo que valen mis novelas mejor que mis críticos y yo mismo.

Necrología



Srta. María Angélica Neira. — Capital.



Sra. Nieves Esparza de Betbeder. — Capital.



Sra. Elvira C. de Ciaffone. — Capital.



Sra. Angela F. de Fiorito. — Capital.



Srta. Concepción Pérez. — Capital.



Señor Rafael Meo. Capital.



Sr. Gabriel Santeliú. Capital.



José Fernando de Renzis. — Capital.



Señor León A. Durand. — Rosario.

EL CRISTO DE BURGOS

En la magnífica catedral de Burgos, en España, existe una escultura de Jesucristo que es una obra notable por la realidad de su concepción, y a la cual la leyenda le atribuye la propiedad de sangrar todos los viernes.

Edmundo de Amicis se expresa así:

«El famoso Cristo de la catedral de Burgos, que vierte sangre todos los viernes, merece especial mención. El sacristán os hace entrar en una capilla misteriosa, cierra las ventanas, enciende dos cirios del altar, tira de un cordón, se descorre una cortina y aparece el Cristo. El que a su vista no echa a correr, es un valiente: un cadáver real y verdadero pendiente de la cruz no causaría más horror. No es una escultura de madera pintada, como los demás Cristos: tiene cabellos, cejas, pestañas, barbas, de verdadero pelo. Las llagas son verdaderas llagas, y el color de la piel, la contracción del rostro, la actitud, la mirada, todo es horriblemente real. Diríase que al tocarlo se ha de sentir el estremecimiento de los miembros y el calor de la sangre; parece que sus labios se mueven para exhalar un lamento. No se puede permanecer allí mucho rato, y a pesar nuestro se vuelve la cara y se dice al sacristán: ¡Lo he visto ya!»

Teófilo Gauthier, hablando de la misma imagen, dice: «El célebre y venerado Cristo de Burgos, que no puede verse hasta después de encendidos los cirios, no es de piedra ni de madera pintada; está forrado (según se asegura) de piel humana, con mucho arte y cuidado. La cabellera es real, los ojos tienen pestañas y la corona es de espinas verdaderas. Nada más lúgubre ni más intranquilizador que el alto fantasma crucificado; la piel, de un tono añejo y obscuro, está surcada por largos hilillos de sangre tan bien imitados que parecen correr realmente. Y no se necesita gran esfuerzo imaginativo para dar crédito a la leyenda, según la cual el Cristo sangra todos los viernes.



PEDRO DOMECQ

El Insuperable Vino Tónico
Aperitivo por excelencia.

Producto elaborado a base de rancios vinos de Jerez, en las mismas Bodegas donde se produce el exquisito y afamado

COÑAC DOMECQ

IMPORTADORES: MERELLO H.nos BUENOS-AIRES

De Córdoba



TANCACHA. — Socios del Lawn Tennis Club, que han tenido una destacada actuación en los últimos torneos organizados por dicha entidad deportiva.

HIMNO AL RIN

Los ríos conducen y arrastran las ideas lo mismo que las mercancías. Todo tiene su papel magnífico en la Creación. Los ríos, como inmensos clarines, cantan al océano la belleza de la tierra, el cultivo de los campos, el esplendor de las ciudades y la gloria de los hombres.

Puedo asegurar que siempre me causa emoción entrar en comunicación, o mejor dicho, en comunión, con esas grandes cosas de la naturaleza, que son también grandes cosas en la historia. Largo rato contemplé ese soberbio y noble río, violento, pero sin furor; salvaje, pero majestuoso. Estaba hinchado y magnífico cuando yo lo atravesé, y enjugaba en las barcas del puente su melena leonada, su barba fangosa. Sus dos orillas se perdían en el crepúsculo. Su ruido era un rugido poderoso y apacible. En ese río de los guerreros y de los pensadores, se encierra toda la historia de Europa, considerada bajo sus dos grandes aspectos: fuerza material y fuerza cerebral.

El Rin lo reune todo. Es rápido como el Ródano, ancho como el Loire, encajonado como el Mosa, tortuoso como el Sena, limpio y verde como el Somme, histórico como el Tíber, real como el Danubio, misterioso como el Nilo, sembrado de granos de oro como un río de América, cubierto de fábulas y fantasmas como un río de Asia. En su pendiente, en su curso, en los centros que atraviesa, es la imagen de la civilización, a la que tanto ha servido y a la que tanto ha de servir aún. — VÍCTOR HUGO.

A SARRASQUETA LE HACEN EL CUENTO DE LAS LIMOSNAS

2.ª PARTE



Extr. — Mister Kaloty: ¿encontró a alguien que quiera encargarse de la honrosa misión de repartir la plata?

Kal. — Me topé con uno que se presta rápido, pero temo que, si él parte y reparte, se guarde la mayor parte.



(Sarrasqueta, que ve en el reparto un buen negocio, temiendo se le escape, dice:)

Sarr. — A pesar de mi mucho trabajo en la fábrica de sebo, estoy dispuesto a repartir los cien mil con mis propias manos.



Extr. — ¡Oh! gracias por su sacrificio Nosotros no dudamos de su honradez, pero, para nuestra tranquilidad, precisamos nos ofreciera una pequeña garantía.

Sarr. — Aquí llevo seis mil pesos que acabo de retirar del Banco, de los seiscientos mil que tengo corriendo en cuenta.



Extr. — ¡Admitidos! Aquí está la valija con los cien mil del filántropo. No los contamos por ser tarea larga; basta nuestra conocida caballerosidad. Sus seis mil los contaremos por ser breve la operación.



(Sarrasqueta los cuenta a la vista y, envolviéndolos *en un papel, hace un paquete* con ellos, el que baraja un rato con el otro paquete de la novela, y se lo entrega al extranjero.)

Extr. — Muy bien. Cuando termine el reparto le devolveré los seis mil de la garantía. Tenga la valija con los cien mil.



(Sarrasqueta toma la valija, mete en ella el *otro paquete* y la cierra.)

Extr. — ¡Que goce mucho y reciba las bendiciones de los pobres! Yo paro en el Tranquil Hotel.

Sarr. — Y yo en la fábrica de sebo... Pero, antes de separarnos, ¿podría facilitarme unos pesos para gastos de tranvía, sin necesidad de tocar la herencia?



Extr. — Como hombre de buena posición, no acostumbro a llevar fondos; sólo tengo diez pesos; disponga de ellos.

Ing. — *Pues yo, por más que registro* los fondos de los bolsillos, no encuentro fondos, por estar desfondados.

Sarr. — ¡Adiós, señores!

Extr. — ¡¡Adiós!!

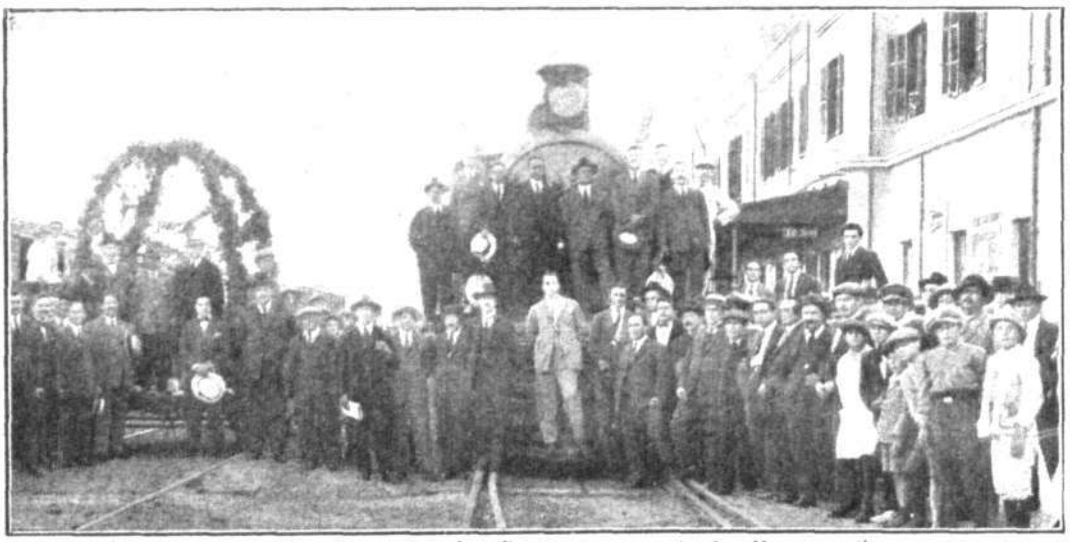


— ¡No se come mal en este modesto restaurant por la módica *cantidad de diez* pesos! ¡Y por la valija darán otros diez!



Extr. — ¡Che! ¡Ese rico tipo nos ha estafado *haciéndonos el cuento* de "Las mil y una noches"! ¡Se llevó en la valija el paquete de los seis mil del ala!


RESERVA
PINOT BLANCO
BODEGAS ARIZU
MENDOZA
Vino
ARIZU
EL ORGULLO
DE LA PRODUCCION
NACIONAL
SOC. ANON. VIÑEDOS
Y BODEGAS-ARIZU
AV. DE MAYO-1035
RIVADAVIA-1032



RIO CUARTO. — Los señores Santiago Fusari y Joaquín Millar, capataz e inspector de calderas respectivamente del F. C. C. A., rodeados por un núcleo de comunes amigos que los hicieron objeto de una demostración de aprecio por su reciente jubilación.

MR. FORD PROFETA

Mr. Ford, aspirante a la presidencia de los Estados Unidos, acaba de predecir otra guerra europea en la que intervendrá la nación norteamericana.

El lo ha dicho, y tendrá sus razones. Pero, por sí o por no, más valdría que no llegara a la Primera Magistratura de aquel país, no sea cosa que, desde ella, tratara de que se cumpliera su predicción, triunfando en él el afán de ser profeta.

Un presidente profeta, por otra parte, sería algo tan peligroso y tan raro que más vale que no lo veamos y que no lo sintamos.

EL CANTO DEL POETA

El sol nace en Oriente; diríase al verlo que el genio de la luz vencedor de las sombras, ebrio de orgullo y majestad, se lanza en triunfo sobre su carro de diamantes, dejando en pos de sí, como la estela de un buque, el polvo de oro que levantan sus corceles en el pavimento de los cielos. Las aguas, los bosques, las aves, el espacio, los mundos tienen una sola voz, y esta voz *entona el himno* del día. ¿Quién no siente saltar su corazón de júbilo a los ecos de este solemne cántico? — GUSTAVO A. BÉCQUER.

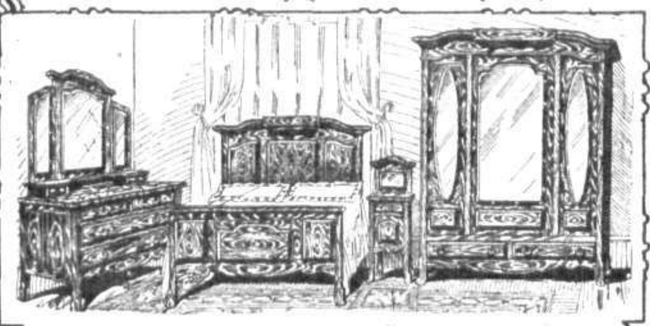
Sirlin Hnos
Muebles

CORRIENTES 1172-80
BUENOS · AIRES

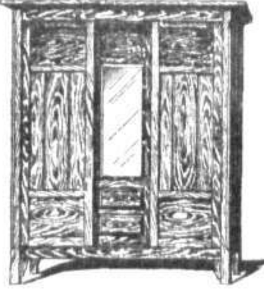
GRANDES ALMACENES DE MUEBLES

HAGA DE SU CASA UN LUGAR CONFORTABLE

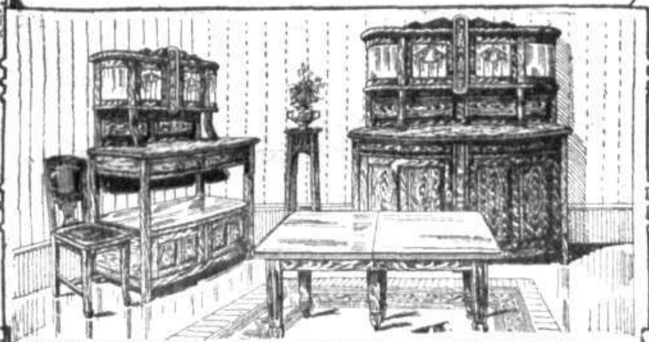
Para ello le ofrecemos muebles de estilos modernos, de acabados perfectos, los que de por sí darán vida y un sello de distinción a su hogar.
Estamos reedificando y por falta de espacio, vendemos a precios increíbles. Visítenos.



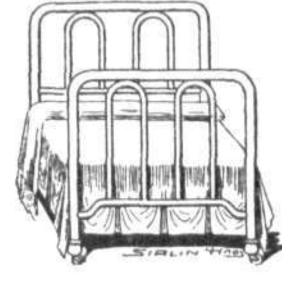
JUEGO DE DORMITORIO, 3 cuerpos, amplio formato, en roble norteamericano, macizo, lunas biseladas Saint Gobain, mármoles de Carrara veteados en colores, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero metros 1.60, 1 lavatorio forma cómoda, 1 cama matrimonial, con elástico reforzado, 2 mesas de luz con espejos y 2 sillas. **El juego completo,** según detalle......... $ **550.—**



GUARDARROPA construído en nogalina, maciza, imitación roble, lustre y acabado perfecto, puertas corredizas sobre rieles, luna biselada, herrajes de bronce; medidas: alto 215 centímetros, ancho 143 centímetros. **Precio de gran reclame**.................... $ **85.—**



JUEGO DE COMEDOR, de roble norteamericano, lustre claro u obscuro, estilo bombée. Compuesto de: 1 aparador de gran formato, cristales armados en bronce, 1 trinchante, 1 mesa con tabla de agregar y 6 sillas tapizadas en cuero búfalo; herrajes de bronce, mármoles de color rosado. **El juego completo**................ $ **430.—**



CAMA DE HIERRO esmaltada al laqué, con elástico imperial reforzado a doble tejido, todo en hierro; 2 plazas, **$ 45.—**; 1 ½ plaza, **$ 35.—**; 1 plaza..................... $ **25.—**



JUEGO DE DORMITORIO construído en roble norteamericano, macizo, lustre a muñeca, lunas biseladas ovaladas, mármoles de color, herrajes y aplicaciones de bronce. Compuesto de: 1 ropero amplio formato, 1 cama matrimonial con elástico reforzado, 1 mesa de luz con repisa y 1 «toilette» forma cómoda. **El juego completo.** $ **300.—**



CAMA DE BRONCE, modelo 55, con elástico imperial. De 2 plaza, metros 1.38 **$ 120.—**; 1 ½ plaza metro 1.05 **$ 100.—**; 1 plaza metros 0,90 pesos........................ **65.—**

PEDIDOS. Los pedidos que recibimos por carta, merecen toda nuestra atención, y los atendemos con la misma preferencia que si nos fueran hechos personalmente.

CATALOGOS

General de MUEBLES edic - Nº 9.
CAMAS de BRONCE " " Nº 2.
CAMAS de HIERRO esmalt " Nº 1.
JUEGOS de MIMBRE " " Nº 3.

CATALOGOS. Al solicitar catálogo, rogamos mencionar el artículo que se desea, a fin de remitir el catálogo correspondiente.



FEDERACION. — Concurrentes al picnic organizado por el "San Martín Foot-Ball-Club" celebrando el triunfo obtenido por el equipo de esta entidad al adjudicarse la copa Guerrero y Compañía.

INFELIZ DE LA QUE NACE HERMOSA

Refiere la «Revue Francaise» que miss Edith P..., primer premio del concurso de belleza de Ohio (Estados Unidos de América), deplora las consecuencias de ese «éxito», que tantas mujeres le envidiarán.

Su vida, desde el siguiente día del *triunfo, se ha hecho infernal.*

«En el mes que siguió — dice ella — recibí 3.708 demandas de matrimonio. Había entre los pretendientes jockeys, sabios, millonarios, limpiabotas, negociantes, jugadores profesionales de billar, remendones de sillas, negros, etc., etc. Por mí, muchos jóvenes han roto con sus prometidas. Soy yo la causante de desgracias, desesperaciones, e innumerables querellas. Y *mi novio, a quien amaba,* me ha dejado. Era yo demasiado célebre y me ha abandonado para casarse con una joven menos bella».

Con razón dijo el poeta: «Infeliz de la que nace hermosa».

LA NUEVA ENFERMEDAD DE LA RADIOMANÍA

La señora Coró White, de Minneápolis, ha pedido el divorcio, fundándose en que su marido sufre hace dos años de radiomanía. Según ella, su esposo pasa las noches ante su aparato de radiotelegrafía, y obliga a su mujer a escuchar los mensajes de todo el mundo. La priva, además, así como a sus hijos, de vestidos y coches, gastando todo el dinero en instalaciones y pruebas radiotelegráficas.

La señora White acusa también a su marido de emplear un lenguaje poco correcto cuando las estaciones próximas interrumpen sus esfuerzos para obtener mensajes a larga distancia. Y, por último, es víctima de terribles accesos de cólera cuando no consigue establecer la comunicación.



EL VOCABULARIO MATERNO

es el más ricó y el más expresivo cuando traduce los sentimientos que inspira el amor del hijo, sea en los momentos de dicha, como en los de dolor.

El regocijo que se experimenta al contemplar a un hijo sano y contento, puede repetirse en todos los hogares donde el **AFRICANA EXTRACTO DOBLE** sea el tónico por excelencia para fortificar el organismo de la madre, durante la época de la lactancia.

En la comida y a toda hora.

AFRICANA EXTRACTO DOBLE

ELABORADO POR LA

Cía. CERVECERIA BIECKERT Ltda.

SAN JUAN, 3334 BUENOS AIRES

LA "ESTRELLITA"

COMEDIA

Por GEORGES DOLLEY



GOMITA, *7 años*. — EL PADRE. — LA MADRE. — EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — UN CRIADO.

(*La decoración representa un salón suntuoso, pero de evidente mal gusto. Al levantarse el telón, el padre y la madre se pasean nerviosamente. La madre toca el timbre. Un criado con calzón de raso rojo aparece.*)

ESCENA ÚNICA

LA MADRE. — ¿Ha llegado mi hijo?

EL CRIADO. — No, señora.

EL PADRE. — ¿No ha llegado Gomita?

EL CRIADO. — No, señor.

LA MADRE. — ¿Salió con la institutriz?

EL CRIADO. — Sí, señora.

LA MADRE. — En cuanto llegue, hágalo venir. (*El criado se inclina.*) Y ahora, mándese mudar.

EL CRIADO (*saliendo*). — ¡Tanto orgullo por ser los padres de ese mocoso!

LA MADRE. — Estoy inquieta.

EL PADRE. — Yo tiemblo. Si le hubiera ocurrido algo...

LA MADRE. — Una caída, un accidente, y ¡qué pérdida para el Arte!

EL PADRE. — ¿Y si lo hubieran robado? La gente nos tiene envidia.

LA MADRE. — ¡El, que es la estrella del cinematógrafo moderno!

EL PADRE. — ¡Gomita, que es el artista más grande del mundo! ¡Cien veces superior al famoso Kid!

LA MADRE. — Gomita, de quien todo el mundo habla.

EL PADRE. — Yo me pregunto cómo nosotros, siendo tan burros, hemos podido concebir un genio tal.

LA MADRE. — ¡Decir que soy madre de una estrella!

EL PADRE. — Antes de su fama, era yo un empleadito que ganaba cien pesos mensuales, víctima perpetua del patrón.

LA MADRE. — Yo era la cajera...

EL PADRE. — Almorzábamos en una lechería...

LA MADRE. — Me vestía ridículamente modesta.

EL PADRE. — Hasta que Gomita debutó en el cine. Fué, entonces, la gloria, el hartazgo. Ahora gana ciento cincuenta mil pesos al mes. Tenemos un palacio lujoso. Dos autos. Cinco sirvientes. Y me viste el mejor sastre del mundo.

LA MADRE. — Mis vestidos vienen de la calle de la «Paix» y mis perlas asombran por lo famosas.

EL PADRE. — Gomita nos ha dado la riqueza.

LA MADRE. — Y la gloria. Su retrato sale en todos los diarios.

EL PADRE. — Eso se refleja sobre nosotros. En mis tarjetas he hecho poner: Floripondio Durand, padre de Gomita.

EL PADRE Y LA MADRE. — ¡Gloria a Gomita!

(*La puerta se abre. Aparece Gomita, majestuoso, importante. Avanza. Detrás de él marcha el valet, quien arrima un sillón sobre el cual Gomita se sienta. El valet hace una profunda reverencia y sale.*)

LA MADRE. — Buenos días, querido.

EL PADRE. — Buen día, tesoro.

GOMITA (*distraído*). — Buen día, buen día.

LA MADRE. — Hueles a alcohol.

GOMITA. — Tomé cinco copetines.

EL PADRE. — Te arruinarás, querido, el estómago.

GOMITA. — ¡Bah! Cuando estabas en tu oficina, ¿cuántos copetines te tomabas, padre?

LA MADRE. — ¡Qué chistoso!

EL PADRE. — ¡Je, je! Siempre espiritual.

(*Gomita saca un habano de su bolsillo y llama. Un criado llega, enciende el cigarro y, después de hacer una reverencia, se va.*)

EL PADRE. — ¡A los siete años! ¡Qué adelantado para la edad que tiene! Te hará mal un cigarro tan grande.

LA MADRE. — Si fuera un cigarrillo, vaya y pase.

GOMITA. — Papá, si me discutes te suprimo el tabaco de la semana.

EL PADRE. — Eres un comilón.

LA MADRE. — No es como los otros, es un genio.

GOMITA. — ¿Qué hay para almorzar? Los copetines me han hartado.

LA MADRE. — Algo que te gusta muchísimo, tesoro: una langosta.

GOMITA. — Está bueno.

EL PADRE. — Yo no comeré porque me sale urticaria.

GOMITA. — Sí, comerás...

EL PADRE. — No...

GOMITA. — Si no comes langosta te suprimo el postre. Antes de trabajar para el cine, si yo no comía la sopa, me quitaban el postre. A cada uno su turno.

EL PADRE (*amargamente*). — Bueno, comeré.

GOMITA. — Tengo sed.

LA MADRE. — ¿Quieres un refresco?

GOMITA. — Con soda.

(*La madre llama y aparece un criado.*)

LA MADRE. — Traiga un refresco y un sifón.

GOMITA. — Madre: viniendo para casa, he visto mi retrato en las paredes.

EL PADRE. — ¡Qué orgullo para nosotros! Esto no me lo sospeché nunca, antes, cuando mandaba circulares.

LA MADRE. — Ni yo, cuando era cajera...

(*El criado entra con la bandeja, el refresco y el sifón.*)

GOMITA. — ¿Una ducha, papá?

(*Toma el sifón y lo descarga sobre el padre.*).

EL PADRE. — ¿Qué estás haciendo?

GOMITA. — Y... me divierto un poco...

EL PADRE. — Quédate quieto.

GOMITA. — ¡No se puede divertir ahora!

(*Rocía de nuevo al padre, que chorrea por los cuatro costados.*)

EL PADRE. — Termina de una vez, que estoy hecho una sopa.

LA MADRE. — ¡Qué travieso es!

EL PADRE. — ¡Termina, caray!

GOMITA. — ¡Qué lindo estás con esos ojos tan redondos!

EL PADRE (*a quien la mostaza comienza a subírsele a la nariz*). — Te digo que te quedes quieto.

(*La estrellita continúa y un chorro de soda da en los ojos del padre, quien grita*: «¡Ay, mi ojo!», *se precipita sobre su hijo, lo toma bajo el brazo y lo castiga lindamente. La madre lo mira estupefacta.*)

GOMITA. — ¡Ay, ay, ay! ¡Me han castigado, a mí, a Gomita!

(*Se sienta en su sillón, sombrío y silencioso.*)

LA MADRE (*asombrada*). — ¿Qué has hecho? ¿Te has vuelto loco?

EL PADRE. — Me ha hecho mal. Tengo el ojo todo colorado.

LA MADRE. — Esto sí que es bonito.

EL PADRE. — Estaba yo fuera de mí.

UN CRIADO (*entrando*). — Está el director artístico del señor Gomita.

LA MADRE. — Hágalo pasar.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Buenos días, señores Durand. Buen día, Gomita.

GOMITA (*enfurruñado*). — Buen día.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — ¡Peste! El pequeño parece de mal humor.

LA MADRE. — No haga Vd. caso, son los nervios.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Queridos amigos: vengo a anunciarles que se va a filmar una nueva película en cuyo éxito confiamos mucho: «El Caballero de la merienda» o «El Misterio de la ocarina», continuación de «La Cocotte», que ustedes ya han visto triunfar.

LA MADRE. — Gomita estaba delicioso.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Perfecto, de primer orden. En este nuevo film nuestra «estrellita» tiene un papel de principalísima importancia.

EL PADRE(*a la madre*). — Señora, somos los «ases» de cine.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Hay quince millones de gastos previstos y se comenzará a trabajar mañana. Venía a pedirles que llevaran al jovencito.

GOMITA (*levantándose*). — ¡No!

EL PADRE, LA MADRE, EL DIRECTOR ARTÍSTICO.— ¿Qué?

GOMITA. — No iré, ni mañana ni nunca. No filmaré nunca más.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — ¿Por qué?

GOMITA. — Por razones de índole privada.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO (*riendo*). — Ya cambiarás de opinión, querido.

GOMITA. — ¡Jamás! Juro sobre la cabeza de papá que no trabajaré más para el cine.

LA MADRE. — Es un gran porfiado. Lo hará como lo dice.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — ¡Peste! Esto se pone serio. Todos los artistas están ya contratados. Es necesario que mañana estés en el estudio, querido.

GOMITA. — ¡Jamás!

EL DIRECTOR ARTÍSTICO (*a los padres*). — Ustedes saben que si mañana el chico no está allá o no quiere filmar más, deberán pagar una multa de trescientos mil pesos.

EL PADRE (*aparte*). — Sí que la hice buena.

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Yo les traía el sueldo del mes, un cheque de ciento cincuenta mil pesos. Pero después de este incidente no esperen a que se los entregue.

LA MADRE. — ¡Diablos!

EL DIRECTOR ARTÍSTICO. — Se los entregaré mañana, en el estudio. Espero que, gracias a sus consejos oportunos, Gomita cambiará de opinión. Hasta mañana, señores. (*Sale.*)

LA MADRE. — Esto va a ser lindo si no quiere trabajar más.

EL PADRE. — En buena nos hemos metido.

LA MADRE. — La miseria, la obscuridad. Tú has herido su dignidad. (*Pausa.*) ¡Floripondio!

EL PADRE. — ¿Qué, mujer?

LA MADRE. — Anda a pedir disculpas a nuestro hijo.

EL PADRE. — Pero tú crees que un padre...

LA MADRE. — No se trata de un hijo como otro cualquiera. Anda a disculparte...

EL PADRE (*acercándose a Gomita*). — Hijo mío, te pido perdón.

GOMITA. — Bien; te perdono.

EL PADRE. — ¡Uf!

LA MADRE. — ¿Volverás al cine, precioso?

GOMITA. — ¡Jamás; papá me ha castigado!

LA MADRE. — Tu padre te pidió disculpas ya. Dime qué quieres, qué se te antoja: ¿un caballo, un auto?

GOMITA. — Nada. No era necesario que papá me castigara.

LA MADRE. — Todo lo que quieras se hará.

GOMITA (*con lágrimas en los ojos*). — ¿De veras?

LA MADRE. — Sí, Gomita, queridito.

GOMITA (*en tono grandioso*). — Pues bien. ¿Qué es lo que quiero? Quiero devolverle la paliza a papá.

EL PADRE, LA MADRE. — ¿Qué?

GOMITA. — Solamente así volveré a trabajar para el cine.

EL PADRE. — Este chico está loco de remate.

LA MADRE. — Después de todo, es natural. Tú lo has herido en su dignidad de artista. La ley del Talión: ojo por ojo, diente por diente.

EL PADRE (*sombrío*). — Paliza por paliza...

GOMITA. — Sí, señor.

LA MADRE. — Tú conoces al chico: es porfiado. Si rehusas, son trescientos mil pesos que debemos pagar; y después no ganaremos un centavo más. Será la miseria, tendremos que vender los autos, las joyas, la casa, mis vestidos, tus ropas. Piensa en la alegría de tus amigos. Tendrás que volver a la miserable oficina y yo a mi odioso empleo de cajera. En fin, ¡la catástrofe!

EL PADRE (*a Gomita*). — Entonces, si yo no acepto, ¿no filmarás más?

GOMITA. — Nunca, jamás.

EL PADRE (*levantando los ojos al cielo y dirigiéndose a la madre*). — Anda y cierra la puerta con llave.

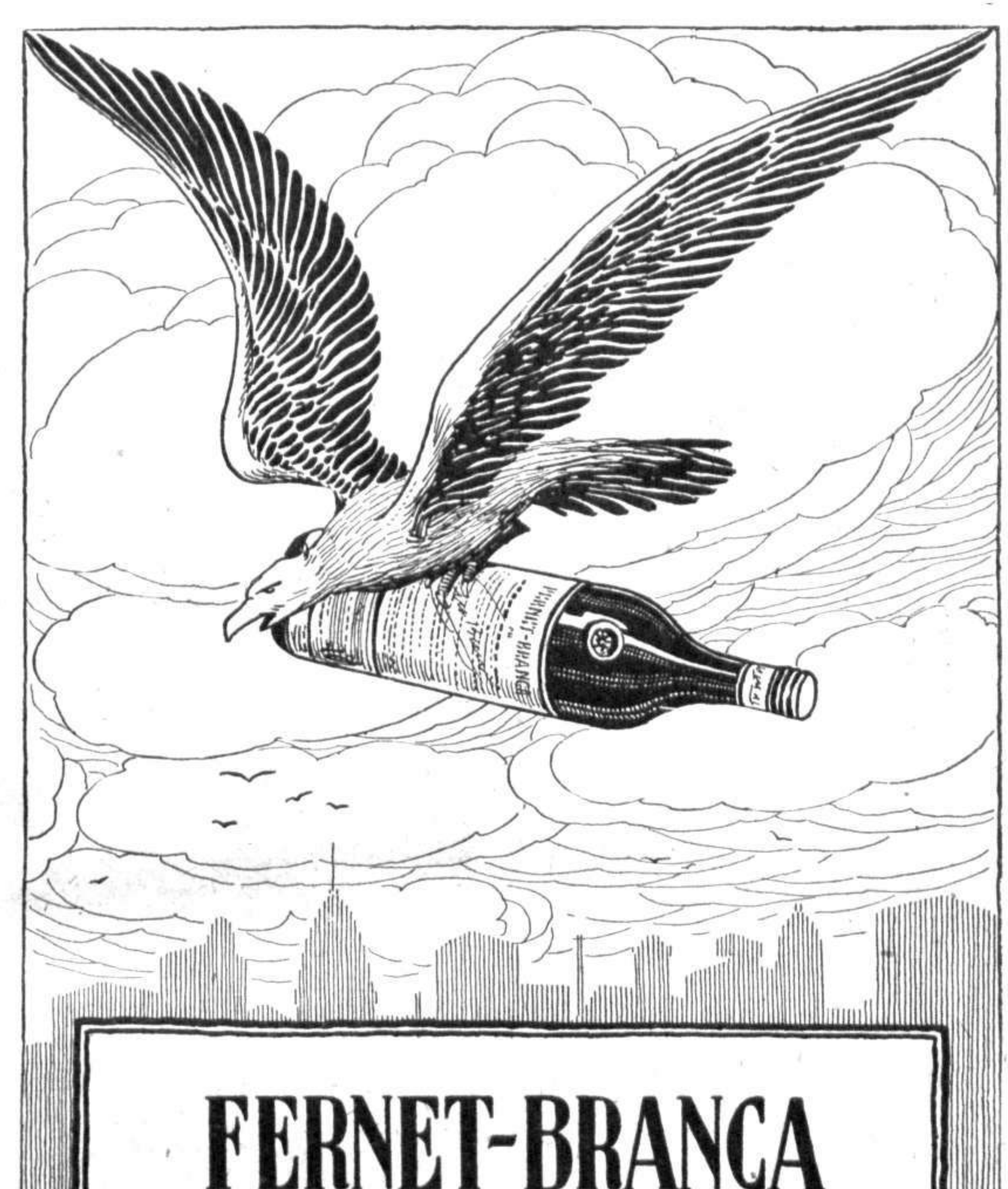
LA MADRE. — ¡Ah, por fin consientes!

EL PADRE. — No hay más remedio. ¡Es por el Arte!

(*Se agacha lentamente. Gomita avanza, radiante, con la mano derecha levantada. El telón baja...*)



Grupo de profesores entrerrianos que realizó una interesante jira por las provincias del Norte, habiendo sido agasajado por sus colegas locales durante su paso por esta ciudad.



Bodas de Oro y Plata


Sra. Rosario Palopolí de Jovarone y señor Vicente Jovarone cuyas bodas de plata han celebrado recientemente. — Capital.


Los esposos Lofredo rodeados por sus hijos el día en que festejaron el 25.° aniversario de su enlace. — S. A. de Areco.


Señora Luisa Baclo y señor Lorenzo Ramassa que conmemoraron sus bodas de oro matrimoniales. — Pilar.


Los esposos De Vila que festejaron últimamente sus bodas de plata. — Bragado.


Señora María V. de Guerra y señor Vicente Guerra en cuyas bodas de oro han sido cariñosamente agasajados. — Capital.



HOJAS DE ROSA

Jamás una persona que esté sujeta al penoso mal de las laboriosas y tardías digestiones, podrá ostentar en su tez esa suave, despercudida, fina y sonrosada contextura que hace exclamar a las gentes, tratándose sobre todo de una mujer joven y bonita: ¡Si son hojas de rosa!

Así como las rosas mismas no florecen frescas y lozanas cuando las calcina el sol y la tierra áspera y dura no les proporciona las substancias necesarias para su desarrollo, así la flor humana se marchita y arruga, cuando su aparato digestivo no funciona con regularidad y eficacia.

Las damas ocurren generalmente a afeites a base de substancias minerales, para ocultar los vicios o imperfecciones de un mal cutis, sucediendo con esto lo que sucedería si un jardinero ignorante quisiera esmaltar los pétalos de las flores naturales con pinturas y colores corrosivos.

Hay, pues, que atacar el mal en la raíz. Hay que modificar el sistema digestivo, que gobierna el sistema circulatorio. La sangre pura forma los tejidos sanos y mórbidos, y la piel, que es la expresión externa de éstos, se suaviza, limpia y aterciopela, debido a la riqueza de esa generosa corriente en la que residen la vida y la salud.

Las Pildoritas REUTER

que normalizan la digestión y expelen del organismo los productos nocivos, favorecen la asimilación de los alimentos y la formación de los glóbulos rojos y son hoy tal vez el único agente misterioso de todas esas bellísimas y deslumbrantes contexturas de mujer, que nos dejan extáticos por la soberana hermosura de sus semblantes, ante los que las rosas verdaderas se doblegan en un saludo de admiración.

Por esta razón no hay mujer bella que no haga uso de las Pildoritas Reuter, que con su eficaz y evidente acción coadyuvan a mantener el prestigio de su juventud y su hermosura.

REUTER'S LITTLE PILLS FOR THE LIVER
ESTREÑIMIENTO
DISPEPSIA
DOLOR DE CABEZA
BILIOSIDAD

Unicos Importadores: **I L L A y Cía.** MAIPU, 73 BUENOS AIRES

PUNTA rayada en el Eversharp, cilindro de metal en la pluma Wahl, e idéntico diseño en ambos, identifican a los mejores útiles de escribir.

Los hay grabados con los mismos artísticos diseños. Los que le convienen en tamaño, estilo y precio, están entre ellos.

De venta en los mejores establecimientos de todas partes.

MAYON LIMITADA
AVENIDA DE MAYO 1245
BUENOS AIRES



PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1

Intercalación comprimida, por Jacobo Zaslabsky (Ciudad).



N.º 2

Intercalación, por L. Centenari (El Palomar, F. C. P.)

Dentro de un "pescado"
puse una "vocal"
y el "nombre" he formado
de un sabio inmortal.

N.º 3

Amputación, por L. Centenari (El Palomar, F. C. P.)

"Planta" funesta
que atosiga y deleita.
"Juego" campechano
propio del paisano.

N.º 4

Intercalación comprimida, por María Carmen Rivero (Ciudad).

BUBÓ GALGO **NICA**

N.º 5

Triángulo, por María Carmen Rivero (Ciudad)

0 0 0 0
0 0 0
0 0
0

Substituir los ceros de manera que se lea horizontal y verticalmente de arriba abajo y de derecha a izquierda: 1.º juego de naipes, 2.º animal, 3.º artículo y 4.º vocal.

N.º 6

Frase en jeroglífico, por Oscar Anastasi (Gualeguaychú, Entre Ríos).



N.º 7

Charadístico, por Susana M. Rodriguez Marín (Chascomús, F. C. S.).

Mi 1.ª y 2.ª mueble
Mi 2.ª y 4.ª yerba
Mi 4.ª y 3.ª pájaro
Mi todo a bordo.

N.º 8

Combinación, por Susana M. Rodriguez Marín (Chascomús, F. C. S.).

E	N	L		O	B	H
4	2	1	Y	5	1	1
M	R	S	1	D	P	I
1	2	2		2	3	2

Repetir las letras tantas veces como indican los números que se hallan debajo de cada una de ellas de modo que formen un conocido refrán.

N.º 9

Acróstico jeroglífico, por Susana M. Rodriguez Marín (Chascomús, F. C. S.).

ECUADOR
NECOCHEA
DINAMARCA
ARGENTINA
LUGO
INDIA
ASIA

Combinar la colocación de manera que con la primera letra de cada una de las palabras se forme un nombre de mujer.

N.º 10

Comprimido, por «Rey Chico» (Ciudad).

DEVOTA OO

N.º 11

Comprimido, por «Rey Chico» (Ciudad).



N.º 12

Charadístico, por «Universalárico» (Ciudad). Fuera de concurso.

1.ª y 4.ª	3.ª y 2.ª
AVE	**FRUTA**
TODO: TERRAPLEN	

N.º 13

Charadístico, por «Universalárico» (Ciudad) Fuera de concurso.

1.ª y 4.ª	2.ª y 3.ª
EN EL PAIS	**DRAMATURGO ESPAÑOL**
TODO: EN EL MAR	

N.º 14

Comprimido, por César Gil (San Pedro).

ANIMAL RECIPIENTE

N.º 15

Intercalación, por César Gil (San Pedro).

NOTA MA NOTA

N.º 16

Refrán comprimido, por Francisco J. López (Ciudad).



A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente; en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir también los del interior y exterior.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

CONCURSO DE PASATIEMPOS
MARZO DE 1924.
CUPON N.º 1327.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito ha obtenido en nuestros números anteriores, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pié del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.

Concurso de Febrero. — Se reciben soluciones hasta el 10 de Marzo inclusive.



El Dr. Guillermo Remis, nuevo presidente del "Club Atlético All-Boys", rodeado por los demás miembros que integran la lista y por algunos de los asociados que concurrieron a la Asamblea electoral.

RAYOS Y SOMBRAS

El bruto se mueve invariablemente dentro de su esfera y el elemento se rige por sus reglas. El molusco vive en las olas y el águila en la nieve. Todo en el mundo tiene su región, su objeto y su destino. La espuma del mar no es un desecho inútil; el oleaje sabe lo que hace y el viento no ignora quién le impulsa; como el templo que brilla con la claridad suave de las lámparas, obedientes las estrellas brillan en el cielo azul; todas las mañanas, vibrando como santas liras, los pájaros cantan alabanzas al Creador. El ser está lleno de amor y el mundo está lleno de fe. Todo en el mundo observa indefectiblemente su ley y obedece al mandato divino; el pájaro a su instinto y el árbol a sus raíces. El enorme océano que se detiene en la playa, la golondrina que se dirige al Sur, el imán que señala siempre al Norte, la nube amontonada sobre islas de hielo, que, atravesando la altura de los cielos, pasa al soplo del abril desde el Polo hasta el Ecuador, la savia que se esparce por las fibras de las ramas, todos los objetos creados siguen imperturbablemente su marcado camino; ¡sólo el hombre se ha extraviado! En todo el universo, los seres, los montes, los bosques y las praderas, el día que dora el cielo, el agua que lava los barrancos, conservan como el día que salieron de las manos divinas toda su pureza y todo su candor; ¡sólo el hombre ha degenerado! Creado para imperar en la naturaleza y para ser el mejor, se ha convertido en el peor; debiendo florecer como árbol selecto, sólo es un tronco vil con ramaje negro, que la edad desarraiga y que el vicio deshoja, cuyas ramas no ostentan el fruto que Dios quiere recoger; tronco en el que nunca nos apoyamos sin peligro, en el que la sociedad injerta las pasiones. Profunda fué la caída del hombre; ignora y niega, mientras que a su alrededor la Creación afirma; víctima de sus sentidos, cuyo yugo le esclaviza, el hombre vegeta y la coca vive.

VICTOR HUGO.





¡¡Cuidado con las tinturas!!

Absténgase de usar preparaciones peligrosas a base de sales metálicas (plomo, plata, etc.) No olvide que lo barato siempre resulta caro.

USE EL AGUA DE COLONIA

"LA CARMELA"

Es una loción agradable, inofensiva, que no mancha la piel ni la ropa y devuelve a las CANAS su color natural *Exacto:* rubio, dorado, castaño o moreno.

Es un producto ORIGINAL e INIMITABLE, porque **su** acción es debida al oxigeno del aire. Se usa como cualquier loción al peinarse.

Contra la CASPA es insustituíble y garantizamos, con el importe del frasco, que la hace desaparecer TOTALMENTE.

PRECIO DEL FRASCO $ **8.**— m/n.

Agregar a los pedidos del interior $ 0.50 para franqueo y embalaje.

J. L. CONDE y Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 426 BUENOS AIRES

¿Sois anémicas?

Recurrid confiadas al médicamento siempre eficaz

DINAMOFERRIN

FLINDT

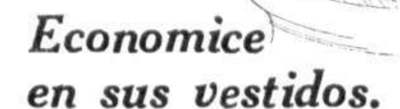
Enriquece la sangre en glóbulos rojos, nutre los nervios, da fuerza a los músculos y vigoriza los energías del cerebro.

Consulte a su médico.

EL FRASCO........... $ ***3.20***

ENSAYE USTED UN FRASCO

EN TODAS LAS FARMACIAS



Economice en sus vestidos.

Con un gasto insignificante, transformará sus vestidos usados, en nuevos, flamantes, si usa

FLORIOL

COLORANTE IDEAL

En todos los colores de moda.

Precio de la pastilla....... $ ***0.80***

EN TODAS LAS FARMACIAS

Envíenos $ 0.20 en estampillas, y recibirá el interesante libro: "LAS ENFERMEDADES MAS COMUNES".

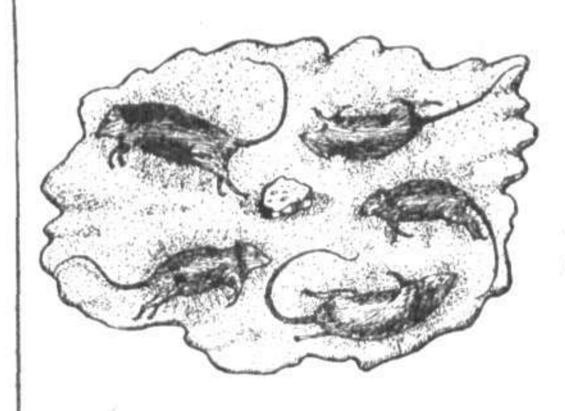
UNICO DEPOSITARIO:

DROGUERIA AMERICANA

Bmé. Mitre, 2176. — Buenos Aires.

De Santiago del Estero

HERRERA. — Parte de los numerosos concurrentes a la gran Fiesta Popular organizada en esta localidad conmemorando el día del Santo Patrono.





NOTABLE PRODUCTO INGLES PARA CAZAR

RATAS Y LAUCHAS

Con una capa de "RATSTICKER" extendida sobre una tabla de madera de 40x50 cms. y colocando un pedazo de queso u otro cebo en el medio

¡LAS RATAS QUEDAN PEGADAS COMO MOSCAS!

Lata chica	de 1/4 libra,	$ 1.50 c/l
» mediana	» 1/2 »	» 2.50 »
» grande	» 1 »	» 3.50 »
» Ex.grande	» 2 »	» 6.30 »

La lata chica es solamente recomendable para cazar lauchas. Envíenos un giro postal o el importe en efectivo y le enviaremos una lata para ensayo.

SOLICITENSE PRECIOS POR MAYOR

"RATSTICKER" NO ES VENENOSO, ES SEGURO, LIMPIO Y COMPRUEBA SU EFECTO DIARIAMENTE

IMPORTADORES: **ANDERSON, LEVANTI & Co.**
ALSINA 471 — BS. AIRES

BREYER

ESTE ES EL PIANO QUE A VD. LE CONVIENE COMPRAR

VENTAS LIBERALES A DOS AÑOS DE PLAZO

CONSULTE NUESTROS PRECIOS

SOLICITENOS CATALOGO Y CONDICIONES

BREYER Hnos.
FLORIDA, 414. — BUENOS AIRES

SUCURSALES en
CORDOBA — TUCUMAN — PARANA — LA PLATA — BAHIA BLANCA — MENDOZA

POLÉMICA EN EL COLEGIO

No es como para afirmar que fuesen hostiles los dos campamentos, no; era que no se comprendían, lo cual no era óbice para que se tratasen condescendientemente.

Uno de ellos consistía, simplemente, en una maestra alta y pálida «del colegio para niños y niñas»; el otro disponía de más abundantes elementos y estaba formado por dos docenas de cabecitas que tenían cortado el cabello a media melena (aunque algunas, muy pocas, lucían trenzas), las cuales se inclinaban sobre los pupitres. Se inclinaban todas hacia el lado izquierdo y asomaban todas sus lengüecitas entre los dientes chiquitines, como de ratón; y al mismo Andrés Riujin le caía un hilillo de babas de tanta atención como estaba prestando.

El chirrido de los pizarrines, el olor de la tinta y los suspiros (que eran su único alivio) llenaban el ámbito escolar.

Detrás de la ventana abierta, iluminada a medias por el sol, se balanceaban unas viejas acacias; sobre la hierba se oía graznar a un cuervo; tan a conciencia lo hacía, que desgarraba el corazón. Desde el río llegaban los gritos jubilosos de los chicos que tomaban el baño, y los rayos del sol semejaban la mano materna que acaricia a su chiquitín; sus rayos se vertían desde el cielo azul... ¡Qué bien, el demonio se lo lleve! Dan ganas de gritar, de cantar, de hacer ruido y salir volando de aquella polvorienta aula del silencioso colegio; correr por la calle somnolienta, llena de calor, brincando y saltando como potritos.

Pero no se puede; hay que estudiar...

Inesperadamente, en medio del trabajo común, se le ocurre a Kapitón Kruglikof hacer una pregunta perturbadora:

— En realidad, ¿para qué estudiamos? ¿Hace falta en efecto?

Kapitón Kruglikof era todo un hombre, atrevido y de fácil palabra.

— ¿Para qué estudiamos? — preguntó, mirando fijamente a la profesora, que se paseaba por la sala.

Parecieron agrandársele los ojos, parte debido a su curiosidad y parte al horror que ya le causaba su atrevimiento.

— ¡Qué chico tan singular eres! — respondió la maestra, sonriendo, mientras le acariciaba la cabeza con su mano suave. — ¿Que para qué estudiar? para ser inteligentes, instruídos; para darse cuenta de todo lo que nos rodea...

— ¿Y si no se estudiara?

— Entonces no existiría la cultura.

— ¿Y eso qué es?

— ¡Ay! Explicártelo de prisa es un poquito difícil. Ya lo expondré de una manera práctica... Si alguno de vosotros estuviese en América...

— Yo he estado — dijo una voz finita, que salía junto a la misma pared.

Todos volvieron la cabeza, como asombrados, hacia la intrépida viajera. «¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido esa voz?».

Por lo visto en las escuelas se cría un diablillo especial que husmea entre los pupitres, tira de las mangas, dirige preguntas y lanza respuestas, echando después la culpa de todo sobre los inocentes discípulos... Por lo visto fué él quien tiró de la sucinta trenza de Natalia Pachkova, le tocó en un costado y le dijo en voz baja: «¡Díle que estuviste, díselo!».

Y se lo dijo, en efecto.

— No está bien mentir, Natalia Pachkova. A ver, ¿cuándo has estado en Nueva York? ¿Con quién?

Natalia hubiera querido verse tragada por la tierra; en verdad, el mismo demonio la había inducido a decir aquello; pero la palabra no es un pájaro, y cuando se escapa, ya no hay posibilidad de recogerla...

— ¡Yo estuve... de veras que estuve!... Anteayer, con papá...

— Mentira, pura mentira. No tiene padre, y anteayer, como hoy, ha permanecido en el colegio, y para ir a Nueva York se necesita disponer por lo menos de tres semanas...

Natalia Pachkova, fácilmente, sin ningún esfuerzo, ve descubierto su embuste por toda la clase y rompe a llorar envuelta en un silencioso y general desdén.

— Pues bien, niños; si alguno de vosotros estuviese en América, vería las inmensas casas de muchos pisos, centenares de tranvías por las calles, electricidad, ascensores... y todo ello merced a la cultura, gracias a los hombres instruídos... ¿Sabéis cuántos años cuenta tal ciudad? No tiene más que ciento cincuenta...

— ¿Y qué había antes allí? — preguntó Andrés Riujin, alzando sus espaldas, que el trabajo había doblado.

— ¿Antes? Comparad con lo que había antes: era un inextricable bosque con gigantescas lianas, poblado por diversas fieras — lobos, panteras — y cuyo término se enlazaba a praderas por las que continuamente discurrían ciervos, bisontes, caballos salvajes... Además, en los bosques y en las praderas vivían indios más espantables aún que las mismas fieras; se mataban unos a otros; daban muerte a los blancos y coleccionaban sus cabelleras... Ahora, comparad, ved qué es mejor: ¿campos y bosques salvajes, con fieras, con indios, sin casas ni electricidad, o calles amplias, tranvías, electricidad y ausencia completa de indios salvajes?...

La profesora soltó aquella retahila y recorrió con su vista, como en triunfo, toda el aula: ¿eh, qué tal?, parecía decir.

— Y ahora, decidme vosotros: ¿qué es mejor, la cultura o una vida como aquella? Por ejemplo, tú, Kapitón Kruglikof, dime: ¿cuándo se vivía mejor, entonces o ahora? Kapitón Kruglikof levantóse y, después de una vacilación momentánea, zumbó como escarabajo de mayo:

— Entonces mejor...

— ¿Qué dices? Fíjate bien, hombre: antes se pasaba muy mal; no existían comodidades; por todas partes no había otra cosa que fieras e indios, y ahora, en cambio, hay casas, tranvías, ascensores... Cuándo era mejor, ¿entonces o ahora?

— Entonces...

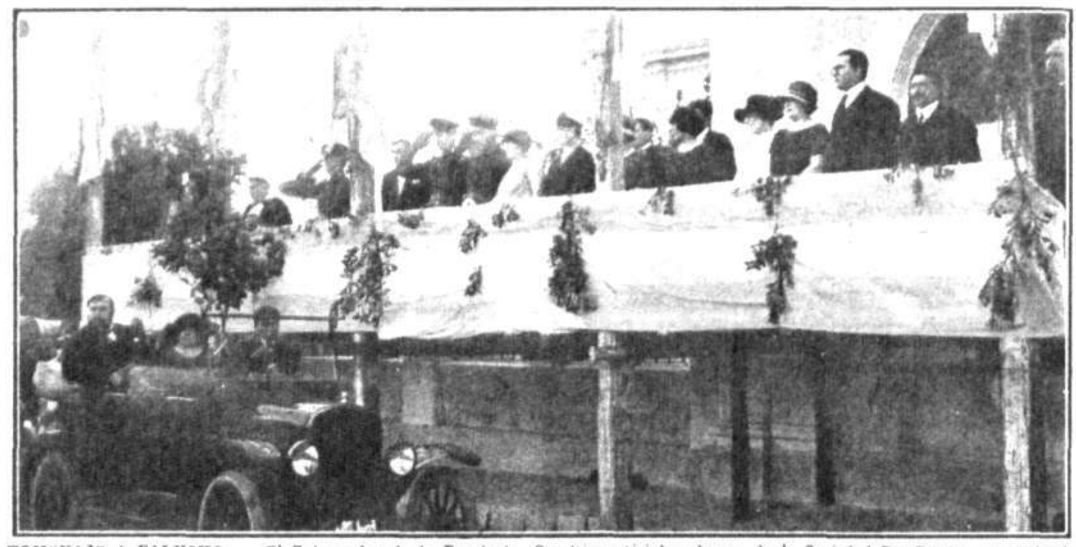
— ¡Ay, Dios mío! A ver tú, Poltoratsky, ¿cuándo era mejor, antes o ahora?

Poltoratsky la miró de reojo con mucha desconfianza. «¿Y si de repente me pone un cero?», y dijo:

— ¡Antes era mejor!
— ¡Ay, Dios mío! Slisniakof, Gabriel...
— Antez, mejol...
— En primer lugar, no se dice *antez* ni *mejol* sino que debe decirse *antes* y *mejor;* pero ¿qué os pasa, niños? ¿Tenéis obturada la cabeza o qué? Ahora tenéis casas, electricidad...
— ¿Y para qué las casas? — preguntó cínicamente el gordo Fitiukof.
— ¿Cómo que para qué? ¿Y dónde duermes si no?
— Junto a una hoguera; se envuelve uno en su manta, y duerme hasta que le de la gana. O puede meterse uno en un carro, ¡Anda, casas!...
Y miró a la maestra con mirada no menos victoriosa que la que ella había esparcido poco antes.
— ¡Pero si no hay electricidad, todo está obscuro y siente uno miedo!
Semión Zavoldayeb miró condescendientemente a la congestionada maestra:
— ¿Obscuro? ¿Y la hoguera? ¿Hay tanto bosque? Pues se enciende cuando a uno se le antoja. Y de día no hacen falta luces...
— ¿Y si viene una fiera?
— ¡Se pone un centinela con un fusil, y que pruebe a venir! Es cosa sabida...
— ¿Y si los indios sorprenden al centinela y después se arrojan sobre vosotros?
— Podemos trabar amistades... Hay buenas razas, decentes...
— Existe una raza que se llaman de Lavorskoy — corroboró un alumno. — ¡Esos no se comen a los blancos!
Las cabecitas se inclinaron y unieron, como si algo misterioso los hubiera juntado, y sus voces cantaban igual que el coro de los gorriones en las ramas de las acacias.
— En su ciudad, el ascensor ha aplastado a un pobre portero... ¡Ahí tiene usted lo que es la ciudad!...
— En su ciudad el tranvía ha partido por la mitad a un chico.
— Además, su ciudad es una cosa aburridísima, y basta — dijo, cortando el razonamiento, Gabriel Slisniakof.
— ¡Sois unos chicos malos! ¡Es que vosotros no habéis estado en un bosque, cercados de fieras, y eso es todo!
— Yo sí que he estado... — cantó la vocecita de Natalia Pachkova, a quien no dejaba en paz «el demonio del colegio».
— ¡Mientes! — gritaron a coro las otras voces, celosas. — ¿Por qué estás siempre mintiendo? Si eso es verdad, ¿cómo no te han devorado las fieras? ¡A ver, di!
— ¡Como que se van a ocupar en comer cualquier cosa! — murmuró mordazmente Kapitón Kruglikof.
— ¡Kruglikof!
— ¿Y por qué ella?... Usted misma acaba de decir que la mentira es pecado. ¡Miente, no hace más que mentir, se lo juro!
— Bueno, está bien. Escuchad, pues, por lo que veo, no me habéis comprendido: ¿Cómo es posible que digáis que antes se vivía mejor, si hoy hay pan, manteca, azúcar, pasteles... Antes no había nada de esto.
— ¡¡Pasteles!!
El golpe ha sido fuerte y hábil; pero Kapitón Kruglikof pudo contener la avalancha.
— ¿Y las frutas: dátiles, plátanos?... ¿No toma usted eso en consideración? Ni hace falta comprarlos; comes cuántos quieres... También hay el árbol del pan, como usted misma nos ha dicho, y caña de azúcar. Se mata un bisonte, se atraca uno de carne, y luego a pasear como un señorito.
— También hay ríos — intervino el experto pescador. — Se coge un alfiler, se hace un anzuelillo, y pescas hasta que te cansas.
La profesora se apretaba las manos contra el pecho, iba de un sitio a otro, gritaba, agitábase, describía todos los encantos de la segura vida urbana; pero todos rechazaban sus sugestiones. No se entendían ambos campamentos. La cultura emprendía sus ataques y los chicos la rechazaban siempre, desalojándola enérgicamente de sus líneas con el encanto de los indios, de las hogueras, de las panteras y de los baobabs.
— Sois unos chicos muy malos, y nada más — murmuró la aniquilada maestra, en una última e ilógica actitud gallarda, tan propia de su sexo. — Vosotros sólo gustáis de los juegos salvajes, disparar balas, y eso es todo. Preguntaremos a las niñas... Claudia Kochkayna, a ver, ¿qué nos vas a decir? ¿Cuándo se vivía mejor, entonces o ahora?
La respuesta fué como el retumbar de un trueno sobre un cielo claro.
— Entonces... — dijo la Kochkayna, pálida y pecosa.
— Pero ¿por qué? A ver, dime, ¿por qué, por qué?
— Entonces había hierbecitas...; a mí me gustan mucho...; había flores...
Y se volvió hacia Kruglikof, el reconocido especialista de la antigua vida salvaje:
— ¿Había flores?
— ¡Las que te diera la gana! — respondió aquél muy animado. — ¡Las había inmensas, así... tropicales, grandísimas y con un olor!... Coge las que quieras... Y en la ciudad sólo encontrarás una rosa pringada, por la que te piden un rublo...
La aniquilada maestra anduvo como loca...
— ¡Que nos lo diga Katia (1) Ivanenko! Katia, ¿cuándo era mejor?
— Entonces...
— ¿Por qué?
— Había bisontitos — dijo la niña con ternura, inclinando dulcemente hacia un lado su rubia cabecita.
— ¿Qué bisontitos?... ¿Los has visto alguna vez?
— Di que los has visto — le apuntó en voz baja la Pachkova, inducida por el «demonio de la escuela».
— Yo no los he visto — confesó Katia ingenuamente — pero de seguro que serán muy bonitos...
Y con los ojos completamente cerrados siguió diciendo:
— Los bisontitos tan bonitos, peluditos, con hociquitos, los cogería entre mis brazos y los besaría...
Kruglikof, especialista en cuestiones de vida salvaje, calló diplomáticamente acerca de esta sugestión bucólica de la sentimental Ivanenko, y la maestra frunció el ceño y dijo con voz entrecortada:
— Está bien... Si sois así, no quiero hablar con vosotras... Acabad vuestros problemas, y el que lo deje sin resolver, que se quede castigado hasta la noche.
Y de nuevo reinó el silencio. Todos resolvieron sus problemas menos la pobre Catalina Ivanenko: el bisontito se interpuso durante todo aquel tiempo entre sus ojos y la pizarra...
Permaneció allí sentada hasta el obscurecer...

(1) Diminutivo de Catalina.

ARCADIO AVERCHENKO



HOMENAJE A FALUCHO. — El Gobernador de la Provincia, Comitiva oficial y damas de la Sociedad Pro-Patria. presenciando los festejos tributados a la memoria del héroe del Callao.

LA RADIOTELEGRAFÍA

SE PUEDE YA HABLAR A CINCO MIL MILLAS DE DISTANCIA. — Aun cuando el campo de acción de la telegrafía sin hilos va aumentando a diario, por muy potentes que fuesen las estaciones transmisoras y receptoras, hasta hoy no se habia logrado comunicarse a cinco mil millas de distancia. Esto ha acontecido al explorador ártico Mac Millan, que se encuentra actualmente a 700 millas del Polo Norte.

Según un mensaje por la telegrafía sin hilos que se le ha interceptado, ya ha podido entenderse con las islas Hawai, que se hallan a 5.000 millas.

El explorador añade que recibe diariamente noticias de los periódicos, radiofonadas desde Oxford y Nauen. Ha oído también mensajes de Holanda, Méjico, Francia, Italia, España, Japón y Noruega. De esta manera — termina diciendo — las largas noches del Polo Norte han perdido su antiguo terror, y todos los expedicionariosse encuentran dichosos y rebosantes de salud.

El marido más afortunado tiene momentos en que la única compañía que necesita es la de su propio sexo.

Cuanto más educado es un hombre, tanto más busca en su biblioteca su alimento espiritual. — LORD HALDANE.



El Más Suave y Más Eficaz de los Purgantes Naturales.

YA NO FALTA MAS EN PLAZA
SE ENCUENTRA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Unicos Representantes para la República Argentina; CAILLON & HAMONET
543, Casilla Correo. — Buenos Aires.

Siente un placer infinito y un deleite que embriaga, toda dama que es admirada por su belleza.

EL POLVO GRASOSO

Brissac.

por sus cualidades de adherencia, invisibilidad y rico perfume, es el auxiliar más indicado para conseguir estos fines.

L. AUBERT y Cía.
JORGE NEWBERY, 3443-65
Unión Telefónica 0945, Chacrita.

De venta en las Tiendas, Farmacias y Perfumerías.

Este cupón es copia del que va dentro de la caja y no tiene ningún valor.

GUARDE ESTE CUPON TIENE VALOR
Serie D
548765
Brissac

Poudre Grasse Brissac
POLVO GRASOSO BRISSAC
BRISSAC

$ 1.60 la caja

El Comisionado Nacional, doctor Carlos F. Gómez, rodeado por sus Ministros y demás altos miembros de la Intervención que lo secundan en su tarea.


Opte por el Sedán Ford de cuatro puertas
Si Vd. necesita el modelo de coche que mejor se adapta a todas las épocas del año, opte por el Sedán Ford de cuatro puertas.
Si aun no lo conoce, visite la agencia Ford más cercana y, sin compromiso alguno,
pida una demostración.
Ford
AUTOS · CAMIONES · TRACTORES



CULTIVOS INDUSTRIALES: LA ACHICORIA DE CAFÉ

La achicoria silvestre (Cichorium intybus) es planta por demás conocida como hortaliza, por sus hojas de sabor amargo para algunos agradable; pero la variedad que es poco conocida, especialmete en nuestro país, es la de café, así llamada porque sus raíces, torradas y molidas, se emplean como sucedáneo del café, producto que se emplea mezclándolo con el café, y que se suministra a los niños o personas que no pueden tolerar el uso del café puro. En nuestro país, para este mismo fin se emplean otras materias primas, como son porotos, triguillo y otros granos, a veces de calidad inferior y de poco precio; de ahí la conveniencia que habría de difundir este cultivo destinado a producir la materia prima con que se elabora un sucedáneo del café aceptado y aprobado por el comercio, la industria y el consumidor.

Pocas son las variedades de achicoria silvestre de café que se distinguen por el desarrollo de su gruesa raíz; entre ellas son renombradas: la de Brabant o Magdebourg, de raíz gruesa con 3 a 4 centímetros de diámetro en su parte mayor y de 50 a 60 centímetros de largo; la de Brunswick, de raíz más gruesa, pero más corta, y la mejorada de Vilmerin.



Achicoria de Magdebourg, de café.

La achicoria prospera bajo todos los climas, aunque prefiere los templados y exige tierras francas, de mediana consistencia, humíferas y sanas, bien preparadas con repetidas y oportunas labores a fin de que queden bien desmenuzadas y mullidas hasta la mayor profundidad; se comprende que su raíz, gruesa y pivotante, no puede penetrar fácilmente a gran profundidad y adquirir el desarrollo necesario para abundante producción, si encuentra un suelo o subsuelo duro o impenetrable.

La siembra se efectúa en primavera, en septiembre u octubre, y puede hacerse en almácigos para trasplantar más tarde, cuando las plantitas tienen dos o tres hojas; o bien en su lugar definitivo, en líneas distantes 30 a 40 centímetros y a igual distancia y menos también, en las líneas, empleándose 8 a 10 kilogramos de semilla por hectárea y bastando la mitad si se siembra en almácigo.

Cuando las plantitas han nacido y tienen sus hojas 8 ó 10 centímetros de altura, hay que proceder a su raleo, dejando en las líneas las mejores, más fuertes y vigorosas y a igual y uniforme distancia. Las labores sucesivas consisten únicamente en carpidas frecuentes y repetidas para mantener limpio el terreno de malezas y removida su superficie.

Hacia fines de otoño o principios de invierno, en abril o mayo, las raíces han adquirido su mayor desarrollo y se puede proceder a su recolección; las hojas, cortadas con hoz o guadaña, pueden emplearse como forrajes, y las raíces se extraen del suelo, arrancándolas o bien, con arado, tratando de no estropearlas demasiado; se dejan orear unos días y se amontonan después conservándose en silos o galpones hasta su utilización industrial.

Una hectárea de achicoria para café puede dar de 4.000 a 5.000 kilogramos de raíces, y en tierras fértiles y adecuadas mucho más también.

Su elaboración industrial es muy sencilla: después de limpiadas las raíces y separadas bien de sus hojas, se cortan en trozos pequeños, que son desecados en estufas; se tuestan después, más o menos como el café; se les da un aspecto lustroso con agregación de manteca u otra substancia grasa; se muelen los trozos, y el polvo se pasa por tamices metálicos y se envasa en tarros de lata para ser empleado solo o para mezclarlo con el café en proporciones adecuadas.

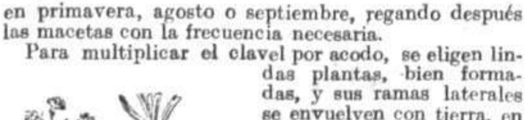
Nuestros chacareros, que gastan en cafés torrados, que por cierto no son de puro caracolillo, podrían proveerse por sí mismos de este artículo, que, mezclado con el café, representaría un producto sano, agradable, y una economía nada despreciable al final del año para su presupuesto doméstico.

ENTRE FLORES: EL CLAVEL Y SU REPRODUCCIÓN

Es el clavel la flor más democratizada por su uso, aunque no todavía por su cultivo; por ello queremos hoy indicar brevemente cómo se multiplica, lo que, en verdad, es de la manera más fácil.

Se reproduce por semilla, por gajo y por acodo. El primer método es poco usado porque frecuentemente las flores resultan sencillas; por gajo y acodo, en cambio, es la manera más empleada.

De las plantas más fuertes, o bien desarrolladas, se eligen los gajos, se separan y se plantan con dos o tres yemas bajo tierra, generalmente en macetas, haciendo una incisión transversal en su base y recortando después las hojas; esta operación suele efectuarse en marzo o abril, o bien en primavera, agosto o septiembre, regando después las macetas con la frecuencia necesaria.



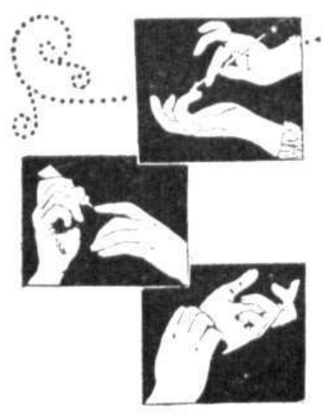




Reproducción del clavel: por estaca y por acodo.

Para multiplicar el clavel por acodo, se eligen lindas plantas, bien formadas, y sus ramas laterales se envuelven con tierra, en un embudo de lata o cartón grueso impermeable, que se mantiene constantemente húmedo; esta operación se efectúa en otoño, después de la floración, y cuando los acodos han prendido y tienen su buen pellón de raíces, se trasplantan con su tierra en macetas; a medida que las plantas se desarrollan se cambian de maceta para que sus raíces se extiendan y adquieran las plantas su más libre y amplio desenvolvimiento

HUGO MIATELLO
INGENIERO AGRÓNOMO



Los secretos de una Manicuración.

¡Son tan pocos los secretos de una manicuración eficaz! ¡Y qué hermosas quedan luego las manos! Las yemas de los dedos se tornan suaves como el pétalo de una flor. Las uñas adquieren un color rosa transparente.

Lo mejor que se ha creado hasta hoy para una buena manicuración es el **CUTEX.** El ha eliminado para siempre todos los cortes peligrosos de la cutícula y algunas otras prácticas molestas.

Manicurarse con **CUTEX** es admirablemente fácil y entretenido. El bonito **Estuche Cutex Compacto** que ilustramos en este anuncio, contiene Líquido para remover la cutícula sin cortarla. Blanco para el borde de las uñas. Pulimento para dar brillo, limas, palillos, etc.

Está en venta en todas las farmacias, perfumerías y tiendas, al precio de **$ 2.60.** *Si en su localidad no lo encuentra, envíe al concesionario en Buenos Aires el importe en giro postal o efectivo, en carta certificada, y a vuelta de correo recibirá su pedido.*

Northam Warren Corporation

New York, E. U. A.

Unico Concesionario: E. HERZFELD, Maipú, 533, Buenos Aires.





REMINGTON UMC

La Superioridad de los Tiros Remington

se debe a la exactitud matemática, uniformidad y seguridad de su fabricación. Inspeccionados con un cuidado extremado y sometidos a numerosos ensayos y pruebas antes de ser lanzados a la venta, son incomparables en cuanto se refiere a precisión, velocidad, penetración y seguridad.

Hasta en las armas baratas los Tiros Remington dan mejor resultado que cualquiera de sus similares.

La Remington Arms Company fabrica más de 700 clases de Tiros para rifles, pistolas y revólveres, desde las pequeñas cápsulas del 22 hasta los de mayores calibres.

En todas las casas del ramo encontrará usted los Tiros Remington adecuados y perfectos en todo sentido para su rifle, pistola o revólver.

REMINGTON ARMS COMPANY, Inc.

25 Broadway - Nueva York - E. U. A.

Representantes: **DONNELL & PALMER - Moreno, 562 - Buenos Aires.**



RESISTENCIA (Chaco). — Grupo de alumnas de la Academia de Corte y Confección que han finalizado sus estudios bajo la dirección de la señora Emma D. de Fonseca.

MUEBLERIA SAN MARTIN

1359, CORRIENTES, 1359 = PEDRO PASQUARIELLO

La Fábrica más GRANDE y ANTIGUA de Sud América—Fundada el año 1870.

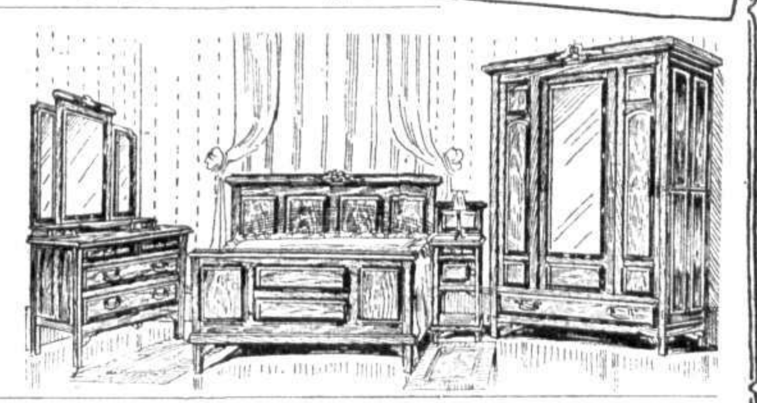


SOLIDO DORMITORIO de roble N. A., macizo, de 3 cuerpos, amplio formato, con ropero de 1.65 metros de ancho, lunas biseladas francesas y mármoles finos, 7 piezas.. $ **485.—**

El mismo juego, con ropero de 1.35 centímetros de ancho, pesos....... **315.—**

Sólido dormitorio de ROBLE MACIZO N. A. con lunas biseladas y finas aplicaciones de bronce completo, 7 piezas.

$ 245





Juego para vestíbulo de BAMBU importado del Japón, compuesto de 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas, 1 mesa de centro y 2 columnas.

$ 95

MODELO EXCLUSIVO DE LA CASA. — Fabricación única de nuestros talleres. Comedor, Vitrinas, gran formato, en cedro-caoba con fina marquetería de París e incrustaciones de palo rosa, compuesto de: Aparador, trinchante con lunas y cristales biselados, mármoles finos, aplicaciones de bronce, mesa para 6 cubiertos y 6 sillas tapizadas en cuero de primera. Como gran reclame

$ 575

Solicite el Nuevo Catálogo 1923





El Ministro doctor Molina, presidiendo el banquete que le fuera ofrecido por un destacado núcleo de vecinos durante su reciente visita a esta localidad

LOS «CHAUFFEURS» EXAMINADOS CIENTÍFICAMENTE

La Escuela Científica de Policía de Méjico acaba de recibir una magnífica adquisición hecha en Europa, consistente en un aparato alemán por el cual se puede, científicamente, indicar la capacidad individual para manejo de automóviles, aeroplanos, vehículos, etc., puesto que dicho aparato fija el equilibrio y la orientación humana.

El aparato consiste en una silla, cuyo nombre es «Mystagimus» y la que actualmente tiene la escuela es el último modelo Barany, que se halla adoptada por todas las policías de las naciones civilizadas. Esta silla no tiene muchas complicaciones; parece el sillón de un dentista, con una base giratoria y un apoyo para la cabeza, movible. Los brazos de la silla tienen un lazo de unión, movible también.

Se sienta al examinando y se le somete a un número determinado de pruebas, a cual más curiosas, que determinan exactamente su equilibrio.

Este examen tiene por base el hecho de que la orientación y el equilibrio radican en el laberinto del oído y caños semi-circulares que están sobre el laberinto. El líquido contenido en ellos está sometido a fluctuaciones, como si, por ejemplo, tomáramos un vaso de agua y le imprimiéramos un movimiento sin que el líquido sobrepasara el nivel. El agua no se vaciaría, pero seguirá girando dentro del recipiente.

El individuo sometido a la prueba sufre un fenómeno psíquico-nervioso en las diferentes pruebas y estos fenómenos son perfectamente visibles y denotan el grado de capacidad en el equilibrio.

Por medio de este procedimiento se podrá saber quiénes están capacitados para el manejo de automóviles y así se podrá evitar multitud de desgracias como a diario se registran impidiendo que sean «chóferes» quienes no llenen determinadas condiciones.

EL MEJOR ELIMINADOR DEL ACIDO URICO CONOCIDO ES LA

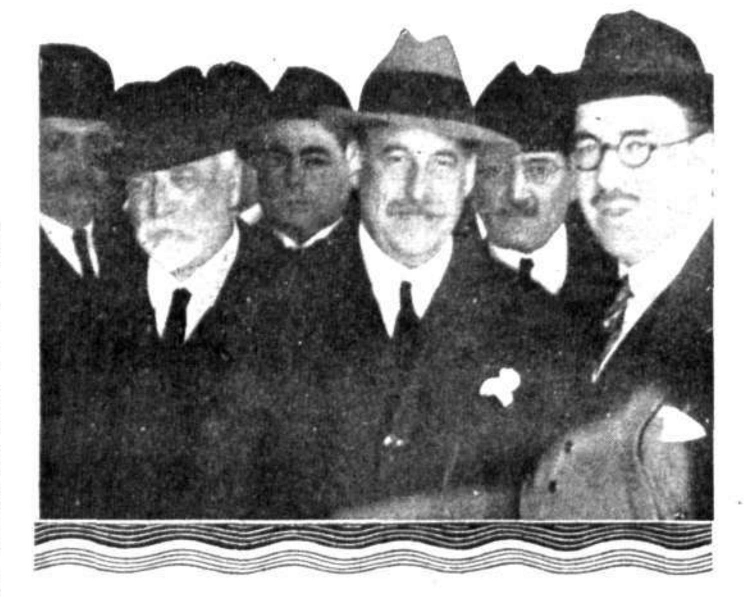
SALVITAE

su sabor es muy agradable y es notable para el reumatismo.

De venta en todas las Farmacias.
Dep.: ILLA & Cía.-Maipú, 73
Buenos Aires

Si no puede usted obtener la SALVITAE en la farmacia donde se surte, le mandaremos un frasco por correo, franco de porte, al recibo de $ 3-60 m/l.





A su arribo de Europa, hemos entrevistado — llevando la honrosa representación de esta Revista — al «leader» del Nacionalismo. El doctor Luis Alberto de Herrera se fué al Viejo Continente un mes después de las elecciones en las cuales perdió la Presidencia de la República apenas por cinco mil votos.

Su partido sigue depositando toda la confianza en el doctor Herrera, de modo que se descuenta el lanzamiento de su candidatura presidencial para las elecciones de 1926.

El doctor Luis Alberto de Herrera — tan conocido en los círculos cultos de Buenos Aires — es una personalidad joven y simpática. Su cabellera, prematuramente canosa, dota de remarcada elegancia la figura. Y contrasta con el aristocratismo de su aspecto y lo esclarecido de su linaje, un carácter sencillo, jovial y afectuoso, por entero democrático.

Pocas veces un político ha logrado mayor ascendiente en la masa de su partido. Y contribuye a este favor, la contextura dinámica del doctor Herrera, que le impulsa a recorrer los centros partidarios de la ciudad y los pueblos de campaña, a la manera de los más activos políticos norteamericanos.

«El tren relámpago» de los nacionalistas (o blancos), surcando, en todas direcciones, la red ferroviaria del Uruguay, días antes de los comicios de noviembre de 1922, es una buena prueba de lo que decimos.

NOTAS DEL URUGUAY

LA PAZ DE AMERICA

SEGUN EL «LEADER» DEL PARTIDO NACIONAL



DECLARACIONES DE ACTUALIDAD DEL DOCTOR LUIS ALBERTO DE HERRERA

El regreso del doctor Luis Alberto de Herrera al país, no obstante los inconvenientes que hubo, por el intempestivo atraque del «Giulio Cesare», fué un acontecimiento. Muchos centenares de amigos lo recibieron en la Dársena y miles de correligionarios desfilaron de noche bajo los balcones del Club Nacional.

Nosotros, conseguidas las declaraciones políticas que insertó la prensa local, y que no interesan al público argentino mayormente, lo dejamos que «reajustara» en el ambiente. Y cuando creímos que debía estar informado de las cosas de América — permaneció en Europa diez meses — lo volvimos a entrevistar.

El doctor Herrera vive en un extremo de Montevideo, en Larrañaga, el barrio de las grandes quintas. Su casa es una verdadera mansión señorial, llena de lujosos aposentos, rodeada de árboles ingentes, envuelta en el perfume de las flores, tan copiosas en esta propicia primavera...

Cuando nosotros llegamos, el distinguido político nos recibió a la puerta. Y luego, en el sencillo escritorio (un cuarto casi estudiantil) donde estudia y escribe, contestó benévolo, gentilmente nuestras preguntas.

— Para mí ha sido una sorpresa encontrar estas nubes, creadas por el armamentismo, en el horizonte americano — empezó por decirnos.

— ¿No tuvo noticias detalladas de la Conferencia de Santiago?...

— Sí. Pero pensé siempre en el buen juicio de los pueblos, ajenos a los secretos diplomáticos que suelen ser una gran calamidad. Ignoro si los otros países necesitan adquirir material bélico. Conozco las razones que da la Argentina para comprar fusiles, cañones y aeroplanos, así como para reformar los buques antiguos de su escuadra. Pero en cuanto al Uruguay afirmo que debe de abstenerse de realizar esa sangría, que de tal modo pesa luego sobre el régimen impositivo de los pueblos.

Hace una pausa y nos expresa en seguida:

— Si hay algún país de América que no sueña con empresas bélicas, ese país es el Uruguay. No concibe ser ni agresor ni agredido. Su política internacional fué y seguirá siendo de una gran lealtad. Esto, tratándose del Uruguay, es ya una tradición. Para el Uruguay, todas las repúblicas son igualmente respetables, bien que con algunas se sienta ligada con vínculos espirituales más fuertes. En ese caso está la Argentina. A bordo del «Giulio Cesare» — añade — hablaba con buenos camaradas argentinos, quienes, como yo, no comprendían, ¡no concebían! que la paz de Sud América pudiera alguna vez turbarse.

En los ojos claros e inteligentes de nuestro visitado — que es Presidente del Directorio del Partido Nacional — juguetea una sonrisa traviesa:

— Se gastarán sumas incalculables en armamentos y cuando los pertrechos pesen, como lo que son, acero y plomo, sobre la economía pública, sucederá lo que al caballero armado, que tuvo que arremeter contra molinos de viento. Y concluye sus declaraciones el popular y batallador político:

— Volviendo al caso del Uruguay, diré que mi patria tiene ya marcado su destino: una conducta de moderación, de fuerza social, de justicia continental... Queremos y debemos levantar, cada vez más, el edificio de nuestra personalidad moral. América debe ser continente de paz. Realicemos el programa de trabajo que exigen estos pueblos nuevos, de tierras vírgenes y feraces. Nuestra labor ha de resultar fecunda, pacífica... Dejemos las empresas bélicas, en todo caso, para fines del siglo. Si ello es fatal, que peleen nuestros tataranietos.

A. RUBÍN DE CELIS



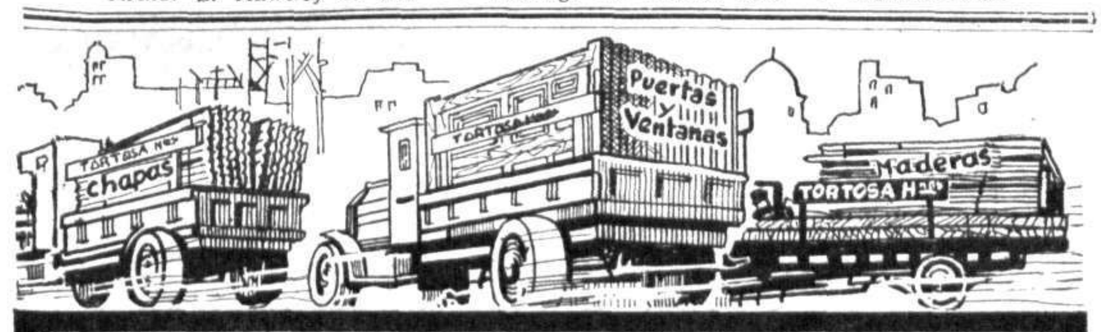
Controle los Gastos de su Automóvil.

Instale un Velocímetro Stewart, que a la vez que indica la velocidad, registra los kilómetros recorridos, permitiendo establecer el consumo por cada kilómetro.



ACCESORIOS DE CALIDAD

Arthur S. Hawtrey & Cía. — Santiago del Estero, 354. — Buenos Aires.



Nuestras entregas rápidas

Puerta para patio N.º 1



mediante nuestro servicio de AUTOCAMIONES; la perfección y solidez de las PUERTAS y VENTANAS DE CEDRO que fabricamos, y el argumento decisivo de que son más baratas que las de madera inferior, significan para el interesado

VENTAJAS INAPRECIABLES

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: 1 - 2 - 3 - 4 - 13 - 14 - 15 - 16 - 17 - 18 19 - 20 - 21 - 22 - 23 - 24 - 25 - 26 - 27 35 - 36 - 47 - 48 - 51 - 52.

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Acordamos 5 % de descuento.

Ventana N.º 13

de cedro

Puerta N.º 1
De 3.00x1.10 c/u. $ 94
» 2.80x1.10 » » 92
» 2.60x1.00 » » 89

Ventana N.º 13
De 2.40x1.00 c/u. $ 78
» 2.20x0.90 » » 72
» 2.00x0.80 » » 68

SOLICITE CATALOGO

TORTOSA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires


OJEDA (Pampa). — Directora y personal docente de la Escuela Hogar Agrícola de esta localidad.


Esperando turno para ordeñar.


Alumnas en la clase práctica de cocina.


Alumnas que concurren a dicho establecimiento y cuyo número superó los cálculos del P. E. N. al decretar su creación.



MASCARAS

(Traducción de

El tren iba a partir. René Larange seguía por el andén al mozo de cuerda cargado con sus valijas que se apuraba por llegar a los vagones de primera clase.

—Aquí, señor.

El changador subió a unos de los coches, encontró en un compartimento del medio la plaza retenida, acomodó las valijas en la red, recibió su propina y descendió en el preciso momento en que el tren partía. René Larange depositó sobre el asiento el sobretodo elegante que traía en el brazo. Sentóse. En el compartimento había una sola viajera instalada en el asiento de enfrente. La miró, tembló, molesto, emocionado, a pesar de todo. Esa hermosa mujer rubia, bonita, esbelta dentro de un traje de sastre correcto y sobrio, era Isabelina. Había sido durante tres años la señora de Larange, su esposa. Sólo estaban divorciados desde hacia pocos meses.

René Larange, en su rincón, sentíase incómodo, preocupado. No quería mirar hacia donde estaba ella, aunque ésta a su vez lo observaba por el cristal de la ventanilla. Lo había reconocido sin duda alguna. ¿Qué tenía que hacer? ¿Cambiar de vagón? Sería un mal educado. Hubiera parecido huir de una leprosa. ¿Hablarle? ¿No sería incorrecto? ¿Y qué iba a decirle? ¿No hablarle? ¡Qué situación poco agradable!...

En un relámpago había visto toda su vida común, tan reciente después de todo y, sin embargo, tan distante. El tenía veintinueve años y ella veintidós cuando se conocieron... Habían gustado el uno del otro... ¿Se habían querido?... Tal vez. Al menos se lo habían dicho... Los dos pertenecían a familias ricas, pudientes, mundanas, perfectamente relacionadas. Ellos formaban una pareja bien, su matrimonio había sido un gran casamiento, muy chic, muy parisiense, correcto en elegancia y vida social. Y su vida conyugal habíase resuelto entre la elegancia y la vida social, en el movimiento incesante de las cenas fuera de casa, de las fiestas de noche, de los bailes y el teatro, de los paseos en automóvil entre una cantidad de parientes, de amigos, de relaciones... René había tenido su culpa, es cierto... ¿Por qué había hecho una corte tan visible a la señora de Dimiane que se descotaba hasta la cintura y tenía todo un catálogo de maneras lacias y lánguidas para atraer a sus admiradores?... Pero, ¿por qué Isabelina había, por su parte, parecido recibir con placer las atenciones excesivas de ese pretencioso de Jacques Vaneur? Y el matrimonio, sin haber logrado encontrar graves razones, se había dislocado rápidamente. Isabelina y René, de común acuerdo, habían decidido que no estaban hechos el uno para el otro...

Ahora eran libres y el azar los ponía cara a cara.

—René.

El tembló. La joven continuó con una media sonrisa.

—Oigame... es ridículo... No podemos estar el uno frente al otro como dos personas extrañas.

—¿Si usted quiere que cambie de compartimento?

—Nada de eso. ¿Para qué? No me molesta en lo más mínimo conversar con usted. Lo que me choca son los rostros prestados, las convenciones mundanas, excesivas y tontas. ¿Es qué le molesta a usted estar enfrente de mí? ¿Es que le incomoda?

René no pudo menos que sonreir.

—No. Ahora no.

Ella sonrió a su vez, sintiéndose más a su gusto.

—Usted no me pregunta a donde voy—dijo ella al cabo de un instante.

—Pero... eso no me concierne—repuso René sin poder impedir un poco de amargura.

—Pero yo quiero decírselo. Por otra parte, no tiene nada de misterioso mi destino. Voy a Fontainebleau a casa de una vieja tía, la señora de Berges. Vivo en su casa por el momento.

El se sorprendió.

—Usted vive en Fontainebleau... con una vieja tía... ¿Usted?

—Sí... desde que... desde hace un año ¿Qué tiene esto de extraordinario?

—¡Cómo debe usted de aburrirse!—dijo René, burlón.

—¿Por qué? Leo, me paseo, reposo, toco el piano... Es una vida encantadora. Nunca el tiempo ha pasado tan blando... Las noches de este invierno, en el rincón del fuego, eran deliciosas... ¡Qué esperanza! ¡No me aburro ni un solo minuto!

Había hablado con entusiasmo. René la había escuchado con una sonrisa incrédula, bromista.



—¿Y nunca ha querido que la bese su novio, señorita Engracia?
—No. Siempre lo tengo a cierta distancia...



—¿Estás segura de amarlo?
—¿Pero crees que en vano he sido novia tres veces? Conozco los síntomas...



— ¡Ah!... ¿y las fiestas, los bailes, las recepciones?... ¡Usted a quien le gusta estar siempre en la calle... divertirse, andar!... No, Isabelina, usted se está riendo de mí...

— Al contrario, es usted quien se ríe de mí — protestó ella vivamente. — ¿Por qué me achaca sus gustos y sus costumbres?... Es usted el único que solo piensa en salir, en divertirse, en andar entre gente «chic», entre la alta sociedad, como usted me lo decía cuando éramos novios...

— Y usted me repetía que debíamos ser un matrimonio moderno, libre, «fácil»... Sí, una pareja «fácil» era su propio término... Lo he oido demasiadas veces para no recordarlo...

— Yo decía lo mismo que usted... Esa era la razón... Usted me hacía la corte, usted era un muchacho elegante, conocido, mundano... No iba yo a aducir ante usted los gestos de una burguesita, de una mujer de casa que sólo se preocupa de sus sirvientas y de sus cacerolas... Yo no soy nada de eso, por otra parte, pero entre no ser eso y ser una alocada que no se queda una sola noche en su casa, hay sus distancias... Y esa ha sido la vida que usted me ofreció... Esa fué nuestra vida... Usted quería salir... Justo era que yo lo siguiera...

— No; era yo quien la seguía. Fué usted quien durante el noviazgo sólo me hablaba de diversiones. Era usted quien vivía locamente... Yo soy un hombre de casa... de interior...

— De exterior, tal vez mejor...

Los dos discutieron, nerviosos. Cada cual creía que el otro mentía. No comprendían aún que era antes cuando ellos se habían mentido por respeto humano, por timidez, por simulación mundana, sobre sus verdaderos gustos, sus verdaderos deseos, sus verdaderos anhelos de existencia que se habían enmascarado recíprocamente. Isabelina agregó:

— No volvamos a disputar. Usted sabe bien que yo digo la verdad, que ha sido eso lo que nos ha desunido. Eso y nada más que eso... Su historia con esa pícara señora de Dimiane no tenía mayor importancia. Yo sabía perfectamente que usted se reía de ella y que no había nada entre ustedes...

— ¡Ah, no!...

— Y usted sabe bien que yo me reía abiertamente de ese pobre idiota de Jacques Vaneur. La verdad es que yo no podía soportar más nuestra manera de vivir. Era el fondo cierto de nuestros desacuerdos. Fué por eso por lo que quise divorciarme... Usted no se imagina de la paz que gozo desde el día aquel en que me ha sido permitido salir a mi voluntad, que puedo, al fin, vivir tranquila.

René Larange golpeó la banqueta.

— ¡Ah, es demasiado todo esto!... ¿Era usted la que quería vivir tranquila? ¡Ah, no, no! ¿Sabe usted como vivo desde que nos hemos separado? Me he establecido para hacer una cura de reposo en una casa de pensión sobre el bosque en Auteuil. No veo a nadie. He visto demasiado ya. Salgo muy poco... he salido demasiado con usted... Uso chinelas... comprendo el placer de no ponerme cuello y de acostarme temprano... ¡Qué agradable es, le aseguro, después de tantas obligaciones y compromisos mundanos donde iba sin ganas como un perro castigado, después de haber estado durante tanto tiempo condenado a divertirme a perpetuidad!... Ahora me voy a pasar un mes de soledad, pescando en un arroyo olvidado de la Borgoña.

Isabelina soltó la carcajada.

— Usted pescar con caña... ponerse chinelas de noche... y acostarse temprano...

Hubo un silencio. Luego, con un poco de tristeza en la voz, prosiguió:

— ¡Mi pobre amigo, cómo nos hemos mentido!... ¡Qué equivocación!...

René la miró, comprendiendo que al fin ella decía la verdad y que ella comprendía también que él, por su parte, tampoco mentía...

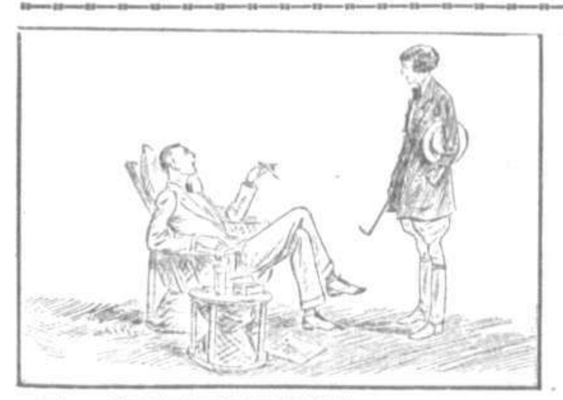
— Isabelina — dijo entonces éste, con emoción en la garganta ¿y si no nos mintiéramos más?... Sí... Ahora que sabemos, al fin, que por halagar a los otros, nos hemos obligado a vivir esa vida que nos ha desunido...

— ¿Y después? — preguntó ella.

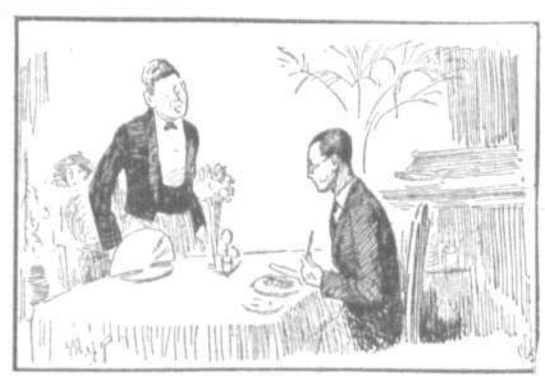
— Después... ¿no cree usted que podríamos... según nuestros gustos, sin llegar a los excesos ni el uno ni el otro, lo que sería una equivocación más, que podríamos ensayar de nuevo... los dos, con indulgencia y franqueza... ser felices?

Isabelina alzó los ojos.

— Así lo deseo... — repuso sinceramente.



Inés. — ¿Ganaste anoche a las cartas?
Luis. — Puedo decir que sí, porque me ganó Enrique lo que me debía...



— Mozo: ¡es usted muy lento!
— ¿Por qué, señor?
— Porque le he pedido un huevo frito y me trae usted un poll

PERSONAS DESCONOCIDAS



NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

—El trepador que se arriesgara por estos vericuetos no podría sostenerse de un modo natural, sin recurrir a otro expediente artificioso. Unicamente un gorila, cuya agilidad es extraordinaria, lograría mantenerse en equilibrio en esta cortante casi perpendicular del precipicio.

Estas observaciones, a medida que las iba comprobando, expresábalas Ruth al detective, que se hallaba medio agachado a sus espaldas, inmóvil y atento al examen que ella verificaba boca abajo y con la cabeza fuera del borde.

Transcurrió un minuto durante el cual no cambiaron una palabra.

Por fin, Doyle rompió el silencio para decir:

— ¿Y usted no ve nada más que rocas y pequeños arbustos a ellas adheridos?— interrogó con cierta ansiedad el hombre.

Todavía tardó algunos segundos en oirse la respuesta.

Estirando su cabecita cuanto podía sin arriesgar su posición, los ojos de Ruth se paseaban a lo largo y a lo ancho del abismo, inspeccionando sus abruptas paredes en cuidadoso y prolijo reconocimiento.

— Sí; distingo algo parecido a un trozo de hierro oxidado; sí, eso es. Lo veo como a treinta pies de profundidad. Me parece que es algo así como la cabeza de un espigón o garfio hundido entre los intersticios de dos peñascos. Es todo lo que puedo distinguir — explicó ella sin volver la cabeza.

— Muy bien; no se moleste más, señora Reverly — ordenóle él. — Retírese despacio hacia atrás; yo la ayudaré.

La observadora deslizóse, reptando, unos centímetros, y luego, con un movimiento, se incorporó, agarrándose del brazo de su acompañante, que la desvió algunos pasos de la peligrosa orilla.

Luego de sacudirse la ropa, la esposa de míster Bent, encarándose risueña con Doyle, le interrogó:

— ¿Qué esperaba usted que yo descubriera?

El pesquisante se encogió de hombros, haciendo vagar su mirada por el vasto horizonte.

— No lo sabía — respondió. — De todos modos, bien está lo hecho.

Y con el tacón de su zapato izquierdo se puso a golpear sobre una de las piedras en actitud reconcentrada.

— Esto fué removido en parte la noche del asesinato de Jim Armstrong, ¿no? — inquirió como obedeciendo a una idea súbita.

— Sí — repuso ella.

El detective pareció medir de una mirada la distancia entre el escabel rústico que allí existía y el preciso borde del precipicio, y acto seguido se sentó sobre el primero.

— Siéntese y descanse unos momentos, señora Reverly — dijo; cuénteme detalles acerca de Armstrong, de la vida que hacía durante su estancia en Beaulieu y de sus relaciones con él. Me interesan. ¿Cuánto tiempo vivió en su «cottage»?

— Durante varios años lo ocupó en las temporadas veraniegas. Pero no, no lo habitó precisamente. Poseía, ahora que recuerdo bien, otro domicilio, otra «villa» que fué destruída por un incendio hace siete años. Entonces adquirió el nuevo «cottage» que se hallaba en venta.

— ¿Quién se lo vendió?

— Lo adquirió de los ejecutores testamentarios de la herencia de Stevens. Es toda una historia. ¿Recuerda usted el escándalo llamado de Stevens, que dió tanto que decir y que escribir por aquel entonces?

Los ojos del detective respondieron con recordativa elocuencia.

— ¿Thomas Jay Stevens? ¿El ingeniero que murió repentinamente? ¡Ah, sí! ¿No se descubrió después de algún tiempo que se trataba de un especulador sin escrúpulos, de un tramposo en alta escala?

— Sí; ese fué uno de los aspectos que se comentó por espacio de algunas semanas — contestó Ruth.

— El proceso constituyó un acontecimiento, y parece ser que hubo muchos perjudicados en sus maquinaciones. A mí, como no me interesaba particularmente, y porque, además, mis ocupaciones eran de otra índole en aquella época, se me pasaron inadvertidos los detalles; pero algo recuerdo con referencia al ruido armado alrededor de su cadáver.

— Exactamente. Yo puedo señalar algunos puntos que fueron exhumados a raíz de su misteriosa muerte.

— Tenga la bondad de exponerlos. No perderemos el tiempo mientras descansamos. Además, la vista que se divisa desde aquí es placentera. ¿No le parece?

— Es un hermoso panorama, en efecto — asintió ella.

— Comience usted, si gusta. Encenderé mi pipa si no le molesta.

— Muy bien. He aquí lo que mi memoria guarda de aquel suceso: El ingeniero Stevens, hombre de iniciativa y con vastos planes en la cabeza, a

quien, sin embargo, juzgaban de ambicioso en demasía y aun de fantástico algunos de sus compañeros, principió su carrera con unos bríos que le valieron la hostilidad de algunos profesionales con los que necesariamente tuvo que establecer contactos para la organización y resolución de diversas empresas.

Para darse cuenta cabal de su carácter, un diario neoyorquino, al informar acerca de las diferencias habidas entre él y el director gerente de una compañía en la que prestaba servicios, ponía en boca de éste un breve juicio.

Al despedirlo del negocio — se trataba de unas audaces perforaciones mineras en el estado de Minnesota, — su jefe, poniéndole las manos sobre los hombros y mirándole fijamente, pero sin perder su sangre fría, le había dicho, refiriéndose a los planes mecánicos presentados por su subalterno:

— Míster Stevens, cuidado; si fuerza usted su «maquinaria» acabará por destrozarse entre sus engranajes.

Este aviso resultó profético andando los años.

Sin embargo, Mr. Stevens lograba introducirse como técnico hábil en otras negociaciones, donde, al principio, le remuneraban con esplendidez, pero no duraba mucho en su puesto.

Por bastantes meses, acaso por más de un año, Stevens se eclipsó de Norteamérica. Al menos, en los centros ingenieriles, ya no se hablaba de él, suponiéndosele fuera del país. En efecto: de un modo silencioso, pudiéramos decir, se averiguó posteriormente que se había embarcado para Europa, visitando Londres y Cristiania, donde residió algún tiempo, radicándose luego en Alemania, donde, en la zona del Rin, tuvo frecuentes entrevistas con algunos industriales de categoría. Se sabe asimismo que, con dos de ellos, llegó a concertar un negocio de grandes proporciones, un negocio en el que entraba, como parte principal, la adquisición de máquinas modernas de enorme energía.

— Es muy interesante todo esto — comentó, despidiendo una densa humareda, el detective Doyle. — Me place escucharla. Preveo un final pésimo.

— Es fácil adivinarlo — sonrió Ruth, continuando: — Desde el punto de vista práctico, no parece que Stevens alcanzó en el extranjero grandes ventajas pecuniarias. Sus ganancias debieron de ser muy relativas porque, apenas regresó a Nueva York, en seguida comenzaron sus maniobras en busca de una posición como simple profesional.

Consta, en el proceso que se levantó, su empleo como técnico asesor de unos ferrocarriles secundarios en California, y casi a raíz del fracaso económico de tal compañía, se le vió organizando una empresa de gran empuje y resonancia que iba a ocuparse de abrir túneles bajo el río Hudson con el objeto de establecer una rápida y cómoda comunicación entre la urbe y los pueblos de la otra orilla. A usted no se le habrán olvidado las varias tentativas que precedieron al atrevido proyecto.

— No; todo eso es bien del dominio público. Se registraron fracasos hasta que, al cabo, fué realizada la obra tal como ya la conocemos y utilizamos — dijo Doyle.

— Exactamente — asintió Ruth.

La reputación que disfrutaba Stevens era grande — reanudó ella; — sus conocimientos mecánicos le habían acreditado entre los del gremio, y a pesar de sus características ambiciosas y de sus veleidades que le hacían cambiar con frecuencia de puesto, sin fincar en ninguno, nadie le disputaba su competencia, y, sobre todo, su incansable actividad.

Un día se supo que se acababa de organizar una gran compañía con un capital suscribible de muchos millones, de la cual era creador y organizador nuestro hombre.

La prensa, especialmente la dedicada a informar de esta clase de negocios, habló, durante semanas y semanas, de los propósitos que se intentaban. Parecía indudable el beneficio que irrogaría la implantación de los planes concebidos, y de ahí que el provecho particular se aunara a la empresa.

El público, tomando buena nota del proyecto, se apresuró a comprar acciones, considerándolas una excelente inversión que no tardaría en cotizarse en Wall Street, dando pingües dividendos.

— El público... nuestro público es «romántico» para los negocios y todo el que especula lleva dentro de sí al jugador — sentenció, como lo pudiera hacer un filósofo, el original pesquisante.

— Es muy probable que así sea, y este caso lo confirma — expresó ella.

— Adelante; no pierdo una palabra de su relato, señora Reverly.

— Lo que falta no es mucho, pero es lo mejor; es decir, lo peor para Mr. Stevens.

Cuando se habían cubierto fuertes cantidades de las acciones y la compañía anunciaba el comienzo de sus trabajos, vino la sensacional noticia, que estalló como una bomba en todos los centros financieros de Nueva York. Bien dicen que el mayor genio termina por descubrir sus fallas, y el público descubrió que el ingeniero jefe, organizador de las grandes perforaciones, especulaba con los fondos que pertenecían a los tenedores, comprometiéndose en audaces jugadas de bolsa, todo lo cual, una vez dada la voz de alarma, fué comprobándose poco a poco hasta no dejar la menor duda en el ánimo de los numerosos interesados.

— Ahora llega el final — volvió a interrumpir Doyle, que se hallaba de excelente humor.

— Sí; el final de siempre, el final previsto — dijo ella. — Y entonces la policía no tuvo más remedio que tomar cartas en el asunto, un asunto que montaba millones y que ya era del dominio de todos gracias a las columnas diarias de la prensa, que explotaban el escándalo con esa minuciosa habilidad que la hace temible para los culpables.

— Y admirable como colaboradora para nosotros — especificó el detective.

— Ciertamente — asintió Ruth.

Agentes privados se encargaron de esclarecer el asunto, procediendo al arresto del atrevido ingeniero. No fué difícil localizarlo. A las pocas horas sabían su paradero y aquí se dirigieron, y al registrar las dependencias del «cottage» y llegar al sótano, se encontraron con su cadáver.

— Un mal hallazgo... en muchos casos — advirtió Doyle.

— En todos, creo yo — habló la mujer, respondiendo a sus humanitarios sentimientos.

En seguida — continuó ésta — se comprobó que la nueva máquina perforadora de que era inventor Stevens resultaba prácticamente inútil, y, no obstante tan pésima revelación, los accionistas siguieron abrigando esperanzas de cobrar sus inversiones con la venta probable de otras muchas patentes que poseía la empresa. Pero, al fin, hubieron de sufrir un terminante desengaño, pues tanto el gran invento como otros accesorios fracasaron en el mercado, y entonces la compañía se declaró en total bancarrota. Es cuanto sé sobre este particular — terminó diciendo Ruth.

— Perfectamente — la cumplimentó Doyle. — Pero, ¿Stevens no se suicidó, según todas las probabilidades?

Su compañera se limitó a mover la cabeza con aire de duda.

(CONTINUARÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)

Comentarios



— ¿Se disfrazó?
— ¡Cómo no!
Pero del corso volvió
completamente aburrido.
— ¿Y de qué se disfrazó?
— De genio desconocido.

* * *

La renuncia de Roca dió motivo
a que un hipolitista
exclamara, agresivo:
— Con un buen explosivo
no hay roca que resista.
Aunque hay a veces ¡cosa singular!
Roca que salta y vuelve a su lugar.

* * *

— Ese tipo holgazán y vagabundo
a quien ninguno teme ni respeta,
se pone una careta
de interventor y asusta a medio mundo

* * *



Sus allegados y afines
con un adoquín pudieran
compararle, si tuvieran
melena los adoquines.

* * *

— Señor ministro, ya ve,
yo quiero ser profesor.
— ¿Y qué enseña?
— No lo sé;
pero hágame ese favor.
He gritado «¡Viva Alvear!»
en diversas ocasiones.
Y le puedo presentar
muchas recomendaciones.
— ¿Qué sabe usted? ¿Italiano?
— No, señor.
— ¿Sabe latín?
— ¡Qué esperanza!
— ¿Y castellano?
— Nada de eso; pero, en fin,
puedo dar clases de box
en algunas oficinas
o puedo gritar ¡ox!, ¡ox!
y espantar a las gallinas.

* * *

¡Viva el Virgilio de la manteca!
¡Viva el que, siempre de Ceca en Meca,
es un ministro descomunal!
¡Viva el prodigio
ya consagrado,
cuyo prestigio
por el de nadie fué superado!
¡Viva el insigne! ¡Viva el genial!
(Esto ha cantado
una comparsa de Carnaval).

* * *



— ¿Qué hace ese viejo guarango
bailando en este salón?
— Debe ser Tutankhamón
que viene a aprender el tango.

* * *

Antes fué un hierático
vate cosmogónico,
luego un problemático
profesor teutónico,
más tarde un linfático
Cicerón lacónico,
y hoy es un maniático
radiotelefónico.

* * *



Tan deforme, tan grotesca
es su panza colosal
que, por lo carnavalesca,
ha dado este Carnaval
la nota más pintoresca.
Su respetable tamaño
inspiró más de una chanza
que él aguantó aunque es huraño;
pero ¿qué hará con la panza
durante el resto del año?

* * *

— Quiere figurar.
Vea su automóvil. No hay otro mejor.
— ¿Sabe manejar?
— Sí; tiene libreta de atropellador.

* * *

Piensa un marido:
— ¡Ay de mí!
La mujer a quien me uní,
a todo dice que no;
solamente dijo «Sí»
cuando el cura nos casó.

* * *

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: Palabras a Delmira Agustini, por **Alfonsina Storni**. La «entente» hispanoitaliana juzgada por Amarrete, por **Francisco Grandmontagne**. Dos Dómines, por **Enrique Richard Lavalle**. Se dice..., por **Fernán Félix de Amador**. Costumbres de antaño, por **Rafael Barreda.** Hablemos de las cosas y no de los hombres, por **Julio Franzoso**. El forastero, por **Juan Cruz Ghio**. La enfermedad del viejo Quilques, por **Santiago Maciel**. El intersigno, por **Villiers de L'Isle Adam**. El colegio de Ukridge para perros, por **P. G. Wodehouse.** Yo y Yo, por **Federico Urrecha**. La voz de la sangre, por **Margarita Eymery (Rachilde.)** La tentación, por **Gabriela Trapolska**. Cuadro húngaro, por **Salvador Rueda**. Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.**